

JULIO ROMANO



NUÑEZ DE ARCE

NUÑEZ DE ARCE

G-5439

Paralelamente a la serie titulada "Breviarios del Pensamiento Español" emprendemos la publicación de otra bajo el título de "Breviarios de la Vida Española", que viene a ser un necesario complemento de la primera. A ello nos anima el éxito magnífico conseguido por nuestros "Breviarios del Pensamiento Español", que esperamos ver reproducido y ampliado con esta nueva colección.

Ella asegura al lector el conocimiento total de las personalidades que dieron honor y prestigio inmortal a España con sus obras y con el ejemplo maravilloso de sus vidas.

Pese a las dificultades por que atraviesa la iniciativa editorial, por la escasez de productos de toda índole que cada día consiguen un precio mayor en el mercado, la EDITORA NACIONAL, más atenta a ofrecer al público posibilidades de elevada y sana cultura y modelos insignes que puedan servir de norma y guía en la actual regeneración de España, ha decidido conservar para esta nueva serie el mismo precio reducido de la anterior, o sea SEIS PESETAS EL VOLUMEN, que se podrá adquirir en todas las buenas librerías.

BREVIARIOS DE LA VIDA ESPAÑOLA

NUÑEZ DE ARCE

POR

JULIO ROMANO



EDITORIA NACIONAL, MCMXLIV

NUÑEZ DE ARCE

tit. 25092
C. 1015938

Gráficas Uguina.-Meléndez Valdés, 7.-Madrid.

JULIO ROMANO

NUÑEZ DE ARCE



EDITORIA NACIONAL
MADRID - MCMXLIV

R. 30058

LIBROS DE JULIO ROMANO

Canalla. Novela. (Agotada.)

Pégame tú. Novela. (Agotada.)

Guiñapos. Novela. (Agotada.)

Zarpazos. Novela. Traducida al checo por Carlos Stépanek.

Casas Viejas. Reportaje. En colaboración con Montero Alonso.

Pedro Antonio de Alarcón. (El novelista romántico.) "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX." Espasa-Calpe. Premio Fastenrath de la Real Academia Española.

Weyler. (El hombre de hierro.) "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX." Espasa-Calpe.

Hambre de tierra. Novela. Espasa-Calpe.

Ramón Cabrera. (El tigre del Maestrazgo.)

Sanjurjo. (El caballero del valor.)

La luz en las tinieblas. Novela. Espasa-Calpe.

La Casa del Padre. Novela. Espasa-Calpe. Traducida al holandés por Jaime Canals.

PROLOGO

Decía el maestro Guevara a su amigo Nuño Tello: "Tomad este consejo de mí, y es, que nunca toméis en la mano la pluma hasta que deis dos o tres vueltas a vuestra memoria, tanteando lo que habéis de decir, y aun cómo lo habéis de decir, porque una necedad, si es malo decirla, mirad cuán malo es firmarla."

*Y así andaba yo, mordiendo la punta del pa-
lillero, los ojos puestos en el techo, pidiendo
la ayuda de Dios, para que acudiera a mí la ins-
piración, y abriendo la boca, para beberme a
grandes tragos el socorro espiritual que yo pe-
día al cielo, como aquel niño gordinflón que
le daba su madre grandes cucharones de sopa,
y él la decía tragándosela sin descanso:*

—¡Aprisita, aprisita, mamá, que se me llena el estómago de aire!

Porque es menester, en todos los trabajos de este mundo, lector amigo, que Dios ayude y dé la mano. Yo iba a meter la hoz en mies ajena, haciendo un atadijo con los restos de Núñez de Arce, para ponerle a estos despojos de la muerte el nombre de "Vida".

Hoy están de moda las biografías. No hay escritor que se precie en algo, que no busque, febril, en las necrópolis literarias el nombre de algún varón de grandes prendas, para mostrar ingenio y doctrina en la obra ajena. Porque así el vivo se une al muerto, y aunque el biógrafo sea tocho, torpe e incivil, el relumbre del ingenio del biografiado le da prestigio y categoría. Es un gozo ver a los escritores pregonando a gritos su mercancía necrófila, como verduleras en mercado, y escudriñando en los estantes y plúteos de las bibliotecas para recoger un puñado de huesos y ofrecerlos adobados con arte y ciencia literaria.

Dios nos perdonará este afán nuestro de vender los muertos al menudeo. Claro es, que la misión del biógrafo es hacerlos vivir en las páginas del libro, y al que esto consigue se le perdona el pecado de remover las cenizas de los hombres extraordinarios.

Yo pido perdón por haber acotado para mí a Núñez de Arce. No era hombre melifluo, al-mibarado, ni dulce, ni empalagoso. De temperamento adusto—dice el refrán que un poco de agrio adoba la comida—, el autor de “Vértigo” nunca cantó más que las tristezas, tormentas y estropicios sociales de su tiempo, pues vivió en una época en que, según un escritor coetáneo de Núñez de Arce, “estaba de moda el llorar y el quejarse de todo”.

En la vida de Núñez de Arce no se oye el pistoletazo de Larra, ni el quejido suave y dolorosísimo de Bécquer, ni la imprecación teatral de Espronceda, ni el suave humorismo de Campoamor, ni los gorjeos de rruiseñor de Zorrilla, ni el tumulto épico de Quintana. Pero en aquellos días de oquedad palabrera, de espasmos retóricos, de políticos venales, de dramaturgos tremebundos y exasperados, de periodistas huecos, y de libertinaje romántico, con chorizo ahumado, vino de Alcorcón y daifas de arrabal, en aquellos días, repetimos, el gran lírico supo mantener en la poesía su fondo españolísimo recargado de énfasis y gallardía castiza.

Fué atacado en su camino y se defendió atacando. La gloria se cobra caro sus favores, y no era cosa que la fortuna, al halagar a Núñez de Arce, no le hiciera algunas heridas. No se esti-

ma lo que nada cuesta, y la conquista del éxito es peligrosa y difícil. Ya lo dice el adagio castellano:

*Quien no quiera polvo,
no vaya a la era.*

Hoy nos place ver, mentalmente, al poeta de "La última lamentación de lord Byron", ir con su figurilla, desmedrada y raquítica, envuelta en su enorme gabán de pieles hacia la librería de Fe, donde tenía su tertulia con Campoamor y otros ingenios. Acudía a la librería, ya enfermo y doliente, con la misma puntualidad con que aquel árabe de la fábula asistía al culto, por lo que los alfaquíes lo llamaron "la paloma de la mezquita".

Allí Arce, con su voz tronitonante, que parecía que salía de un pozo, refutaba los alegatos del autor de las "Doloras", diciendo que había hecho nido en el tejado de Heine. Y había entre ellos grandes peloterías que acababan con una sonrisa de Campoamor y un gesto desdenoso de Núñez de Arce.

Y al día siguiente volvían a empezar.

.....

Nuestro gran polígrafo Menéndez y Pelayo, al hablar del libro "Núñez de Arce. Apuntes

para su biografía”, del notable escritor José del Castillo y Soriano, dice:

“Con sumo placer he leído el importante estudio publicado acerca de nuestro inolvidable don Gaspar Núñez de Arce. Todos los admiradores del gran poeta, y principalmente los que nos honramos con su leal amistad y tuvimos la fortuna de ser compañeros suyos en la vida literaria, debemos estar agradecidos por la diligencia y esmero con que se han recogido tantas noticias de su juventud, para muchos ignoradas, y por habernos dado a conocer tan preciosos rasgos de su fisonomía moral y de su vida íntima. Esta monografía será de indispensable consulta para todo el que en adelante escriba sobre el egregio lírico, cuyo puesto en nuestro Parnaso ha de quedar vacante por mucho tiempo, según las trazas.”

Y en el libro del señor Castillo y Soriano—siguiendo la indicación del maestro—, he abrevado yo. El autor de “Núñez de Arce. Apuntes para su biografía” afirma que “consagró a Núñez de Arce los mejores veinte años de su vida, que a pesar del genio poco expansivo del poeta, con él no tuvo reservas de ninguna especie, y que se lo contaba todo: sus satisfacciones, sus disgustos, sus esperanzas, sus errores y sus contrariedades. Quería—añade Castillo—

oír mi parecer sobre todo, y, cegado sin duda por el gran afecto con que me distinguió siempre, daba a mi opinión y a mi consejo un valor que seguramente no merecían”.

He revuelto también algunos otros librillos viejos, y he manoseado algunas antiguas colecciones de los periódicos de la época que hablaron de Núñez de Arce en su elogio o en su vilipendio. De estos trabajos ha salido el tomo que tiene en sus manos el amable lector, al que pido benignidad. Si ve algún error, demasía o tropiezo, eche la culpa a las erratas, como es ya costumbre. He tratado de ser justo con el gran poeta que unos elevaron a las nubes y otros rebajaron hasta el suelo. Una enfermedad cruelísima, cuyo solo nombre espanta, le hizo sufrir muchísimo, y los últimos años del autor de “Idilio” fueron un continuo padecer, hasta que la muerte fué bebida en un trago. “Absorta est mors in victoria...”

JULIO ROMANO

CAPITULO PRIMERO

Núñez de Arce nació en Valladolid, junto a la plazuela de los Orates, lo cual presagiaba que había de ser loco o poeta.

Nació Gaspar Núñez de Arce en Valladolid —el riñón de Castilla— el día 4 de septiembre de 1834. Fueron sus padres don Manuel Núñez y doña Eladia de Arce, castellanos los dos, pues don Manuel nació en Madrid y doña Eladia en Aranda de Duero.

En Castilla, tierra de castillos, nació el que un día fué famosísimo poeta, en la tierra parda, de aire sutil y gente aventurera, zahorí y socarrona, que nó dice del todo las cosas, pero que lo hace mejor: las insinúa.

El niño Gaspar vino al mundo en una casita

—el número 13 de la calle Cárcaba—, junto a la plazuela de los Orates, lo cual presagiaba que había de ser loco o poeta, pues ya se sabe que para ser poeta hay que ser algo demente, pues así lo exige este arriesgadísimo oficio, que repele toda cordura.

El estornudo es el primer acto del niño a su entrada en el mundo, y Gaspar saludó a la vida con tan ruidoso alarde nasal, que hizo creer a todos que la criatura iba a ser un mozo de buena planta y muchos arrestós. Pero en esto se equivocaron las comadres, pues el chiquillo se crió enclenque, escuchimizado y de tan misérrima estatura que parecía enano.

Como todo lo que no crece descrece, el muchacho crecía retozando y jugando con otros zagalillos de su edad, haciendo diabluras y formando un zipizape de mil demonios en la plazoletita de los Orates, donde una pandilla infantil se reunía unas veces para descalabrarse unos a otros, con gran escándalo de los vecinos, y otras veces para cantar la cancioncilla castellana que florecía en los labios de las mozuelas arriscadas de las orillas del Pisuerga:

A la mar se van los ríos,
paloma revoladora:
no pongas el pie delante;
deja que rueda la bola,
¡y al aire!

Ya se sabe que la calle ensucia el alma de los niños. Los padres de Gaspar llevaron al muchacho a la escuela. Había que frenar aquel temperamento fogoso, dado a la exaltación, pues la criatura era tan vehemente, que, cuando besaba en la calle la mano de algún sacerdote transeúnte, parecía que quería comérsela.

En la escuelita, donde los niños limpiaban los asientos de los bancos con el trasero, había un maestro flaquísimo, de mirada aviesa, y ojos saltones, que creía que la mejor manera de desarrollar el talento en los niños era molerlos a palmetazos.

Oían los chiquillos las explicaciones y enseñanzas de aquel ogro pedagógico, sin pestañear. El maestro ponía en movimiento su molino de gerundios, o machacaba las cabezas infantiles con los relatos de las crueldades de los reyes godos, y de las atrocidades de los guerreros medievales, valorando la inteligencia del alumno por su capacidad de memoria.

Esta vieja enseñanza escolar convertía al muchacho vivaz y listo en chiquillo torpe y remiso. Bajo la férula del pedagogo los niños perdían originalidad, o se hacían malos y resabiados. Los alumnos salían al maestro. Se mataba en los niños toda iniciativa y espontaneidad, entonteciéndolos.

Gaspar se sometía a regañadientes a las torpes exigencias del dómine, y como el muchacho era revoltoso, las hazañas del poeta en miniatura perturbaron muchas veces la tranquilidad de la escuela.

A cualquiera le hubiera aterrado la presencia de aquel maestro que miraba a los chiquillos como el buitre a la carroña, y que los hacía encogerse moviendo la pierna como afilador, cuando les daba con la palmeta en la mano; pero los chiquillos son audaces e inconscientes, y al ver al profesor distraído, le aplastaban en el pescuezo una bolita de papel mojado, ó le tiraban a la oreja una chinita.

Cuando el maestro acababa de rascarse el dolorido apéndice, arremetía, paleta en mano, contra todos, dando aquí y allá, a éste en la cabeza, al otro en el brazo, o en las piernas, ciego por la ira, que es locura pasajera. Los chiquillos se escondían bajo los bancos, gritando unos, quejándose otros, revueltos y en montón, huyendo del palo que el enojo del maestro convertía en peligroso ariete. Y escapaban llenos de verdugones, como bandada de pájaros asustados por la perdigonada.

Un día—contaba en Madrid Núñez de Arce a su íntimo amigo—decidimos todos los alum-

nos sacudirnos el yugo tiránico de aquel hombre.

“Al efecto, una mañana nos negamos a entrar en clase y, apostados en una galería por donde había de pasar el profesor, nos colocamos detrás de una puerta maciza que cuidamos tener bien cerrada, y disparamos, contra las canillas del maestro, por el agujero de la gatera, cercana al suelo, nada menos que un cañón... de juguete, cargado de pólvora y sal.

”Gracias a la dureza del pantalón del dómine, y a sus fuertes medias negras de lana, la sal no llegó a alojarse en la piel, pero el fogonazo le chamuscó la ropa.

”Al oír la detonación, que fué grande, porque el cañón—que era de bronce y de regular tamaño—reventó a causa del exceso de carga, y al ver surgir las llamas debajo de sus pies, creyó el profesor sin duda que el infierno se abría ante sus plantas y salió aterrado, gritando desahoradamente.

”Nosotros también corrimos, creyendo que lo habíamos matado. Una paliza de nuestros padres castigó nuestra osadía.”

.....

El mosto hirviendo si se echa en una tinaja y se le tapa la boca la hace pedazos, y el tem-

peramento del niño Gaspar no era caldo insípido y sin fuerza, sino fortísimo vino trasañejo.

En el esqueje estaba ya el árbol. La criatura en sus juegos se vigorizaba, desarrollando su naturaleza física y su carácter.

¿Cómo no ha de dar llama el que toda su alma es fuego?

Núñez de Arce, en su niñez, fué de una sensibilidad dolorosa, de un amor propio quebradizo, y de un espíritu soñador.

Gustaba salir de la ciudad y perderse, con otros zagalillos, por los campos castellanos, y hablar con los mocetones que liaban las gavillas, con los viejos marrulleros, con las mocitas en amores, con los segadores que llevaban la hoz a la espalda, como una media luna, y con el gañán que guiaba la carreta chirriante cargada de mies. Retozaba, en verano, a la hora del resestero, como un gañafote en los barbechos; se tendía boca arriba, bajo un sombrero, junto a los campesinos de teces de caoba y de parla aguda y sentenciosa.

A la hora del bochorno, cuando el sol de Castilla llena el cerebro de alucinaciones, la cabeza del chiquillo asomaba, como un negro lunar, por entre los rubios trigales.

La vida se abría frente a él con sus ensueños y sus promesas maravillosas, y estas correrías

por el campo castellano iban llenando de imágenes y de sugerencias el corazón del futuro poeta que forjó, ya hombre, con estos recuerdos y nostalgias de su niñez, magníficas estrofas llenas de ternura, de candor y de lírica belleza.

CAPITULO II

“Dámele poeta, dártele he pobre.”—Por qué la buena de Eladia dijo a su marido que la rama olía al árbol.—La mocita que sorbió el seso al toledano Garcilaso.

El tronco chisporroteaba al arder cómo si no quisiera convertirse en ceniza.

Núñez de Arce, ya en la pubertad, demuestra un carácter enterizo y noble. Su cuerpecillo enclenque y esmirriado encierra un espíritu fuerte. Pronto, como para el personaje de Shakespeare, el mundo se convertiría para el joven en una óstra que sería preciso abrir por la fuerza o por la maña.

Ahora el mocete inquieto y soñador vive en Toledo, con sus padres, pues don Manuel Nú-

ñez ha sido destinado a las oficinas de Correos de la imperial ciudad.

Gaspar hace sus primeros versos. Su talento en agraz, lucha por quemar un combustible demasiado verde, que produce más humo que llama.

El padre del muchacho, al enterarse de que su hijo ha hecho un pacto con las Musas, se solivianta. Don Manuel conoce el viejo refrán castellano, “dámele poeta, dártele he pobre”, y quiere desviar al joven de la catastrófica senda.

Hay estudios y profesiones que, como decía el padre Mariana, se miden *utilitate et lucro*, y otras que, al contrario, llevan aparejada miseria y desgracia por toda la vida.

—¡Dios; tenemos un poeta en casa!—se plañía desconsolado don Manuel mirando de reojo al zagal.

Doña Eladia, su mujer, lo tranquilizaba:

—No te preocupes, marido. Estos devaneos y aficiones del muchacho son cosa pasajera y sin consistencia, fantasías de los pocos años. ¿Quién no ha hecho versos en la mocedad?

Y doña Eladia miraba a su esposo con una sonrisa de complicidad en la que le recordaba sus años mozos, cuando era su galán y cortejo y a la salida de misa le entregaba, a hurto de

los familiares, unos papelillos romanzados que a ella le sabían a gloria.

—Nada de fantasías ni de ensueños, que no conducen más que a la ruina. El hombre de letras no sólo no allega riqueza, sino que vive en un continuo azacaneo y bostezo, con más agujeros en su ropa que tabardo de peregrino. Ese oficio trae muchos sinsabores y tristezas, Eladia. Hay que orientar a nuestro hijo hacia el comercio, o los negocios, a algo que signifique numerario contante y sonante. El dinero hace al necio sabio; al pelafustán lo convierte en señor; al rufián, en caballero...

—Sí, marido, sí. El muchacho es listo y despejado, y ya le quitaremos de la cabeza esos delirios. Cuando la uva vaya al jaraiz, o lagar, y la pisen los años...

—¡Un poeta en casa!—repetía don Manuel mirando a un lado y a otro, como si un ladrón amenazara su hogar. Y preguntaba:

—¿A quién habrá salido este hijo nuestro?

—Marido, la rama huele al árbol.

Peró el mozo Gaspar seguía haciendo versos y paseando sus sueños por la vieja ciudad del Tajo.

En todas partes encontraba motivos de inspiración: en la cruz empotrada en un muro, en las casucas achaparradas, con sus tejaroques caí-

dos, como alas de viejos sombreros; en los lindos callejones morunos, en las azoteíllas con tiestos y macetas, donde revolotea la falda de alguna Isabel, nieta quizá de aquella mocita que le sorbió el seso al toledano Garcilaso, y de la que éste dijo:

¡Por el hábito del alma mesma os quiero!

El palacio de don Pedro *el Justiciero*, y el campanil, lleno de gracia, como una sabrosa tonadilla, de Santa Isabel...

Cada piedra, cada casa, cada patio, cada rinconcillo toledano, está lleno de poéticas evocaciones para el fogoso mancebo.

En esta plazoletita recoleta, detrás de una tapada, venía muchas noches el *Greco*; junto a los muros de este monasterio pasaba, como fantasma escurridizo, una viejecita sarmentosa, que dejaba un papelillo en las manos de un caballero enamorado, que estaba hecho estatua bajo una hornacina siempre iluminada; por estos callejones arrastró sus melancolías y sus hambres el hidalgo Miguel de Cervantes, para ir a postrarse de hinojos a los pies de su protector el Cardenal Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, Mecenas de los artistas, en cuyo sepulcro hay estas inscripciones:

“... nacido y dispuesto para cosas grandes...”. Y luego: “... fué piadoso sin jactancia, noble sin soberbia, principal sin vanidad, perseverante sin aspereza”.

De esta casona hidalga y solariega salen, de noche, embozados en sus capas, los que han de sublevarse contra Carlos V, los cuales se reúnen en el patio de Santo Tomé, donde Isabel de Padilla—con mangas arrocadas, juboncillo y antifaz—excita a los hombres de valía castellanos a que luchen contra el Emperador.

En esta encrucijada cayó atravesado, por el fino acero de una hoja toledana, en pendencia de amóres, un hidalgo de pro, y por este altozano, atalaya del río, paseaba sus dolencias y melancolías de amor el poeta don Francisco de Rojas y Zorrilla, el cual bebía los vientos por una Isabel, guapa y zahareña, que hace melindres y desprecios al caudal lírico de Rojas, y a sus áureas promesas poéticas, en tanto guiña un ojo a un caballero indiano, fanfarrón y altivo, de alguna edad y cargado de dinero, que la tendrá como a una reina. Porque el ajuar del poeta estaba hecho de palabras, de fantasías, de cosas evanescentes, de delirios, de vahidos y locuras, en tanto el del otro era cosa congrua y sustantiva: buena mesa y ricas viandas; tercio-

pelos y joyas, genuflexiones de criadas y arrumacos y pleitesías de caballeros. El bolsillo de Rojas estaba roto, y por mucho que hurgara allí su mano, no tropezaba con un maravedí, y el de su antagonista estaba lleno hasta el gollote de escudos.

Toledo, para Núñez de Arce, es un madrigal de piedra. El ambiente lo embriaga. Tan pronto tiene impetuosos arrebatos, y se cree con fuerzas para domeñar el porvenir, y abrirse camino en la vida, como cae en el abatimiento. Cuando ve en el monasterio comulgar a las novicias a la hora del alba, vestidas de blanco, piensa el poeta en pasar su vida en oración, en el silencio y austeridad de un claustro, alejado de los negocios humanos y de las necesidades de los hombres, para entregarse a la diaria comunicación espiritual con el Señor; cuando los fantasmas del pasado revolótean en su cabeza, ve mentalmente el cortejo de los valientes caballeros que llevan en las cazoletas de sus espadas un soneto, oye el sonido de la mesnada guerrera, de los hidalgos de lanza en cuja y espada en el arzón; ve las ráfagas de los aceros al chocar, a la luz de la luna, en tanto el Tajo sigue cantando su milenaria canción en la hondonada, escoltado por la guardia de los árboles de sus márgenes,

de los cuales dijo Marcial en un epigrama a Licinio:

*Estus serenos aureo franges Tago
Obscurus umbris arborum.*

Y entonces el poeta se siente lleno de brío, quiere llenar su vida de hechos grandes y meritorios y siente ansias de unirse al cortejo fantasmal, como un caballero rezagado.

CAPITULO III

Está escrito que Dios no pesa carne, sino espíritu.—El muchacho sueña mientras los arrieros roncan.—Los cómicos que se morían de hambre en el “granero de Castilla”.—Núñez de Arce estrena “Amor y orgullo”.—El padre Loaisa quiere hacer del poeta un sacerdote.

Decía Menéndez y Pelayo, “que nuestros ingenios suelen ser tan fáciles y abundosos en la producción, como reacios al trabajo preparatorio; tan fértiles de inventiva, como desestimadores de la oscura labor en que quieta y calladamente se van combinando los elementos de la obra de arte”.

Núñez de Arce estudió mucho. Leía todo lo que caía en sus manos: lo mismo el periódico,

con las noticias del día, que el libro viejo que guardaba la sabiduría de los siglos.

Como no tenía un maestro que le enseñara los buenos modelos clásicos, el joven, guiado por su instinto, exploraba la selva literaria formándose una cultura de acarreo.

Tenía afán por saber, y como hace la abeja, que recoge los jugos de diversas plantas y luego los transforma en su estómago en un producto nuevo, de un aroma particular, diferente del de todas las plantas de que lo extrajo, así hizo Núñez de Arce.

La mucha leña apaga el fuego, pero las muchas lecturas no lograron pervertir el temperamento literario del joven, ni quitarle originalidad, ni someterlo a servidumbre.

Los fuertes no plagian.

Núñez de Arce escribía, en su niñez, versos con una pasmosa facilidad. Eran versos malos y anodinos, fruto todavía en agraz, agua revuelta y turbia, que el tiempo convertiría en transparente y cristalina linfa.

Como ocurre siempre, el novicio, en el fervor de la juventud, quería llegar en seguida a maestro.

La caña, dice Goethe, espera en el cañaveral que alguien la haga flauta, y el mazo era una promesa.

Su cuerpo canijo y desmedrado contrastaba con su vehemencia y ardor espiritual, pero escrito está que Dios no pesa carne, sino espíritu.

Los padres de Núñez de Arce no podían ponerle la brida a aquel potrillo fogoso.

—¿Para qué servirá este muchacho?—se preguntaba el funcionario de Correos, el buen don Manuel, tratando de conocer las aptitudes de su hijo.

—Es un gran poeta—le decían sus vecinos.

—¿Y ése es un oficio?

—Y grande y famoso. El que atina se convierte, con los años, en estatua.

Pero en la casa de Núñez de Arce no sobraba el pan. Era necesario que el muchacho, en vez de pasarse la vida revolviendo papeles, quemándose las cejas en los libros y escribiendo sonetos, ayudara a su padre en algún trabajillo de manos que le produjera utilidad.

—Manuel—le decían los amigos zahoríes—, por el relincho se conoce la yegua. Tu hijo pondrá vuestro nombre por las nubes. El muchacho vale un Perú. No tuerzas su inclinación.

Un día, el zagaleta aspirante a la gloria, llevó una obra teatral al director de una compañía de comedias que había recalado, con sus hambres y sus bambalinas, en Toledo.

Tenía Gaspar quince años.

El viejo cómico que dirigía la tropa de far-santes hubiera preferido, en vez del puñado de cuartillas que le ofrecía el poeta, una hogaza, o alguna cosa comestible, pues la escasez de alimentación los tenía a todos amustiados y en los huesos. Hacía meses que la compañía rodaba por los pueblos castellanos, notando con desaliento que no podían llevarse un pedazo de pan a la boca aunque había recorrido de una punta a otra, lo que el lenguaje popular y el docto denominaba “granero de Castilla”.

Gaspar, que era arrojado e impetuoso, extendió la mano en donde llevaba el manuscrito, y aseguró al viejo discípulo de Talia que en aquellos papeles había un tesoro.

El mequetrefe increpó al veterano artista:

—¿Qué bagaje literario traían? ¿En qué fuentes abrevaban? ¿Cómo iban a ganar honra y provecho con tan parvo y mezquino ajuar dramático? ¡Ah, si estrenaran su obra! Si la estrenaran, el tablادillo se llenaría de dinero y los nombres de los artistas alcanzarían la gloria.

El poeta empleó palabras tan persuasivas y convincentes, que aquellos náufragos de la escena estrenaron la obra de Núñez de Arce.

Era un drama titulado *Amor y orgullo*, he-

cho de retazos y reminiscencias de lecturas, obra de falsa retórica, altisonante, enfática, donde las palabras rodaban como pedruscos. Pero en la confusión de ripios y cascotes poéticos surgía de vez en cuando una llamarada. Aquella obra mala encerraba el espíritu de un gran poeta, como las tiendas de Cedar, sucias y llenas de polvo por fuera, guardaban riquísimas joyas y tesoros.

Amor y orgullo gustó muchísimo. Su estreno le valió a Gaspar una pequeña corona de laurel y el título de hijo adoptivo de Toledo.

¿Qué extraño es que el muchacho, desde la noche de su éxito dramático, adoptara un aire de presunción? ¿No se engríen con el triunfo hombres maduros y encanecidos, que de la noche a la mañana, de personas sencillas y tratables, se convierten en petulantes y necias? El elogio, que es compañero de la fortuna, hincha a las criaturas y las envanece.

¡Cómo paseaba Gaspar por las calles de Toledo! ¡Con qué aire de suficiencia miraba a todos! ¡Cómo levantaba la cabeza, como en son de reto, o la dejaba caer con pesadumbre—como cae la rama del árbol cargada de fruto—, como si el peso de su inspiración lo agobiara!

Le ardía la sangre. El ambiente provinciano, estrecho y mezquino, le ahogaba. Las horas le

pesaban como si fueran de plomo. Ni siquiera los amoríos con una linda Isabelilla toledana, chiqueteja, maciza y donosa, que se había enredado en los versillos del poeta, le quitaban al joven la murria. Su alma, llena de vehemencia y cargada de ensueños, languidecía en la inacción, y en la monotonía de la vida provinciana, como la espada del famoso guerrero Hudibras en el desván, que se llena de herrumbre “y se roe a sí misma por falta de otra cosa que tajar”.

Pensó en Madrid. En los charcos grandes se crían los peces gordos. Lucharía a brazo partido con la suerte. Se pondría a prueba en la competencia con otros talentos, y se abriría paso con su inteligencia hasta conseguir la celebridad.

La buena hilandera nunca carece de camisa, y el hombre de ingenio sale bien de todos los apuros.

Núñez de Arce se preparaba para la aventura. Quería saber mucho y siguió atiborrándose de lecturas en la biblioteca de la Catedral.

Estaba encargado de la custodia de los libros un varón docto y de mucha ciencia, el padre Loaisa, que al ver al mozalbete pegado a los libros a todas horas, sintió simpatía por el joven y se convirtió voluntariamente en su preceptor.



El padre del poeta, al ver a su hijo ir todos los días a la biblioteca de la Catedral, acompañado de sacerdotes, que le trataban con cariño, pensó que su hijo, aprovechando la influencia de los religiosos, se hiciera cura.

—Yo no seré sacerdote, padre—respondió el muchacho a los requerimientos de su progenitor.

—Harás lo que yo te mande—insistió con severidad don Manuel.

—Perdóneme usted, padre—insistió con terquedad el muchacho—. No tengo vocación.

—Ya te vas haciendo hombre y es necesario que te abras camino en la vida. No vas a estar siempre hecho un vago.

—Sí, sí, yo quiero trabajar.

—¿Le llamas trabajar a esas fantasías tuyas? ¡Poeta!—exclamó desdeñoso—. Casi todos han muerto en la miseria, después de una vida dolorosa. Hazme caso, Gaspar. Ahora se nos presenta una ocasión buenísima. Déjate de versos ni de imaginaciones. No olvides, hijo mío, el refrán de que “tanto va la cabra a las coles que deja el pellejo”. ¿Sabes lo que me ha dicho el padre Loaisa?

—¿Qué le ha dicho?

—Si su hijo quiere seguir la carrera eclesiástica yo le consigo una beca de gracia para el Se-

minario. Es una gran suerte, hijo mío, que el padre haya puesto sus ojos en ti.

—Yo se lo agradezco muchísimo, pero mi inclinación me lleva por otro camino.

—Sigue mis consejos, Gaspar. Tú eres vivo y despierto, y sabe Dios adónde podrás llegar en la Iglesia con tan buen valedor. Es una carrera magnífica. Ya lo dice el adagio: “El que no sabe latín, no tiene buen fin.”

Intervino también la madre. La buena mujer quería ver a su hijo hecho todo un canónigo.

Gaspar no cedió ni a los requerimientos del padre—que era hombre que en el hogar no admitía rebeldías—, ni a las súplicas y lágrimas de Eladia.

Nada ni nadie quebraba su voluntad.

También le habló el padre Loaisa. Hombre ducho en el conocimiento del corazón humano, empleó palabras dulces y suasorias para traer al redil a la oveja descarriada.

Pero como la ola en la roca, así se rompían los deseos de todos por torcer el destino del poeta.

La situación se hizo insostenible para Gaspar. El padre lo increpaba, la madre gemía viendo la tozudez de su hijo, y el padre Loaisa suavemente lo atraía, y poniéndole una mano en el hombro, le decía cariñoso:

—De esta madera se hacen los santos.

Pensó el muchacho en fugarse del hogar, y un día, sin más ropa que la puesta, un puñado escaso de reales y la cabeza llena de fantasías, el mozo salió de Toledo por la carretera de Madrid.

Era un día otoñal.

Cuando el mozo llevaba andando dos horas, en un repecho se dió de cara con un vendedor de hortaliza, que, montado en un borriquillo famélico, iba a Toledo.

El campesino remedó al clásico:

—¿Dónde camináis, mocito,
a pie y con tan huecos humos?
—A Madrid, hermano,
y por la calor madrugo...

.....
Trabó conversación el labriego con el poeta.

—¿Quieres entregarle este papelillo a mis padres?

Y Gaspar dió al del borrico una carta escrita con lápiz, en la que el muchacho pedía a sus padres perdón por su marcha, afirmando que, con la ayuda de Dios, iba a buscarse la vida por su propia cuenta.

Dió al campesino dos reales y se despidió de él. Cuando ya llevaba andadas dos leguas y se sentía fatigado, se topó con unos arrieros que

iban a la Corte, caballeros en buenas bestias. La recua iba cargada de corambres del mosto recio de la vega de Toledo, que tanta fama tenía en las tabernas de Madrid entre mozos de rompe y rasga y entre viejos bebedores, que afirman que el vino debe hacer cortina en los vasos y sacar lágrimas a los ojos.

El muchacho iba ya que no podía con su alma, y entonces, al verlo jadear, el arriero que guiaba la recua invitó a Gaspar a que subiera a una de las mulas. El mozo se acomodó entre dos pellejos y así entró en la capital de España.

En la posada de la Cava Baja comió un torrezno y bebió algunos tragos de un vinillo ramplón que le despellejó el gaznate. La posada estaba llena de trajinantes, recoveros, mozos de mulas, gañanes y hortelanos, de jeta dura y palabras ásperas. Algunos chicarrones quitaban el aparejo a las caballerías; otros reían, alegres por el vino, o contaban sus dineros, que guardaban en la faja. Olía a paja húmeda y a hortaliza machacada. De vez en cuando pasaba por entre la bulliciosa arriería una mozuela de carnes macizas y de buen ver, carillena y de cuadril crecido, a la que los mozos miraban codiciosos.

No hay tablilla de mesón que tanto atraiga a la clientela como una zagala guapa y cariño-

sa, que sepa sonreír a todos, y la de la posada de la Cava Baja era un prodigio.

El poeta durmió en un rinconcillo, tendido en un jergón, arrullado por sus sueños y por los desafortados ronquidos de los arrieros.

Al despertar, antes de lanzarse a la conquista de Madrid, recordó que había salido de Toledo nada más que con los dos reales que entregó al del borriquillo.

CAPITULO IV

Núñez de Arce, en Madrid.—“A carne de perro, diente de lobo.”—Las aventuras de Isabelita.—“Yo sé hacer de todo!”—El mocete es ya periodista.

Había caído en Madrid un nuevo poeta. Gaspar traía los bolsillos atestados de sonetos y un burujo de papel liado con un cordelillo. Era un drama.

Con estas armas tan endebles y quebradizas quería el muchacho conquistar la Corte.

La Puerta del Sol se abría, como las fauces de un monstruo, para tragárselo. Pero el joven no se amilanó. A carne de perro, diente de lobo. ¿Por qué no le había de guiñar un ojo la suerte?

En Madrid trabajaban a destajo los proveedores de romanticismo. Los periódicos eran cobertura y testafierros de las taifas políticas que desgobernaban a España en los días de Isabel II. Las hojas diarias eran, generalmente, libelos que servían los apetitos de una mesnada o de un ambicioso. Se atacaba al Estado y a sus hombres representativos, llevando el agresor en una mano la espada del duelista y en la otra la escudilla. El camino estaba abierto para los audaces y los hombres sin escrúpulos.

“Si hubiera un destino para cada español gozaríamos de tranquilidad”, decía Evaristo San Miguel.

Cada día surgía un nuevo periódico, y cuando el personaje que lo había creado “subía al Poder”, colocaba a sus amigos y colaboradores y la hoja desaparecía. Junto al trono de Isabel pululaba un jabardillo de aventureros, buscavidas y ambiciosos, que por conseguir sus deseos empleaban las herramientas más innobles: desde la apostasía política al ataque virulento y envenenado contra la honra ajena. Una vez en lo alto, el que había agarrado la tajada pedía a los otros mesura, continencia y caballerosidad.

Eran los tiempos de las “agudezas de Olózaga”, de los cuentos picantes del general Cas-

taños, de las faltas de ortografía de Narváez, de las poesías insoportables de Cañete, de las frases “ingeniosas” de Hartzenbusch, de la “inocencia” de Escosura; cuando Ros de Olano decía con petulancia: “No tengo formado concepto de la tesis”; tiempos en que se hablaba del escándalo de las “aventuras de Isabelita”, y de cómo la Reina se pasaba la noche bailando hasta dejar rendidos en el salón a hombres fuertes como gañanes; cuando Madrid era un hervidero de intrigas, de epigramas y sátiras contra la hembra robusta y liviana, a la que el fastuoso ricacho Santaella costeó de su bolsillo una estatua, en cuyo pedestal apareció una mañana pegado el siguiente pasquín:

Santaella, de Isabel
costeó la estatua bella;
y del vulgo el eco fiel
dice que no es santo él
ni tampoco “santa ella”.

Era cuando predominaba el énfasis, el engolamiento y la garrulería en la literatura y en el periodismo. Y así, el periódico *La Iberia* escribía refiriéndose al poeta Quintana:

“¿Y dónde está ese genio divino, ese sacerdote de la gaya ciencia, ese apóstol de la fe de los pueblos? ¿Dónde?”

Y el articulista estiraba el cuello para asomarse por la tirilla, tomaba resuello y añadía: “¿Dónde? Ahí le tenéis en el rincón de su hogar doméstico, pobre, modesto, humilde, abandonado; ahí le tenéis sin, fausto, sin tesoros, sin títulos en medio de su grandeza; ahí le tenéis encanecido por la nieve de sus ochenta y dos años, postrado bajo el peso de la edad...”

Rimbombancia, oquedad, fastuosidad palabrera. A aquellos periodistas y escritores se les podían aplicar con justicia las palabras del bachiller Pedro de Rhua: “... Ponen toda su eficacia en el corriente y ruido de la oración; pero como río de avenida, todo es estruendo de palabras, o, más de verdad, como ríos pequeños que, como llevan poca agua, van dando de piedra en piedra, y al que los ha de pasar de noche oscura, y no los conoce, pónenle miedo, pensando que van muy hondos.”

En este Madrid pródigo en la palabra, desmesurado en el gesto, corroído por las luchas de las facciones políticas y por las intrigas de tipo aldeano, cayó Núñez de Arce.

El mucho dudar hace daño al hombre. El poeta abandonó la posada de la Cava Baja y llevando en la mano un número del periódico *El Observador*, se encaminó a la redacción de dicho diario.

Subió las estrechas escaleras de una casucha chata y sucia. En una sala había unos hombres barbados y famélicos que lo miraron despreciativamente. El mozo se irguió y respondió con otra mirada despectiva.

Ya verían quién era él.

Lo recibió el director del periódico. Gaspar, nervioso, con palabra emocionada, expuso sus deseos y aspiraciones, relatando por menudo sus triunfos poéticos en Toledo.

—Bien, joven, ¿usted quiere ser redactor?

—Sí, señor.

—Además de hacer versos, ¿qué sabe usted hacer?

—¡Todo! ¡Yo sé hacer de todo!

El director lo miró de arriba abajo y sonrió con indulgencia. Le dijo:

—Trabjará usted con nosotros.

No se habló de dinero por no envilecer el acto con cosas prosaicas, y además, como no cobraban los periodistas veteranos de *El Observador*, no era cosa de romper la tradición de la casa dando dinero al neófito.

Después de un discurso en que el director habló a Gaspar del “sacerdocio de la prensa”, lo llevó a la redacción.

—Señores, aquí les presento a un nuevo compañero.

Estrecharon todos la mano del poeta: unos lo miraron con prevención, otros con indulgencia compasiva, y alguno con cómica gravedad. Alguien, al ver a Gaspar tan escurrido de carnes y escuálido, pronosticó:

—Este sucumbe.

El redactor jefe de *El Observador* le preguntó:

—¿Está usted dispuesto a trabajar?

—Sí, señor—respondió con resolución Núñez de Arce.

—Pues va usted a hacer un suelto. Lo iba a hacer yo...

—¿De qué se trata?

—Es un suelto de índole un tanto personal...

—dijo reticente el redactor jefe.

Se trataba de dar una “puñalada” a un antagonista político.

Núñez de Arce cogió una pluma y unas cuartillas, exclamando:

—¡Al toro por los cuernos!

A los quince minutos le entregaba el suelto al redactor jefe. Este le dijo:

—Léalo usted en voz alta.

Núñez de Arce lo leyó a los compañeros de redacción, que se desataron en alabanzas. El nuevo colega tenía fibra, intuición y un estilo vehemente y arrollador.

A poco salía Núñez de Arce de la redacción de *El Observador* del brazo de su compañero Eulogio Florentino Sanz, autor de *Don Francisco de Quevedo*. Don Florentino era alto, seco, amojamado, bilioso y con un humor de perros.

Por cierto, dice un biógrafo de Núñez de Arce, que en el camino se encontraron a un joven melenudo y harapiento, de rostro pálido y melancólico, a quien Florentino Sanz dijo, designando a su acompañante:

—Carlos, aquí tiene usted un buen escritor, que, con el tiempo, ha de meter mucho ruido; y usted, señor Núñez, salude al gran poeta Carlos Rubio.

—Aquella noche—me decía don Gaspar—bendije mi suerte. En pocas horas encontré un hogar literario y eché los cimientos de amistades que no olvidaré mientras viva. Sólo me amargaba el recuerdo de mis padres. Lo primero que hice al tomar posesión de mi nuevo domicilio fué enviarles una larga carta, dándoles cuenta de la fortuna con que había empezado mis tareas y remitiéndoles un número de *El Observador*, en el cual aparecía mi primer trabajo en la prensa madrileña.

CAPITULO V

El muchacho se alimentaba con sueños de gloria.—El orgullo no le permite confesar su fracaso.—Un artículo en “Gente Vieja” acerca del suicidio de “Larmig”.

La vida del escritor en Madrid a mediados del siglo XIX era terrible. Ni el periodismo, ni el teatro, ni el libro daban para vivir. Los más agudos ingenios cortesanos arrastraban sus harapos y sus hambres por las casas de huéspedes baratas o los mechinales, donde reventaban al digerir los bodrios indigestos que les servía una patrona zafia y maloliente.

La miseria hace al hombre abyecto y rebaja su carácter, y la mayoría de aquellos escrito-

res tenían, si no querían sucumbir, que adular al político de fortuna o al intrigante audaz.

Silvela, el escéptico, el que llamó a España “país sin pulso”, tuvo sus veleidades literarias y escribió un drama titulado *Negro y Blanco*, y al hacer la liquidación vió que le había costado treinta duros. Y exclamó asombrado:

—Si escribo cuatro al mes me cuestan ciento veinte duros. Mis recursos no me permiten ser autor dramático.

Poco después—añade Silvela—caí en la tentación de publicar mis artículos, reuniéndolos en un libro. Formé un legajo con los ya impresos y los inéditos y los mandé con una carta a un editor de los más prácticos y conocidos de la Corte.

A los pocos días pasé a verle.

—No tengo inconveniente—me dijo—en publicar el librito; pero como en este país nadie lee ni nada se vende, no puedo dar a usted nada por la propiedad.

Núñez de Arce se afilió a la mesnada de los indigentes. Pero llevaba su pobreza con dignidad. Se alimentaba con sus “sueños de gloria”, y, naturalmente, el mozo se iba quedando en los huesos.

Muchos días pensó, al oler el humillo que salía de alguna cocina, en el cocido casero ade-

rezado por las limpias y afanosas manos de su madre, la buena Eladia. Se pasaba el día de bostezo en bostezo, pero el orgullo no le permitía confesar su fracaso.

Y como único consuelo a su desdicha leía y releía los artículos suyos que publicaba en *El Observador*. Y cuanto más sufría y más hambre pasaba, mayor cariño sentía por aquellos sus hijos espirituales, con arreglo a la pauta que dió el maestro Juan de Avila, cuando dijo que los hijos que hemos de engendrar por la palabra, no tanto han de ser hijos de voz, cuanto hijos de lágrimas.

Tuvo buenos camaradas con los cuales compartió sus alegrías y sus tristezas. Núñez de Arce fué, no sólo un gran poeta, sino un hombre de bien. Uno de sus primeros amigos en Madrid, en su época de penuria, fué Luis Martínez Güertero, *Larmig*, acerca de cuyo suicidio escribió Arce el siguiente artículo en el periódico *Gente Vieja*:

“Siendo casi un niño, a poco de mi venida a Madrid desde el rincón de una provincia, deseoso de abrirme paso, si podía, en la república de las letras, contraje estrecha y leal amistad con un joven poeta, próximamente de mi misma edad, y, como yo, desconocido. Era a la sazón Luis Martínez Güertero, que así se llama-

ba mi nuevo camarada, aunque ocultase su nombre—no sé por qué—bajo el extraño seudónimo de *Larmig*, mitad enigma y mitad anagrama, un mancebo apuesto y gallardo, de fisonomía byroniana, de ingenio vivo y sagaz, y si bien de índole algún tanto voluntariosa y autoritaria, como niño mimado, de trato cariñoso y expansivo.

”Todavía recuerdo con melancólico encanto aquellas hermosas tardes de otoño, en que él, Carlos Rubio, otro gran poeta malogrado, y yo paseábamos juntos por las frondosas arboledas del Retiro, al través de cuyo espeso follaje, que ya empezaba a amarillear, se filtraban, como hilos de oro, los últimos y encendidos fulgores del ocaso.

”Entregados a vanas imaginaciones vagábamos solos entre el bullicio de la gente, sin cuidarnos de nada, declamando versos, confiándonos en el calor de la intimidad nuestros propósitos, nuestros amoríos, nuestros apuros de dinero, nuestras penas fugaces, y fijo el pensamiento en lo porvenir, alimentando nuestra sed de gloria con risueñas y doradas esperanzas. ¿Qué queda ya de nuestros sueños de entonces? ¿Qué queda de nosotros mismos? *Larmig* ha desaparecido trágicamente a impulsos de su propia mano; Carlos Rubio ha muerto en la oscuri-

dad, sin dar de sí todo lo que prometía, devorado por el monstruo de la política, y sólo yo, el más débil y enfermizo de los tres, resisto aún los embates de la edad y de la vida, a semejanza de uno de esos viejos troncos que permanecen erigidos, aunque ya sin flor, sin hojas y sin fruto, como único vestigio de una selva por donde han pasado, arrasándola, el huracán y el incendio.

”Repentinas mudanzas de la suerte torcieron el curso de la existencia de *Larmig*. Era una naturaleza enérgica, y ante aquel inesperado golpe de la fortuna no desmayó un solo instante. Comprendiendo con exacto sentido de la realidad que el camino de la literatura, donde ya había empezado a cosechar laureles, no era el más apropiado, sobre todo en España, para recuperar la riqueza perdida, abandonó sus estudios universitarios, rompió, sin vacilaciones, su áurea pluma de poeta y, sin despedirse de nadie, marchó a Londres, en donde, con su conocimiento del inglés y algunas recomendaciones valiosas, no le fué difícil colocarse en una casa de Banca española.

”Desde entonces no volví a saber de él, no recibí ninguna carta suya, y perdí por completo su rastro, hasta que un día, después de muchos años de separación, di con él de manos a

boca, cuando menos lo esperaba, en la Puerta del Sol.

”Nuestra alegría fué inmensa. Abrazámonos con efusión fraternal, y como si sólo hubiésemos dejado de vernos desde el día anterior, reanudamos nuestras amistosas confidencias.

”Contóme parte de su historia; díjome que se había casado en La Coruña, y que a la sazón vivía en Madrid con una hija única, inteligente y hermosa, que era a la vez su preocupación y su encanto.

”Un día se presentó muy de mañana y de improviso en mi casa. Arrellanóse en una butaca, y con muchos rodeos y atenuaciones, como si se tratase de gravísima falta, me manifestó que en sus horas de ocio había compuesto un libro de versos, sobre cuya publicación quería consultarme. A instancias mías comenzó a leer su manuscrito, y desde las primeras páginas me sentí subyugado por la magia de aquellas vibrantes estrofas, llenas de unción religiosa y de magnificencia lírica, diáfanas como la atmósfera de un día de estío y cónmovedoras como algunos versículos de la Biblia.

”Varias veces intentó cerrar el cuaderno diciéndome:

”—¡Basta! Ya habrás podido formar juicio de mis pobres tentativas—y otras tantas le con-

tuve obligándole a continuar la lectura. Concluyóla al fin, dejándome confuso, o más bien maravillado; dile mi cordial enhorabuena, y al oír los calurosos elogios que su obra arrancaba a mi admiración, preguntóme con cierta timidez si tendría inconveniente en escribir un prólogo para presentarle al público, de quien hacía tanto tiempo vivía apartado.

"Acepté con júbilo su proposición, y sin levantar mano hice en pocas horas el trabajo que me había pedido, el cual, como escrito en época calamitosa y revuelta, se resiente del estado de mi ánimo al mismo tiempo afligido e indignado.

"*Larmig* me demostró su gratitud con apretado abrazo, recogió el prólogo, y al cabo de un mes me trajo el primer ejemplar de las *Mujeres del Evangelio*, libro cuya fama, desde su aparición, ha ido creciendo de día en día.

"Transcurrido algún tiempo, *Larmig*, que no menudeaba sus visitas, se presentó de nuevo en mi casa. Nunca le había visto tan animado y jovial. Acababa de escribir su hermoso poema *Las hijas de Milton*, el primero de una colección que tenía proyectada, y con la candorosa alegría de autor satisfecho, venía a leerme los últimos trozos de su última obra. Hablamos largo y tendido; me anunció que quería publi-

car su nuevo libro en edición de gran lujo, con láminas grabadas en Inglaterra; y luego, en el curso de la conversación, por su parte chispeante y entretenida, me expuso su proyecto de probar fortuna en el teatro.

”Aún resuenan en mis oídos las palabras con que, despidiéndose de mí, puso fin a nuestra entrevista.

”—Adiós—me dijo—, voy a hacer un drama, y si tiene buen éxito, lo celebraremos con una francachela como las que solíamos tener en la juventud. Echaremos una cana al aire.

”Y, en efecto, cumplió su palabra e hizo un drama; pero ¡cuán espantoso y horrible!

”La mañana del día siguiente a aquél en que estuvo hablando conmigo, degollóse con una navaja de afeitar delante de un espejo, en su cuarto de dormir, sin que hasta ahora haya podido averiguarse la causa de resolución tan desesperada. *Larmig* se llevó su secreto a la tumba. Allí yace con él. ¡Pobre amigo mío! ¡Descansa en paz!”

CAPITULO VI

Los señores de antaño se convertían en servidores y esclavos de las modas extranjerizas.— El oro y la calderilla.— La fantasía del poeta y el buen sentido del caballero castellano.

Núñez de Arce no tenía en sus escritos ni la gracia retozona, ni el donaire epigramático, ni la sencillez narrativa. Era un escritor enfático, grandilocuente, de tono patético, arrebatado, y de entonación grave. Surgió en los medios literarios en la época en que nuestros ingenios convertían las orgías de lord Byron, en pobres meriendas con vinazo de Arganda, chorizos y pelanduscas arrabaleras.

Espronceda había arremetido contra “la catterva de idólatras de los miserables Calderón,

Shakespeare y comparsa"... El gran poeta romántico, fanfarrón, lacrimoso y sensual, señorito pervertido, hace el *Canto a Teresa* y la deja morir en el hospital, después de haberla envejecido.

Era frecuente en los poetas "del puñal y el veneno", que después de cometer una charra-nada, o una vileza, para quedar bien con sus conciencias, se arrepintieran haciendo a la víctima un soneto.

Aquellos escritores que renegaban de los que les precedían, eran los campaneros de la tempestad, y una vez desbordado el torrente palabrero era difícil contenerlos.

Todo era entonces pequeño en nuestro país: el arte, la política, la ciencia, la literatura... En la política, en el arte y en la literatura, los españoles vivían de las rebabas y escurriduras de las mesas francesas. Se volvía la espalda a lo tradicional y vernáculo, para buscar la bazofia ajena. Los señores de antaño se convertían voluntariamente en servidores y esclavos de modas extranjerizas.

El romanticismo en España era un plagio. Fueron corifeos de aquel movimiento literario algunas personalidades vigorosas, pero junto a ellas crecían multitud de hongos venenosos, esos reclutas de la mediocridad, que se afilia-

ron al romanticismo llevando en su bagaje la oquedad palabrera, la incultura y la falta de decoro en sus vidas que trascendía a sus obras.

Cuando se corrompe el carácter de un pueblo se envilece también su lenguaje, y así pudo decir de aquellos hombres un alto ingenio español, que cuando escribían en prosa parecía que traducían del francés.

Predominaba la improvisación, la falta de estudio, el contacto vigorizador con nuestros clásicos.

Se pensaba en gabacho, se escribía en gabacho y se vivía en gabacho. En vez de leer y estudiar la Historia de España, se la “presentía”, como dijo en un alarde de espasmódico analfabetismo el farragoso y plúmbeo Fernández y González.

El espíritu escéptico y demoleedor del siglo XIX se había infiltrado en las conciencias, y los escritores y poetas—intérpretes genuinos de una época—lo revelaban en sus obras. Volvían las espaldas al pasado, y para no naufragar, se agarraban a la liviana rama francesa, corrompida y escéptica.

¡Da pena ver a los descendientes de los grandes ingenios españoles de los siglos XVI y XVII arrodillarse en las capillas literarias de Víctor Hugo y Lamartine!

La fe descaeció y se puso en moda el escepticismo. Se le llamaba a Voltaire “el patriarca de Ferney”, se encendían lamparillas a la peluca del filósofo de la Enciclopedia, y surgían por todas partes fanáticos contra el fanatismo.

Al perderse la originalidad, los testaferrós de la moda francesa en España acudían a París a estudiar los modelos literarios. Y cuando cualquier escritorzuelo madrileño volvía de un viaje por Francia, se hacía lenguas del “poderoso genio francés” y de la “flexibilidad y talento de sus escritores y poetas”, a los que copiaba servilmente.

Se abominaba de nuestras viejas virtudes raciales para adquirir los vicios del vecino. El oro de nuestra prosa castellana se convirtió en deleznable calderilla, el valor y la reciedumbre devino en fanfarronada y debilidad, la robusta creencia, en duda, y el pensamiento español, sobrio y profundo, se trocó en hojarasca palabrera.

En esta atmósfera espiritual se desenvolvió Núñez de Arce, y su temperamento castizo, de fuerte raigambre castellana, sufrió las influencias de la época.

Era el autor de *Gritos del combate* demasiado robusto y fuerte espiritualmente para padecer la languidez enfermiza de los románticos

ni sus desvaríos, pero fermentaba en él ese elemento volcánico que daba a todos los escritores de aquel tiempo cierto aire de familia.

Fué Núñez de Arce uno de aquellos periodistas de “fondo”—cuyos artículos no podemos leer hoy sin bostezar—, de los cuales se decían que “esculpían las frases”.

Empleaba Núñez de Arce en sus escritos periodísticos un tono enfático, grandilocuente, alejado de toda llaneza y sencillez. Su prosa no era—como la de otros de sus colegas llamados de “primera plana”—ni mazorril, ni amazocotada, ni indigesta. Aunque abusaba de una “fraseología sin meollo”, no era oscuro ni pedante. En sus peleas periodísticas, donde el libelista y el escritor se confundían, Núñez de Arce atacaba a su adversario levantada la visera, altivo el gesto, empuñando furioso la lanza retórica para hundirla en el pecho de su antagonista.

Hasta en sus sueltos periodísticos de vida fugaz y pasajera se nota que el autor pide un anticipo a la posteridad.

Su característica era la energía, el brío y la imaginación; pero junto a la fantasía desbocada del poeta, cabalgaba el buen sentido del caballero castellano, que frenaba su potro para no caer en el abismo del mal gusto.

El año 1857, Núñez de Arce estuvo como co-

rresponsal de *La Iberia* en la inauguración del canal del Ebro. Aquella inauguración se consideró como un acontecimiento de gran trascendencia para España, y los periódicos madrileños enviaron a periodistas de mucha valía: por *La Discusión*, a Castelar; por *La Esperanza*, a Vildósola; por *La Epoca*, a Navarro-Rodrigo; por *La Gaceta*, a Manuel Cañete, y por *La América*, a Ortiz de Pinedo.

Pero donde Núñez de Arce adquirió, como periodista, mucha notoriedad y prestigio fué en la campaña de Marruecos de 1860.

CAPITULO VII

Núñez de Arce, corresponsal de guerra en Marruecos.—“¡Viva el general O'Donnell!”—El campo se llena de almalafas, jaiques y marlotas.

En las redacciones de los periódicos, en las tertulias literarias, en los cenáculos de gente distinguida, entre la gente de arrabal y la de alcurnia, corre la noticia: los moros fronterizos a la plaza de Ceuta han ultrajado la bandera de España.

El Gobierno, presidido por don Leopoldo O'Donnell—que es, además, ministro de la Guerra—, se reúne a deliberar.

También celebran reuniones los jefes militares.

Los hombres de guerra y los pacíficos ciudadanos vibran de coraje.

Tiemblan las largas perillas de brocha, tienen los ojos transeúntes miradas agresivas, la prosa de los periódicos rezuma dignidad patriótica y los oradores espontáneos piden el rápido escarmiento del “infiel marroquí”.

En los mercados, las hembras farotas y desgarradas, con las manos en el cuadril y en actitud insolente, acucian a los hombres a que dejen sus trabajos y cambien sus apatuscos de paz por las herramientas mortíferas. En los salones de gente de pró, las damas de talles de avispa, hondas ojeras y caras pálidas, entre dengosidades y ademanes mimosos, al acabar el rigodón lanzan suspirillos o se llevan el pañuelo de seda a los ojos para enjugar una escurridiza lagrimilla.

Los viejos hablan de sus aventuras marciales y estimulan a los jóvenes para que no sean remisos ni indolentes en la defensa de la patria.

Se oye el piafar de los caballos de guerra y el ruido de los herrajes. La prosa y la palabra tienen aire de arengas.

Pasan grupos de soldaditos españoles con sus fusiles y sus macutos. La gente grita: “¡Viva España!” Los chiquillos van detrás de los soldados remedando el paso militar. Las mocitas

remueven, inquietas, las alas de sus mantoncillos, y miran con gachonería a los militares. Alguna, más audaz, tira un beso a los soldados, y el público la aplaude.

En la poesía predomina el tono épico. Es la hora de los buenos ciudadanos y de los malos poetas, que aprovechan la emoción popular para enjaretar a trochemoche versos ripiosos.

El 7 de noviembre de 1859, O'Donnell se hace cargo de la dirección del ejército expedicionario que irá a Marruecos a castigar la audacia de los moros. Ya anochecido, el bravo militar español va a Palacio a despedirse de la Reina Isabel II.

El conde de Lucena se arrodilla a los pies de Isabel, y ésta, emocionada, pide a la Virgen que proteja la vida de O'Donnell y dé el triunfo a las tropas españolas.

Las lágrimas de la Reina caen sobre el uniforme de campaña del general. Poco después de esta patética escena en Palacio, O'Donnell, en una silla de posta, desaparece, en la oscuridad de la noche, por la carretera de Andalucía.

El director de *La Iberia*, el ilustre periodista Calvo Asensio, llamó una mañana a su despacho a Núñez de Arce.

—Ya conoce usted—le dijo Calvo Asensio al

poeta—el pugilato que hay entre los periodistas y escritores madrileños de más prestigio por ir a Marruecos.

—Sí, director.

—Yo he pensado en que usted vaya a Africa en representación de *La Iberia*.

—Muchas gracias.

—Para usted—insistió Asensio—éste puede ser un momento decisivo. Usted se incorporará al Cuartel General de O'Donnell. Ya han salido para Africa, como corresponsales de guerra de la prensa de Madrid, Navarro-Rodrigo y Pedro Antonio de Alarcón. Yo confió en que su talento y sus grandes dotes de escritor dejarán a *La Iberia* en el puesto que le corresponde.

Núñez preguntó, nervioso:

—¿Cuándo hay que salir?

—En seguida.

—¡Pues al toro por los cuernos!—exclamó Núñez de Arce con regocijo, estrechando la mano de Calvo Asensio.

Las crónicas de guerra de Núñez de Arce tuvieron en toda España una gran resonancia. El estilo del mozo—tenía veinticinco años—era jugoso, claro, conciso. No se regodeaba paladeando las frases, ni la exuberancia lírica hacía turbias y enrevesadas las descripciones.

Núñez de Arce no era de esos escritores os-

curós de los que ha dicho Feijóo, que, como tienen moneda falsa, quieren pasarla de noche.

El tema guerrero iba bien al temperamento fogoso y vehemente del autor del *Idilio*.

La gente arrebatava de las manos de los vendedores los ejemplares de *La Iberia*.

Se formaban grupos en las calles, donde un individuo leía en alta voz las crónicas de Núñez de Arce. De pronto, alguien, emocionado, gritaba interrumpiendo la lectura:

—¡Viva el general O'Donnell!

Y otro:

—¡Viva el general Prim!

Y los lechuguinos levantaban en alto las chisteras, los menestrales las gorrillas, los señores sus hóngos, gritando todos, entusiasmados por el relato que hacía Arce de los triunfos de los bravos soldados españoles en Marruecos.

Y lo mismo ocurría en las calles, en los círculos y cafés, donde la gente leía con emoción, llenos de lágrimas los ojos, la descripción de las batallas.

La reputación de Núñez de Arce crecía como la espuma. El cronista de *La Iberia* corrió los azares y peligros de la guerra como un soldado.

Montado a caballo, junto al general O'Donnell, asistió Arce a todas las operaciones de la campaña. Terminada la pelea, el cronista escri-

bía sus impresiones de la jornada, teniendo por mesa un tambor o el ataharre de una bestia, entre el ruido del campamento: los toques de corneta, las voces de mando o las ruidosas pláticas de los soldados, que volvían de la batalla renegridos y llenos de polvo, calientes aún los cañones de los fusiles.

Reflejaban sus escritos la serenidad y bravura de O'Donnell, la valentía y acometidad de los soldados, el torrente avasallador de los ejércitos de España, que en sus ataques a la bayoneta (cuando el cerro se cuajaba de brillantes púas, como un puercoespín de acero) hacía huir a la morisma, llenándose los campos de jaiques, marlotas, almalafas y espingardas.

En la acción de los Castillejos, O'Donnell se situó en una meseta desde la que dominaba el campo de batalla. Con su antejo de campaña observaba las peripecias de la lucha y daba órdenes a sus ayudantes.

Los moros lo descubrieron y dirigieron contra O'Donnell sus tiros. Era una lluvia de plomo. Cayeron, despeñados, heridos de muerte, algunos soldados de la escolta del general. El fuego segaba, implacable, a hombres y bestias. El conde de Lucena seguía pegado a su antejo, observando los vaivenes de la sangrienta pugna.

Núñez de Arce se acercó a O'Donnell y le dijo respetuoso:

—Mi general, no está usted bien aquí.

El guerrero no se inmutó.

Insistió el periodista:

—¿No ve los miles de balas que vienen sobre usted?

—Sí, ya las “veo”, y las oigo—retrucó sonriente, sin mover un músculo, viendo por los cristales la marcha del combate.

“Cuando con mucho reposo y tranquilidad volvió O'Donnell al caballo y se alejó al paso de aquel picacho sobre el cual parecía cernerse la muerte—decía Núñez de Arce—, todos respiramos con la satisfacción del que ve ya en salvo una vida preciosa que a toda costa interesa conservar.”

La víspera de la batalla de Wad-Ras cesó el cronista en su cargo de corresponsal de guerra, por disidencia con sus compañeros de redacción respecto de la paz. Siguiendo los impulsos de su conciencia y su patriotismo, creía de suma urgencia hacer inmediatamente la paz, por venir así a los altos intereses de España, y los demás redactores de *La Iberia* opinaban lo contrario. Este disentimiento sobre punto tan capital, determinó la ruptura de Núñez de Arce con *La Iberia*.

CAPITULO VIII

¡Dios mío, cómo estaba Madrid!—Al que está debajo del árbol le cae el fruto.—Entrada de los soldados españoles en Tetuán.—Un grano de demencia y mucho sentido común.

El 7 de febrero de 1860, todas las iglesias de Madrid echaron las campanas a vuelo. Aquel ruidosísimo repique en aquella fría madrugada de invierno, alarmó a los vecinos. Envueltos en mantas, restregándose perezosamente los ojos, abrieron los balcones, y de balcón a balcón se hacían unos a otros preguntas por aquel rebullicio.

Pronto se supo el motivo de aquel tañer desahogado de las campanas de todas las parroquias

de la corte: nuestros soldados habían entrado en Tetuán.

Nadie volvió a la cama. Se lloraba de alegría y se abrazaban los vecinos sin conocerse. El que tenía con otro una rencilla, la olvidaba; el que tenía una preocupación, o una tristeza, se incorporaba al cortejo de la gente alegre y bullanguera, y lo mismo el amargado que el dichoso tomaban parte en el regocijo colectivo.

¡Dios mío, cómo estaba Madrid!

La gente de los barrios se echó a la calle con almireces, peroles viejos y silbatos, haciendo un ruido de demonios, formando bailes en las plazuelas, en donde danzaban lo mismo la muchacha zaina, en la flor de la edad, que la hembra propincua y machucha, que la viejecita apergaminada.

—¡Comadre, por una vez!...

Los murguistas, comprendiendo que había llegado la hora de desafinar sin riesgo, acudieron en tropel a la Puerta del Sol, esperando que la patriótica alegría del pueblo henchiría sus bolsillos.

En un momento los balcones de las casas se vieron cubiertos de colgaduras. Cada uno colgaba lo que tenía: una colcha rameada, una sábana, un mantón alfombrado o de Manila...

Se gritaba, hasta enronquecer, “¡Viva Espa-

ña!", "¡Viva el Ejército!", y todos los semblantes reflejaban la alegría del momento.

La Reina Isabel II, al recibir la noticia, prorrumpió en llanto copiosísimo y sufrió un zaratán, teniendo que ser auxiliada en su desmayo por las azafatas y damas de la Corte.

El pueblo se dirigió a Palacio. La multitud invadió la plaza de Armas, vitoreando a la Reina. Isabel se asomó a los balcones del Alcázar con el Príncipe Alfonso en los brazos, al que levantaba en alto para que lo viera el público, estrechándolo contra su seno y cubriéndolo de besos.

El entusiasmo, ante esta escena, rayó en el delirio.

Por la tarde fué Isabel II al santuario de Nuestra Señora de Atocha...

Núñez de Arce volvió a Madrid. Sus antiguos compañeros de *La Iberia* arremetieron contra él llamándole apóstata y renegado. Decían de él que era como el platillo de la balanza, se inclinaba a quien le daba más, pues el autor de *Gritos de combate* había dejado el partido progresista para ingresar en la Unión Liberal, de O'Donnell.

Arce se encogió de hombros al oír los improprios. Al que está bajo el árbol le cae el fruto, y el poeta, que tenía un ojo en la sartén y otro

en el gato, se arrimó a O'Donnell, el triunfador. pues no era cosa de vivir toda la vida hecho un azacán, hambriento y derrotado, para acabar la existencia en la cama de un hospital o en un miserable tabuco.

Tenía Núñez de Arce, como todo gran poeta, ese grano de demencia necesario; pero, al mismo tiempo, poseía ese sentido práctico del campesino castellano, del que dió prueba toda su vida. Cuando volvía de sus incursiones por el campo de la fantasía, Núñez de Arce refrenaba su potro y pensaba en las miserables realidades de la vida.

Ni la poesía, ni el periodismo, ni el teatro, ni la literatura, daban para comer. Los más agudos ingenios o se envilecían convirtiéndose en aduladores y turiferarios de algún fantasmón político, con más tachas que borrico de gitano, o morían de hambre. O la vileza o el aniquilamiento.

Había en los abiertos o solapados ataques de los redactores de *La Iberia* a Núñez de Arce un dejo de admiración y de envidia. Aquel mozo inteligente, barbilampiño, recién llegado de provincias, se adelantaba a los viejos periodistas madrileños en el camino del éxito, poniendo de relieve con su triunfo el fracaso ajeno.

Lo que más nos indigna de nuestros enemi-

gos son sus buenas cualidades, y Arce poseía un talento fértil y una poderosa imaginación.

¿Cómo seguir la carrera de las letras sin un apoyo económico? ¿No suspiraban todos los españoles por un destino en el Estado? Aquellos compañeros de *La Iberia*, ¿no atizaban el fuego de la discordia entre los españoles buscando la congrua sustentación? La espada retórica del caballero, ¿no se convertía en puñal rufianesco cuando así convenía al egoísmo o al interés de un hombre conspicuo o de un partido político? El genio acre y adusto y el ataque violento de un compañero, ¿no lo había trocado la dádiva en blanda y dulce zalema? ¿Cuántos y cuántos, obligados por la necesidad, o empujados por la ambición, no habían sentido los espasmos de la apostasía?

Los tiempos eran duros y revueltos. El trono de España lo ocupaba una mujer, y cuando lo creían oportuno los graves caballeros, de honorable vitola, echaban mano, para conseguir sus propósitos, a estilos plebeyos y a actos innobles. Debajo de la chistera se escondía la gorrilla del pícaro, y la larga parrafada llena de gerundios tapaba el angustioso requerimiento de un náufrago.

Núñez de Arce fué nombrado, el 1.º de septiembre de 1860, auxiliar de la clase de Mayo-

res del Ministerio de la Gobernación, con un sueldo de cinco mil pesetas al año. Como su cargo burocrático no le exigía mucho tiempo, se dedicó de lleno al trabajo periodístico. Pensó también en escribir para el teatro.

La escena española, que agonizaba en las postrimerías del siglo XVIII (cuando el cetro estaba en manos de los lamentables poetastros Comella, Moncín y Valladares), se erguía de nuevo reanimada por el talento españolísimo del gran poeta don José Zorrilla.

El entusiasmo del público por obras como *Margarita la tornera* y *El zapatero y el Rey*, marcaban a los poetas el buen camino vernáculo, señalándoles la vieja senda abandonada. Se pedía una vuelta a los viejos modelos españoles. ¿Para qué imitar, decían, la literatura francesa o inglesa, cuando reporta mayores ventajas volver los ojos a la madre patria? Se podrá por breve tiempo, apartándose de este buen camino, extraviar el gusto del público con novedades e imitaciones seductoras, pero el porvenir y desarrollo de toda literatura vigorosa debe basarse en sí misma, pues la originalidad no se conserva o no se recobra, una vez perdida, más que por el culto ferviente de la nacionalidad.

Escribía Núñez de Arce artículos en *Pero*

Grullo, fué propietario de *El Bachiller Honduras* y también dirigió y fué propietario de *Los Debates*.

Su trabajo en las hojas cotidianas colocó a Núñez de Arce a la altura de los grandes periodistas de aquella época: Andrés Borrego, Ignacio Escobar, Asquerino, Calvo Asensio y Santa Ana.

El temperamento vigoroso—tiraba los vocablos con catapulta—, su firmeza, acometividad y reciedumbre, seducían a sus coetáneos.

Un escritor italiano afirma que al genio que le falta la sonrisa le falta un ala. A Núñez de Arce le faltaba la sonrisa. Su prosa grandilocuente y altisonante no admitía injerencias livianas. Era escritor apocalíptico. Creía que un yunque no se debe golpear con un guante, y para él la opinión pública era el Briareo de miles de brazos, al que había que domeñar con la armadura y la lanza retórica.

El 5 de enero de 1885, Núñez de Arce, con motivo de los terremotos de Andalucía, dirigió al país un manifiesto, en el que decía entre otras cosas:

“¿Cuándo ha requerido el pueblo español estímulos de ningún género para dar amplia salida a las efusiones de su alma cristiana y generosa? La prensa de Madrid no se dirige, pues,

a la conciencia nacional para despertarla de un sueño egoísta en que, por dicha, jamás ha caído; se dirige sólo para recordarla que a la magnitud del infortunio es menester que respondan la extensión del sacrificio y la celeridad del remedio.

”Nuestros infelices compatriotas, sin hogar, sin pan, sin abrigo, aterrados aún por la memoria amarga de los desastres que han presenciado en horas de interminable agonía, necesitan pronto, muy pronto, de la largueza del rico, del céntimo del pobre, de la insinuante súplica de la mujer, de la pluma del escritor, de la habilidad del artista, de la labor del menestral, hasta de la limosna del mendigo, para reconstruir sus casas desplomadas, cubrir sus miembros ateridos, aliviar su miseria y enterrar piadosamente a sus muertos, que yacen todavía insepultos entre los escombros.”

CAPITULO IX

Las palabras que no acuden cuando hacen falta.

El ministro y el caballero tronado.—Un carácter austero y una rectitud de conducta admirables.—Núñez de Arce pasea por el Retiro sus angustias de poeta y de ciudadano.

Núñez de Arce, como hombre político, fué mediocre, y como orador sufría verdaderos tartagos y angustias para expresar sus ideas. Su oratoria carecía de firmeza y cohesión, y cuando en medio de un discurso se le escapaba un vocablo, Arce tartamudeaba, se pasaba el pañuelo por la frente, bebía agua, salía del apuro encarándose con el auditorio, y diciendo en tono enfático: “¡Ah, señores! ¡Ah, señores!...”

En las polémicas parlamentarias, el autor de *Deudas de honra*, cuando le atacaba su antagonista político, se removía inquieto en el escaño

y no dejaba de hacer visajes y movimientos con las manos y con las piernas.

Espíritu crítico se juzgaba a sí mismo durante su trabajo, y como huía de la plebeyez, trataba de ir seleccionando las palabras al hablar, y esto le obligaba a hacer largas pausas. Salía de un discurso como de un duelo, y como esta premiosidad y torpeza en el hablar mermaba su reputación de hombre público, Arce sufría enormemente.

Las palabras remisas y reacias en la hora en que el poeta las necesitaba, acudían a su cabeza en tropel, pero ya a deshora, cuando volvía a su casa herido en su amor propio por la verbosidad chabacana, muchas veces, de su adversario.

Y entraba en su hogar hecho un basilisco, nervioso, frenético, dejando la chistera en cualquier lado y cayendo rendido sobre el sofá, decía:

—¡El banco azul es para mí un potro de tormento!

Porque fué nombrado ministro de Ultramar el año 1882—cuya cartera desempeñó nueve meses y cuatro días—, y cuando los diputados atacaban su gestión, Arce, que carecía de habilidad y medios verbales para defenderse, no sabía qué contestar, ni qué decir, y esto le colo-

caba, a veces, en una posición ridícula. Aquel gran poeta que, según el vulgo docto y el iletrado, al escribir era fecundo y magnífico, vacilaba, daba traspiés o no abría la boca al ser requerido para hablar por algún diputado chisgarabís y vacío de mollera.

Era hombre laborioso y recto en el cumplimiento de su deber. Un día, al tratarse en Consejo de Ministros de darle un alto cargo en Cuba a un aristócrata que había derrochado su fortuna en el juego y con las mujeres, Núñez de Arce se negó a firmar el nombramiento del caballero "tronado", que quería remendar su hacienda maltrecha por las orgías a costa del Estado.

El repudiado por el Ministro era persona de influencia y de alta categoría social. El caballero, que se refocilaba ya con la idea de explotar su cargo y volver rico a España, al conocer la actitud de Núñez de Arce, le preguntó irridadísimo:

—¿Con qué derecho se opone usted a mis pretensiones?

—Usted, y esto es cosa pública, ha dilapidado toda su fortuna particular. Yo no puedo entregar la administración de los intereses del Estado a quien no ha sabido administrar sus propios bienes.

—¡Me está usted agraviando, señor Ministro!

—Le estoy diciendo la verdad.

—¡Pues ya nos veremos!—amenazó con iracundia el que había perdido la prebenda, que era, además de crapuloso, un temible duelista.

Núñez de Arce, altivo, le señaló la puerta, por donde desapareció el caballero jurando por su honor que iba a hacer una que fuera sonada.

Manuel F. Villegas, contemporáneo del autor de *La esfinge*, dice que uno de los biógrafos de Arce “oculta con piadosa mano las pequeñeces insanas que le hicieron acreedor a la cartera de Ministro, y sin las cuales no se sube a los altos puestos de la política”.

Desde que O'Donnell demostró predilección por el autor de *Las arpas mudas*, y le dió cargos públicos, los enemigos políticos de Arce lo tacharon de hombre veleidoso, lleno de ambición, tráfuga de los partidos, que tenía la constancia de la veleta, y que con tal de medrar era capaz de vender su alma al diablo.

No es extraño que Arce, que chapoteaba en el fango político, le salpicara el lodo. El autor de *Gritos del combate* no fué incorruptible al halago de los fuertes, pero no envileció su arte en sospechosas faenas de tercería.

En sus comienzos periodísticos escribió en los libelos, atacó despiadadamente la reputación de sus adversarios, no titubeó en emplear su pluma en detrimento de la fama ajena, y al llegar a Madrid, lo primero que escribe en *El Observador* es un suelto de “carácter personal”, es decir, Arce alquilaba entonces su talento, como otros duelistas sus espadas, para vivir.

Pero pasada la borrasca de la juventud, alejado el autor de *La duda* del medio mefítico de las intrigas, teniendo ya seguro el techo y el plato, Arce demostró un carácter austero, una hombría de bien y una rectitud de conducta admirables.

Carlos Fernández Shaw, ilustre poeta y autor dramático, coetáneo de Núñez de Arce, dice del autor de *Un idilio*:

“Parecíame verle de nuevo cómo en tantas ocasiones le vi, desde que a él me acerqué por primera vez, temerosamente, cuando se encontraba en el apogeo de la gloria (frescos aún los laureles que le conquistaron los *Gritos del combate*, *La última lamentación de lord Byron* y el *Idilio*), y que, atento, llano, cortés y bondadoso, no vaciló un instante en favorecerme con el regalo de su atención y de su afecto. Verle otra vez, y con qué variados aspectos, durante el verano de 1883, por ejemplo—el verano de

los “pronunciamientos” en Badajoz, Seo de Urgel y Santo Domingo de la Calzada—, paseando por el Retiro sus angustias de poeta y de ciudadano, solo y triste, encogido, tétrico y cejijunto, en su coche de Ministro de la Corona; con aquel coloso de la escena que se llamó Rafael Calvo, pisando como un conquistador el prosenio del teatro Español y recibiendo la estruendosa ovación que le tributaba el público, entusiasmado por las maravillosas décimas de *El vértigo*; en la cátedra del Ateneo, dando a conocer varios de sus poemas: el canto primero de *Hernán el Lobo*, en la “casa vieja”, y *La pesca* y *Maruja*, en el palacio de la calle del Prado; en el soberbio salón de sesiones de la Academia Española, durante alguna solemne recepción, casi hundido en uno de los rojos sillones inmediato a la mesa presidencial, embutido su endeble cuerpo en ostentoso uniforme, cruzado su pecho por la banda azul y blanca de la Gran Cruz de Carlos III, y al parecer abstraído de todo cuanto le rodeaba, puesta la mirada en lo alto, cómo si estuviera su imaginación entonces enhebrando con hilo de oro las palabras de una nueva estrofa; platicando familiarmente, rodeado de fieles amigos, en la librería de Fe; aceptando, conmovido, tantas muestras de admiración y de respeto en los ac-

tos brillantísimos del Homenaje Nacional... Verle, por fin, ya en sus últimos tiempos, dominado por la enfermedad crudísima que tanto le hizo sufrir, pálido, tembloroso a menudo, sin fuerzas casi... irguiéndose de improviso, animándose como sacudido por una corriente eléctrica, para anatematizar o rechazar, con viril indignación, cuanto era, a su entender, atentado infame contra sus honradas creencias políticas o contra sus santos ideales artísticos.”

... ..

En el autor del *Vértigo* se unían los dos tipos inmortales de Cervantes: don Quijote y Sancho. Mientras don Quijote sueña, Sancho busca en las alforjas algo con que llenar la tripa.

Núñez de Arce, en tanto escribía sus magníficas estrofas, no perdía de vista las miserables realidades de la vida. No quería morir de hambre como Bécquer, ni en la espantosa pobreza de Quintana, ni teniendo para vivir que vender el laurel de sus coronas como Zorrilla.

Y desde el año 1860, que le dan una credencial en Gobernación, ya sigue prestando servicios al Estado: es oficial de la clase de segundos del Ministerio de Fomento, con 8.000 pesetas, el año 1864; Gobernador de Logroño, con 10.000 pesetas, el año 1865; Gobernador de Barcelona el año 1868; Oficial Mayor del Mi-

nisterio de Ultramar; Consejero de Estado el año 1874; Ministro de Ultramar, con 30.000 pesetas, el año 1883; Presidente de la Sección de Ultramar del Consejo de Estado, con 20.000 pesetas, el año 1887, y fué nombrado Gobernador del Banco Hipotecario el 30 de octubre de 1897.

¿Qué diría la madre del poeta, doña Eladia de Arce—que murió en Madrid a los ochenta y seis años de edad—, al ver a su hijo de Consejero de la Corona, lleno el pecho de cruces y bandas, respetado por todos, y llevándola a ella, ya convertida en una señorona, en su coche de Ministro?

¿No lucharon, ella y su marido Manuel Núñez, día y noche, por quitarle de la cabeza al mocete, allá en Toledo, aquellas fantasías poéticas que lo arrastrarían a la miseria? ¿No le decían a todas horas al muchacho que la poesía era oficio de vagos, juglares y aventureros; profesión de gente malévola y desgarrada, con más humos que hoguera sin llama, pero cuyas vidas acaban siempre en la ruina, cuando no en el deshonor?

¿Qué diría el rígido don Manuel Núñez—que murió en Toledo a los cincuenta y un años de edad—al ver a su hijo Gasparito con-

quistar la fama y la reputación, abrirse paso con su talento, conquistar altos puestos en el Estado y tratar familiarmente a personajes como O'Donnell, Prim y Ros de Olano?

¡Cuántas regañinas y réspices sufrió Gaspar! ¡Cómo le amenazó el padre con quitarle la pitanza si persistía el muchacho en su terquedad de ser poeta!

Así como la clueca cobija bajo sus alas a los polluelos, así también el autor de *La visión de fray Martín*, en sus días de fortuna, protegió a los suyos, siendo el único sostén y amparo de su familia. La anciana doña Eladia, que bendecía a todas horas a su hijo, murió en el domicilio de Núñez de Arce cuando éste vivía en la calle del Sacramento; su hermano Rafael falleció en la casa del poeta de la calle del Prado; su otro hermano Antonio fué Contador del Tribunal de Cuentas; Braulio, Delegado del Banco en Vitoria, y Concha se casó con un distinguido jurisconsulto. A todos les dió posición y aseguró su porvenir, aunque esta decidida protección de Gaspar a los suyos le atrajera el ataque de algunos periódicos; pero don Gaspar ponía en práctica el viejo refrán de, “a tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo”.

Era el autor de *La esfinge* de genio irritable y de quebradiza susceptibilidad. Su tempera-

mento españolísimo, bondadoso a veces, lleno de aristas otras; su altivez y su soberbia, sus nervios siempre dispuestos a saltar por cualquier futesa, recuerdan este cuentecillo:

“En un país extranjero se celebraban grandes fiestas, y uno de los acontecimientos era el desfile, bajo las tribunas ocupadas por personas de regia estirpe, de los soldados de varias nacionalidades: alemanes, ingleses, franceses y españoles. Una de las Princesas tenía curiosidad por conocer a los soldados españoles, y preguntó a otra dama cuáles eran. Respondió la aludida que ellos mismos se declararían al pasar. Y pidió un puñado de garbanzos que iba tirando sobre los soldados que desfilaban. Los alemanes e ingleses sintieron caer sobre ellos los granos y pasaron sin inmutarse ni hacer caso de aquella lluvia garbancil; los franceses se irguieron con agresivo talante hacia el sitio donde caía la granizada, y los españoles, soberbios y fanfarrones, retaron con ademanes descompuestos y palabras fuertes a los que creían autores de aquella injuria a sus personas. Y la dama sonrió, diciendo: “Esos son españoles.”

.....

Junto a la barbilla canosa de Zapata, al lado de Echegaray, con su aire enfermizo y gastado, alejado unos pasos del músico Bretón, va, pá-

lido y nervioso, Núñez de Arce en el entierro de Castelar.

El rapsoda, joven y vigoroso, que traía en sus sandalias el polvo de las rutas infinitas, es ahora un frío y reumático hombrecillo, lloroso y alicaído, que se queja de las infidelidades de las Musas que lo han abandonado para irse con los jóvenes poetas.

El gran Rubén Darío, corresponsal en España de un periódico argentino, relata así un paseo que da por el Prado con Núñez de Arce el 13 de octubre de 1899:

“Comienza en la Carrera de San Jerónimo el ir y venir de las gentes a la hora del paseo de la tarde. La Carrera de San Jerónimo es la calle de la Florida de Madrid. Mucha vitrina elegante, mucho carruaje que va y viene; y por la noche mucha alegría de ciudad moderna.

”En la librería de Fe, poco antes del crepúsculo, encontré hace unos días al poeta Núñez de Arce con su amigo Vicente Colorado, también poeta. Hacía algún tiempo que no veía al maestro, y le hallé, aunque quejoso de su salud, bastante mejor que como le viera la reciente vez.

”Tras hablar unas cuantas cosas del obligado asunto de América, se le ocurrió: “¿Si diéra-

mos un paseo?" Acepté con gusto y salimos los tres hacia el Prado.

"Despacio, pues don Gaspar no puede fatigarse. El tiempo estaba fresco, el aire era grato; el cielo lucía afable; pero el poeta, desde que comenzó a conversar con nosotros, parecía verlo todo gris. Como yo le preguntase si tenía algún trabajo en obra, si escribía algo...

"—No, nada—me contestó—, fuera de las cartas que escribo a un diario de Buenos Aires.

"Y con un aire de vago desencanto:

"—¡Ay, amigo Darío, mi tiempo ha pasado! Soy ya viejo, y las Musas, como hermosas hembras que son, no gustan de los viejos. El campo es ahora de quien se llama...

"—Maestro—le interrumpí—, y eso quien menos lo puede decir es usted. El amor y el gozo de la vida tienen a Anacreonte y Hugo...

"—Lo que de Hugo vale, verdaderamente fué escrito en su juventud.

"No quise contradecirle.

"Pero el hábil Colorado, cuyo ingenio es mucho, apoyado en su antiguo cariño y en su amistad íntima, le increpó con amable irrespeto: "Es que usted se está poniendo insoportable de pesimismo." Y le manifestó que era cosa de los años, que en la juventud todo lo vemos lleno

de una luz de rosa. (Lo cual no es cierto en nuestro tiempo, decía yo en mi interior.)

”Núñez de Arce prosiguió entonces en un largo hablar, todo ornado de bellas frases de decepción. No cree ni en la misma vida. ¿Acaso sabemos algo de lo que hay tras el impenetrable velo de la eterna Isis? ¡La ciencia! Pues la ciencia no ha conquistado sino un pequeñísimo reino: el reino de lo experimental. La “débacle” a que se ha hecho tanto ruido no hace mucho tiempo, no puede ser más cierta. ¿El Arte? Campo para las ilusiones; total, nada, puesto que las ilusiones no son más que humo vago que deshace el menor viento de la vida. El fracaso impera en todo. La sociedad, después de tantos siglos, no ha logrado aún resolver el problema de su misma organización. Véanse las rojas flores que brotan en tal terreno: se llama socialismo, anarquismo, nihilismo.

”Yo volví a tocar el tema del Arte y de la Literatura. “¡Ah, el Arte, la Literatura, todo está en plena decadencia! Francia es el más patente ejemplo. Los ideales se levantan, se ven como bellos mirajes, y luego no se logran nunca. Es el inmenso camino cuyo fin no se encuentra ni se encontrará jamás, a pesar del vuelo continuo de las humanas aspiraciones.”

”Y así seguía con su voz pectoral, un tanto

apagada, y en sus ojos vivaces había una chispa fugitiva, y en sus labios se marcaba una sonrisa que podía decir resignación y convencimiento.

”Entretanto yo me decía—siempre para mí, sobre todo—: “Gaspar Núñez de Arce,

... Dou “of course,
a true Hidalgo, free from every stain
of Moor or Hebrew blood; he traced his source
through the most Gothic gentlemen of Spain...”

”Don Gaspar Núñez de Arce, sin duda alguna el primer poeta de la España de hoy, parecería por sus negros mirares y sus desconsoladores decires un espíritu extranjero, un alma septentrional, rara, bajo su cielo de alegría, si no se supiese que en el fondo del alma española crece siempre una oscura rosa. Puede tener un rocío de creencia o no tenerlo. Este fuerte poeta es un Carlos V sin fe, que se encierra en su Escorial interior y celebra los funerales de su propia poesía, de sus propios ensueños, de su propia gloria. Y no es nuevo en él este modo de pensar y de ver los cuatro puntos cardinales de su existencia. Allá, ya lejos en el siglo, se oyen aún sus *Gritos de combate*, y ya había resonado en sus oídos el fracaso producido por la risa de Voltaire, a quien en nombre de sus sueños agonizantes o muertos maldecía en el último endecasílabo de un soneto célebre; decía a los poetas

que colgaran, en un desconsuelo bíblico, sus arpas de los llorosos sauces. Gracias a que la férrea contextura de su estro daba animación para la lucha, no se caía en el anonadamiento voluntario. Por esos tiempos, o poco después, miraba con cruel desdén al pobre Bécquer, que vivía de pan de amor y vino de sueño. Sonreía el caballero vestido de su pesada armadura, de los que él llamaba “suspirillos germánicos”; le disgustaba el poco de azul que fué a traer en un ramillete de “vergissmeinnichts” de Alemania, para suavizar el escarlata de sus claveles, el artista triste de las *Rimas*, que después de todo era esta cosa formidable: un corazón.

”En el Prado reían los niños; la tarde desfallecía risueña; en el Poniente se fundía una montaña de oro de sol. Don Gaspar proseguía en sus doctrinas. La muerte es lo único que nos interesa verdaderamente, pues da la clave del enigma. Isis aparece entonces sin veló. El hombre no mata nada: todo se “muere”. El hombre cree inventar algo: todo está ya inventado; todo ha sido. De pronto, en un yacimiento del tiempo, descúbrense alguna cosa; eso es todo. Pero nada de lo que se cree nuevo es nuevo. La palabra de la Escritura dice una incommovible verdad cuando dice: “Nihil novi sub sole.” El hombre vive en lucha perpetua con la vida y

consigo mismo porque, pasada la divina estación de la juventud, quiere ver, quiere saber, quiere conseguir la posesión de un fantasma, descubrir lo imposible, y la realidad le hiere y le desconsuela. El hombre sólo es feliz en el instante de su primavera.

”Miré en los ojos de don Gaspar, y canté en mi memoria el recuerdo:

¡Oh recuerdos, encantos y alegrías
de los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas
que a la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!

”—Yo ya estoy viejo—repite—, y creo ver en lo que dije la verdad, o lo que me parece la verdad, porque, ciertamente, ella no ha mostrado su faz nunca; su desnudez no ha sido profanada por nadie. Crea usted—me dijo—que la juventud es lo único que vale la pena, y esto por su jardín de ilusiones: esto es, “por lo que existe”.

”Yo volví a clamar dentro de mí: “¡Oh poeta, oh querido amigo y maestro!”, no haces obra de bien predicando el desencanto, tú que sabes la perenne renovación de las cosas. el placer de vivir, con todo y la persecución del dolor; no debes, porque hayas pasado ya mucho más del medio del camino de la vida, quedarte en tu

primera etapa y no mostrar a la juventud sedienta de ideal nada más que el infierno; tú bien debes saber que en la tercera está situada la gloria incomparable del Paraíso, así haya que pasar para penetrar en sus dominios bajo el arco de la Ilusión. La misión del poeta es cultivar la esperanza, ascender a la verdad por el ensueño y defender la nobleza y frescura de la pasajera existencia terrenal, así sea amparándose en el palacio de la divina mentira. Te ha tocado un difícil momento en la historia de tu patria; momento de vacilaciones y de derrumbes, de dudas y de miserias; pero tú no colgaste el arpa del "lloroso sauce". Antes bien, elevaste por tu sonora y acerada poesía las almas; reavivaste el amor a lo bello; de la duda hiciste hermosas esculturas de palabras en que vió la joven generación cómo se esculpía el castellano en potentes estrofas; con el *Idilio* tornaste a la inagotable viña de amor, cuyo jugo dará sangre a la Poesía y al Arte por los siglos de los siglos. No, no intentes destruir una sola ilusión. En verdad te digo que retoñará en mil partes. La obligación de la vejez sabia, es decir, a los que vienen coronados de flores, en su estación de encantos, en palabras de luz, lo que dice la Boca de Sombra. Hay un caballero cantando en tus poemas que podía servirte de admirable

ejemplo. Es aquel maravilloso Raimundo amoroso de amor, padre de enigmas, profesor de ilusiones, capitán de ensueños; aquel Raimundo que encontró oculto el símbolo del dolor eterno entre los pechos de la mujer amada e imposible. Pues bien: Raimundo Lulio no se fué por el camino de la desesperanza, sino que, como entró en el templo montado en su caballo, ascendió a las estrellas, cabalgante en su Pegaso, en seguimiento siempre de su ideal. Aquel inmenso poeta, aquel príncipe del símbolo, aquel sabio te señala una buena pauta que seguir. No pasa el tiempo para los poetas que tienen el alma firme y libre; para los que no reconocen fronteras, preocupaciones, limitaciones: las Musas son, como dicen, muchachas fragantes y frescas; pero no tienen inconveniente en ir a dormir con Bóoz o acostarse en el lecho del viejo David.

”Y no sé en qué libro de antiguo he leído que Abisag, después de sus nupcias con el anciano rey del arpa, quedó encinta y dió a luz una estrella.”

CAPITULO X

El trabajo literario era para Núñez de Arce una tortura.—Cuando su cerebro estaba en acción pensaba todo su cuerpo.—Los sollozos del poeta se confunden con el rugido.

El secreto de todo artista es que en su obra parezca espontáneo lo que es fruto de la meditación y la reflexión. Lo espontáneo no es nunca, en la obra de arte, producto de la espontaneidad.

Núñez de Arce fué, casi siempre, un trabajador concienzudo, severo e intransigente. Su afán de perfección era tan grande, que siempre temía que le engañara su juicio. Cuando tenía una hora de trabajo feliz miraba con recelo su propia obra, y la sometía a un análisis duro,

temiendo que la facilidad encubriera algo pecaminoso.

No fué jamás indulgente consigo mismo. A la invención acompañaba el juicio; elegía con cuidado las palabras y los conceptos, maduraba mentalmente sus obras, y hubo cuartilla en la que corrigió un verso diez veces, puliendo y limando su trabajo como un orfebre.

Tachaba, corregía, volvía a escribir lo tachado, y hurgaba en las palabras y en el estilo, como un aduanero en el fondo del baúl.

El trabajo era para el autor del *Miserere* una tortura. Todo en él era vehemencia y energía. La pluma en sus manos se convertía en lanza. La apretaba tanto sobre las cuartillas, que rasgaba el papel, lo llenaba de tinta y hacía saltar los puntos.

Las primeras palabras manuscritas eran legibles y claras, pero al avanzar en el trabajo su letra era enrevesada e ilegible. Escribía con tan nerviosa rapidez, que omitía muchas letras, y ni siquiera numeraba las cuartillas, cosa que le producía trastornos.

Durante su trabajo parecía enajenado. Rechinaba los dientes, se tiraba de los pelos de la barba hasta arrancárselos, y si una idea se le resistía o un vocablo le era rebelde daba un pu-

ñetazo en la mesa, o paseaba por la habitación ceñudo e irritado.

En todo gran artista habita "otro espíritu" que le va dictando o que le empuja al trabajo, que guía su mano o su pluma. De aquí que, en los momentos de creación, al salir de ellos, el mismo artífice quede sorprendido, mire su propia obra como ajena y le parezca que ha salido de un letargo. Es que durante su trabajo "ha salido de sí", ha vivido en un estado de letargia, hasta que deja la tarea y se incorpora al mundo circundante. De aquí que todo creador intelectual sea un anormal durante su proceso de creación.

Y Núñez de Arce parecía loco cuando estaba entregado a su tarea. Su cuerpecito menudo temblaba como azogado, sus ojos se movían sin reposo, o se quedaban de pronto clavados en un punto cualquiera de la habitación, mirando sin ver; sus nervios vibraban, y si en aquel momento alguien lo interrumpía, el autor de *Tristeza* increpaba a grandes voces al intruso. Y es que cuando su cerebro estaba en acción pensaba todo su cuerpo.

¿Cómo quieres hacer llorar a los demás si tienes tú los ojos enjutos? La llama ilumina y se agota, y es ley fatal en arte que el autor sea aniquilado por su obra. Ese apetito de inmorta-

lidad que remueve la entraña del artista se nutre de la vida del creador estético. Entrega su vida para pervivir, pues sólo se puede dar vida aniquilándose.

Núñez de Arce se quemaba en el fuego de sus propias creaciones, y su espíritu ardía con tanta fuerza que encendía a los demás, y así, cuando en el teatro, o en un acto público, leían sus poemas, la gente se levantaba en las butacas y aplaudía frenética, seducida por la fuerza avasalladora de la majestuosa inspiración del poeta.

“El carácter distintivo de Núñez de Arce —decía un escritor— es la fuerza.

”Si cree, su fe se asemeja al fanatismo en lo intensa y fervorosa; si duda, no se duerme sossegado sobre la que Montaigne apellidó dulce almohada; si increpa o censura, sus acentos vibran como el látigo acerado de Juvenal; si llora o se entristece, abrasan sus lágrimas y sus sollozos se confunden con el rugido; si canta, el amor nunca acierta a ser tierno, por más que sepa ser delicado; su amor es de ese que cuando besa muerde.

”Es Núñez de Arce poeta meridional por lo apasionado, mas no por lo pintoresco; sobrio en imágenes y galas, en la energía del sentimiento, en la profundidad o valentía de la idea,

en la forma escultural del período, en la rotunda y severa armonía de la versificación, es donde reside el encanto de sus obras.”

“Núñez de Arce—decía Menéndez y Pelayo—pertenece al género de los poetas civiles, de los que increpan y amonestan, de los que hacen crujir su látigo sobre las prevaricaciones sociales, de los que imprimen el hierro candente de su palabra en la frente o en la espalda de los grandes malvados de la Historia, o de los que ellos tienen por tales, pues no se ha de olvidar que el poeta político, en nuestros tiempos, no puede menos de ser un hombre de partido, con todos los atropellos e injusticias que el espíritu de facción trae consigo. Pero este mismo espíritu no cabe sino en almas de temple recio y viril, naturalmente honradas y capaz de apasionarse por una idea.”

Casi todos sus versos políticos, que son entre todos los suyos los que vivirán con inmortalidad más robusta, han nacido al calor del hecho actual; ahí están sangrientos y palpitantes, compendiando en sí todas las vergüenzas de nuestra historia contemporánea. Y como el poeta tiene algo de vidente, aun contra su voluntad y propósito, suelen trocarse en sus labios, como en los del antiguo adivino, las bendiciones en anatemas, de tal suerte, que el pe-

simismo tradicionalista más desgarrado no podría encontrar arsenal mejor provisto de armas que el de los *Gritos del combate*.

“Se dirá que a la poesía tribunicia de Núñez de Arce no le basta la emoción individual, sino que expresando, como expresa, sentimientos generales, requiere un auditorio más vasto y más agitado. Quizá sea verdad; pero si en nuestros tiempos, cuando se han acabado los profetas y los cantores de los juegos olímpicos, fuera posible congregarse tal auditorio como era el de las edades antiguas, con un solo corazón y una sola alma, el de Núñez de Arce no debiera reunirse en el teatro, sino en la plaza pública y entre oleadas de verdadera multitud, tan apasionada como el poeta, con pasión del día presente, que no inflamase sólo su cabeza, sino que imperase en sus músculos y su sangre.

”Pero de las deficiencias del pensador y del político no hay que pedir cuentas al poeta. Este, en su calidad de tal, tiene que ser irresponsable. Enrique Heine lo ha dicho: *el pueblo puede matarnos, pero no puede juzgarnos*. Y el pueblo somos aquí todos los que no somos capaces de escribir las *Tristezas* o el poema de *Raimundo Lulio*, aunque nos creamos muy capaces de criticarlos.

”No es Núñez de Arce hombre para seguir

con paso rastrero las huellas de otro. El verdadero genio lírico, en lo que tiene de más alto y eficaz, no desciende de nadie; hace escuela por sí propio y sólo a Dios debe los raudales de su inspiración."

CAPITULO XI

Compartió con Espronceda, Campoamor, Bécquer y Zorrilla la gloria de la poesía española del siglo XIX.—En el palacio del duque de Fernán-Núñez se reúne lo más granado de la aristocracia para oír declamar a Rafael Calvo los versos de Núñez de Arce.

Núñez de Arce, orador mediocre y premioso, prosista mediano, polemista torpe y político mal dotado para la intriga, fué un poeta de extraordinario mérito. El tiempo todo lo gasta y desdora, y hoy día las multitudes no sienten los trallazos líricos del autor de *Gritos del Combate*, y sus alardes tribunicios nos dejan fríos, y sus estrofas de fuego, sus reticencias sarcásticas, sus candenciosas arengas resbalan por nosotros

sin remover nuestra sensibilidad. Pero hay algo en el autor de *Tristeza* que permanece incólume desafiando la labor corrosiva de los años: su aliento épico, su arrogancia de buena cepa española, su énfasis nativo, su entonación grave y viril de limpia y castellana estirpe, la atrayente musicalidad de sus versos, su decoro retórico y aquella su gravedad y austeridad poética, y su empaque señorial, de regusto clásico, español.

Núñez de Arce compartió con Espronceda, Quintana, Campoamor, Bécquer y Zorrilla la gloria de la poesía española del siglo XIX.

La avecica lírica de Arce, que revoloteó junto a las pelucas y las casacas de los enciclopedistas franceses en *La duda*, volvía arrepentida de sus devaneos exóticos al viejo lar castellano, para hacer su nido bajo las arcadas catedralicias, como en *El vértigo*, o en los tejares de las casitas campesinas de Castilla, como en el *Idilio*.

Porque el poeta, que hacía desfilas en sus versos opulentos, armónicos y graves, a la dueña setentona y asmática, a los escuderos maliciosos, al rubio pajecillo aovillado a lo pies de la rica hembra, al fraile que descabeza un sueño en su sillón abacial en la gran sala gótica de un castillo medieval, el poeta, repetimos, abando-

naba el tono solemne por la nota candorosa de la descripción rural. Y ahora sus versos olían a campo mojado después de la lluvia, a buen pan candeal, encentado por el cuchillo del labriego castellano, a falda de mozuela limpia y primorosa, a tomillo y hierbabuena.

Pero el autor de *La visión de fray Martín* carecía de ternura. Sólo es grande en sus apóstrofes tribunicios, cuando calada la visera, montado en su corcel lírico, arremete contra los vicios de su época, o anatematiza la brutalidad de la chusma callejera, desgredada y violenta. Entonces, con aquella "su rotundidad de ariete", se encara con la fiera demagógica y su voz potente y recia condena los desmanes de las turbas:

Roto el respeto, la obediencia rota,
de Dios y de la ley perdido el freno,
vas marchando entre lágrimas y cieno
y aire de tempestad tu rostro azota.

Ni causa oculta ni razón ignota
busques al mal que te devora el seno;
tu iniquidad, como sutil veneno,
las fuerzas de tus músculos agota.

No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!

Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida
lleva en sus propios vicios el tirano.

España se desangraba en luchas intestinas, y

vivía encorvada por las tormentas domésticas. El poeta sufre por los desvaríos y locuras de sus compatriotas, que hacen del suelo sagrado de la patria campo de dolor y de miseria.

Y dice en aquellos días febriles y revueltos:

Los tiempos son de lucha, ¿Quién concibe
el ocio muelle en nuestra edad inquieta?
En medio de la lid canta el poeta,
el tribuno perora, el sabio escribe.

Nadie el golpe que da ni el que recibe
siente a medida que el peligro aprieta:
desplómase vencido el fuerte atleta
y otro al recio combate se apercibe.

La ciega multitud se precipita,
invade el campo, avanza alborotada
con el sordo rumor de la marea;
y son en el furor que nos agita,
trueno y rayo la voz; el arte, espada;
la ciencia, ariete; tempestad, la idea.

Hablando de sus *Estrofas*, dice el padre Francisco Blanco García en su libro de la literatura española del siglo XIX:

“La revolución avanzaba como la marea. El descoco rompió al fin la máscara de la hipocresía, y entonces el poeta, en alas de su generosa indignación, la maldijo en esas *Estrofas*, candelentes como el fuego, agudas como puñal de dos filos, rumorosas y potentes como las olas del Océano.

”La osadía de Juvenal, la sátira de Quevedo, la viril entonación de Quintana y la inimitable

sobriedad de Dante, se dieron la mano para producirlas, y así salieron ellas, preñadas de ideas, respirando iras y sarcasmos, presentando la verdad al desnudo...”

En *La pesca*, el poeta habla del recuerdo que no le deja reposo, de la nostalgia de un amor que le perturba y le inquieta. Y busca la soledad, pues el “ruido asesina los pensamientos”, y dice:

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
el ardiente arrebató
del amor, la ilusión que se deshoja,
la fe que expira, el gozo y el tormento:
que el hondo pensamiento,
como el mar sus cadáveres arroja.

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
cuando tenaz se enreda
al débil corazón, y en él dilata
su raíz, como hiedra trepadora,
entonces nos devora,
porque el triste recuerdo, o muere o mata.

Y en el *Idilio*:

¡Oh recuerdos, y encantos y alegrías
de los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
que a la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!
¡Volved, volved a mí! Tended el vuelo
y bajadme del cielo
la imagen del amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
y vuestras leves alas
refresquen, ¡ay!, mi corazón marchito.

Cuando Núñez de Arce pisa ya los peldaños de la vejez, la gloria acaricia sus sienes y su popularidad es enorme.

Se leen sus versos a todas horas y en todas partes. Los jóvenes los declaman en los cafés y botillerías; las damas los recitan en las veladas caseras, bajo el quinqué de petróleo; el menestral canta las estrofas de Arce en su buhardilla; la muchacha enferma tiene un ejemplar del poeta bajo su almohada; el militar lleva—como Hurtado de Mendoza *La Celestina*—las estrofas de Arce junto a la cuja de su lanza ó el pomo de su espada, y en los teatros y en los palacios madrileños, el gran actor Rafael Calvo lee, en medio de atronadores aplausos, los versos del autor de *La visión de fray Martín*.

Y el entusiasmo del público raya en el delirio.

Núñez de Arce interpreta las perplejidades, las angustias, las vacilaciones, los amores, las esperanzas y las dudas de sus contemporáneos.

Había llegado a su hora y el público, dócil, se tiende a sus pies y lo aclama seducido por la magnificencia de sus versos.

Los periódicos de la época hablan, con entusiasmo, de las veladas artísticas celebradas en el suntuoso palacio del duque de Fernán-Núñez. El duque convocó a la vieja aristocracia

madrileña para que oyera, recitadas por Rafael Calvo, las creaciones poéticas del autor del *Vértigo*.

En los grandes salones del palacio de Fernán-Núñez se reúne lo más granado y brillante de la sociedad madrileña: damas de alcurnia, arrastrando sus largos y riquísimos trajes de seda, con sus altos peinados relucientes de joyas, y con sus pecheras propincuas cubiertas sólo por los collares de perlas; azafatas de palacio, con sus talles de avispa, y sus bustos rodeados por anchas bandas; damitas movedizas e inquietas, que acaban de dejar el traje de niña y que hacen melindres a los caballeros que se inclinan cortésmente a su paso; viejas aristocráticas, que quieren olvidar sus achaques reumáticos oyendo los versos de Núñez de Arce...

Y junto a las bellas damas están los caballeros de frac, las jerarquías militares con sus pechos llenos de cruces y veneras, los diplomáticos extranjeros con sus uniformes, el literato famoso, la actriz en boga, el académico...

Todos aguardan con avidez el instante en que Rafael Calvo comience a leer, con su voz, que da escalofríos, los versos de Arce.

Calvo, vestido de frac, y de pie al lado de una mesita cubierta de riquísimo tapete de do-

rada fimbria, se prepara para la lectura. Detrás del gran actor estaba hundido en un sillón el cuerpo pequeño y endeble de Núñez de Arce, vestido de etiqueta, con una ancha banda sobre el pecho.

El poeta se sobaba nervioso su barba color de fuego, y sus ojos se movían más inquietos que nunca, oteando desde su asiento el oleaje de claras sedas, brillantísimas joyas y refulgentes aderezos, entre los que se movían, como agoreros abejorros, los negros fraques, o los deslumbrantes uniformes.

De pronto se acaban las genuflexiones palaciegas y los esguinces cortesanos. Algunas sonrisas femeninas quedan cortadas en flor, y los diálogos entre las damas y los caballeros sufren una pausa. Se acomodan en los grandes sillones. La gravedad del momento se refleja en las caras de los servidores de palacio, que parecen de mármol.

Calvo lee maravillosamente, y el aristocrático auditorio, que debe reprimir por los dictados del buen gusto los signos externos de la emoción, hace esfuerzos por mantener su equilibrio y ecuanimidad.

Todos los ojos se clavan en el actor. Su palabra sonora, su elegantísima entonación, su mímica admirable, sus gestos que constituyen el

cortejo triunfal de las palabras, van socavando la "frialdad de buen tono" de los asistentes.

Aquí, un viejo señor se atusa su barba blanca; allá, los ojos del joven aristócrata se mueven nerviosos; en el rincón, la damisela sigue con el movimiento de sus lindos labios el torrente verbal de Calvo y el desfile majestuoso de las imágenes retóricas.

El público está reacio a entregarse a la emoción, pero de la gavilla áurea van saliendo las mariposas de fuego; las manos de Calvo son las de un taumaturgo que despierta de su sueño las imágenes fascinadoras; la catarata de palabras caldea la atmósfera, y las damas y los caballeros sienten la embriaguez del ritmo y el hechizo de aquella hora de sortilegio.

El poeta los ha seducido. Aquella gente de pro, envaradas, tiesas, de aire mayestático, nobles cortesanos y rancios aristócratas, dorada servidumbre áulica, ricos patronos rurales, príncipes de la milicia, prohombres políticos y glorias del bufete y de las letras quedan suggestionados por la belleza de los versos de Núñez de Arce, y rompen en aplausos y exclamaciones de entusiasmo.

Y cuando el poeta baja del estrado y pasea por los salones y galerías del palacio del duque, la concurrencia encomia su talento poético y

las ricas hembras le entregan sus manos exclamando: “¡Prodigioso!” “¡Magnífico!”

En un corro los caballeros comentan la lectura:

—Arce aventaja a Víctor Hugo en la pureza de la forma.

Otro:

—¡Es un gigante lírico!

Otro:

—Compite con Byron y tiene la profundidad de Rioja.

Otro:

—Aventaja a Quintana.

Otro:

—Emula a Píndaro.

Otro:

—¡Qué manera de versificar más asombrosa!

Y Núñez de Arce sonrío a las damas, devuelve con gentileza los saludos, y bajo la luz cegadora de las gigantescas arañas palatinas, va de un lado para otro, como adormecido por el rumor de los aplausos y los elogios, que son el roce de las alas de su gloria y su fortuna.

CAPITULO XII

*Por qué se le llamaba el “cantor de la duda”.
El reino del milagro es perenne e indestruc-
tible en el hombre.—Unas palabras de don
Juan Valera.—El fermento del “estercolero
de Job”.*

De los escombros de una época surge otra. Ya comienzan los escritores realistas a excomulgar a los románticos, ya se siente bajo los pies el fermento de nuevos géneros literarios, y los jóvenes audaces e impulsivos piden con energía la jubilación de los viejos.

Núñez de Arce permanece en la cumbre de su fama.

Sus versos se siguen leyendo con avidez. Las ediciones de sus libros se multiplican.

Aquel tronco parece que no ha nacido para ceniza.

En España y en América las ediciones de sus libros de versos pasan de cuatrocientas. Cerca de un millón de ejemplares pregonan y enaltecen el talento del autor de *La pesca*.

En medio del coro general de alabanzas se oyen las voces de los descontentos, de los amargados, de los que creen que el mérito ajeno es un agravio al suyo, y de los resentidos, que piden como medida de profilaxis literaria la desaparición de Núñez de Arce.

Pero el nombre del gran lírico no sólo llena España, sino que rebasa las fronteras patrias, y sus obras son leídas con deleite por los extranjeros: *Gritos del combate*, *La pesca*, *La última lamentación de lord Byron* son traducidos al inglés; la *Visión de fray Martín*, al alemán y al holandés; *Raimundo Lulio*, al sueco; *El misere* y el *Idilio*, al húngaro, y sus poemas al portugués, al italiano, al francés, y se hace una traducción latina en versos hexámetros de *El vértigo*.

En Nueva York se publican multitud de ediciones de *La última lamentación de lord Byron*, de la *Visión de fray Martín*, de *Idilio*, *El vértigo*, *La selva oscura* y *La pesca*.

En Méjico, Santiago de Chile, Colombia, la Argentina y otras repúblicas hispanoamericanas se publican, constantemente, ediciones de los poemas de Arce. Algunos piratas hacen ediciones fraudulentas.

La esterilidad es el ajuar de las viejas y el autor del *Idilio* es hombre fecundo y lleno de fuerza. Terminada una estrofa o un poema, ya echa los jalones de otro. La mirada curiosa del periodista hurga en los papeles del maestro y cuenta al público que Núñez de Arce, para gloria de la lírica española, sigue produciendo obras magníficas, pues así como el calor de la llama queda con hambre, la mente del autor del *Vértigo* no descansa, pues su riqueza espiritual es enorme.

Pero al autor de la *Visión de fray Martín* se le llama el “cantor de la duda”. Se le echa esto en cara como un sambenito. Núñez de Arce se defiende de esta designación que él cree denigrante. Sin fe, ¿se puede ser gran poeta?

Núñez de Arce ha pintado la duda, no como algo monstruoso que envenena el alma y la amustia y la corrompe, sino como cosa hermosa y atractiva.

“Es costumbre tradicional en la poesía y en la pintura—dice Núñez de Arce—la de representar con feos colores y horripilante aspecto

las visiones de la tentación. En este punto he querido apartarme de la práctica establecida, porque creo que para que haya algún mérito en desoír las sugerencias de la culpa, es menester que ella se nos muestre insinuante, hermosa e irresistible. Sin poseer, por desgracia, la virtud inquebrantable de San Antonio, tengo para mí que la mayor parte del género humano habría rechazado, como el glorioso anacoreta, el halago y la seducción de los caprichosos monstruos que le asaltaron en el desierto, según se ve en los cuadros de Boch, Breughel y Teniers, y en las estampas de Schóngauer y Callot. Pinto la duda hermosa y atractiva, porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!”

Pero el poeta se arrepiente y escribe:

“No se forman y educan generaciones viriles, aptas para la ruda labor de la edad presente, sembrando en los corazones la indiferencia, el desencanto y el hastío, lanzando sobre todas las ilusiones el frío sarcasmo de la negación; arrancando de la conciencia la raíz del deber, y privando al infortunio del reparador consuelo de la esperanza.”

Y con aliento viril y religiosa y mística unción pregona su fe, dirigiéndose a los que dicen, con fines protervos, que en el corazón del poeta se aloja el gusano que lo corroe.

Y exclama Núñez de Arce:

Pero aun cuando el tremendo cataclismo
la superficie del planeta arrase,
entregado a sus iras sin defensa,
no hará temblar la inmovible base
de la admirable catedral inmensa,
como el espacio transparente y clara,
que tiene por sostén el noble anhelo
de las conciencias, la piedad por ara
y por nave la bóveda del cielo.
¡No más indecisión! La excelsa lumbre
de la verdad indícame el camino.
¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!
Ya no vacila el pobre peregrino.
¡En marcha, en marcha pues! La fe que siento
de mi encendido corazón desborda.
¿No me darán, hasta ganar la cumbre,
alas la ciencia, la esperanza aliento
y el triunfo Dios?... ¡Arriba!... *Sursum corda!*

Rubén Darío, el poeta magnífico, defiende a Núñez de Arce, y trata de borrar el anatema de “cantor de la duda” con que señalan al maestro.

“Mas es de ver—dice Rubén—cómo en la copia de cantos que forman el caudal poético de Arce no existe ningún negror de pesimismo. Hay queja, desesperación delante del misterio, desconfianza de lo ideal. Pero no le ha dado jamás con su verso ninguna puñalada a la esperanza. Llega a lo gris, jamás a lo negro. Tiembla delante de la terrible Isis; clama ante los ojos implacables de la pálida y solitaria Esfinge. Pero siempre Dios resurge; siempre la es-

plendorosa majestad de lo Supremo ilumina esa lira, que a veces, ya en sus magnas escenas de Edad Media, o en sus versos claro-oscuros claustrales, suena con sonido de órgano, con ecos de anchas y sagradas naves de Basílica...”

.....

Cuando Dante se paseaba por las calles de Florencia con la cabeza caída, con su aire de angustia y desolación y su mirada en donde había reflejos de pavor, como de criatura que se asoma al abismo, los ciudadanos florentinos se daban con el codo y señalaban al poeta de la *Divina Comedia*, diciendo:

—¡Ese es el hombre que ha estado en el Infierno!

En Madrid, cuando Núñez de Arce paseaba solitario por el Retiro, huyendo del trato de las gentes, abatido, cejijunto, mirando con sus ojos escrutadores la masa arbórea del bosque, si alguna pareja transeúnte veía al autor del *Vértigo*, exclamaba:

—¡Núñez de Arce! ¡El cantor de la duda!

Porque el aspecto físico y espiritual de Arce era del hombre que ha salido de una gran tormenta moral. Su alma fué el escenario donde lucharon la fe cristiana, arraigada y profunda, con el ateísmo del siglo, demoledor y frío.

Se decía entonces que la Ciencia—con ma-

yúscula—destruiría el milagro, y que había llegado la hora de cambiar la adoración del divino pesebre de Belén por la adoración del motor y la dínamo.

Fermentaba ya en el “estercolero de Job” la nueva época llamada naturalista, de la que surgieron, entre algunos genios mayores, una patulea de gentecilla ruin y chabacana, que exaltaba la miseria y degradación de las criaturas, haciendo una literatura repugnante de clínica, de burdel y de mercado.

Como simios incorregibles volvemos entonces las espaldas a nuestro riquísimo acervo literario, para copiar a Francia. De nuevo mendigamos las migajas de las mesas francesas.

Se hacen “estudios del natural” de los pozos de las minas; se describe, en vez de una puesta de sol, una salchichería, con sus cerdos sangrantes y el carnicero grasiento, y son glorificados literariamente la ergástula y el hospital.

Valera, el glorioso escritor, tan fino, sutil y comprensivo, se ençara con los corifeos del nuevo culto literario, diciendo:

“Por dicha, yo creo que de todo hemos tenido; que nuestro valer como pueblo, tanto en la acción como en el pensamiento, ha sido extraordinario, y que no debemos desmayar a causa de la presente postración, sino tratar de la

renovación y auge de la importancia mental y material que tuvimos en el mundo.

”Para esto no pido divorcio con Francia, no reniego de Francia y de su influjo; lo que pido es juicio para que imitemos y sigamos a Francia en lo bueno y no en lo malo, y para que nosotros pensemos también algo por nosotros mismos y no tomemos sin reflexión ni criterio los peores pensamientos y los más de pacotilla, según vienen hechos de Francia, no de otra suerte que señorito pobre que presume de currutaco y se viste en las prenderías.”

”El reino del milagro—dice Carlyle—es perenne, indestructible en el hombre.” Y arremete en seguida contra esa “clase de carniceros lógicos y bufones, enemigos declarados del milagro, que en estos tiempos patrullan como rondas nocturnas por el Instituto mecánico.”

Núñez de Arce, después de sus grandes luchas espirituales, vuelve jubiloso al viejo camino. Trae las sandalias rotas, el alma transida, el cuerpo cansado y un regusto como de ceniza en los labios. La fe hace permanente el milagro, y el autor de un *Idilio* ha sentido flaquear su creencia, pero ha luchado con el enemigo y lo ha vencido.

La pelea ha sido durísima. Pero “ya no vacila el peregrino”, como él dice, y en su ruta an-

gustiosa ha encontrado el manantial de agua viva de Cristo, donde puede ya mojar sus labios sedientos y descansar su cabeza, que ha reposado un instante en la terrible “almohada de la duda”.

CAPITULO XIII

Ave caudal en la lírica y avecica doméstica en el teatro.—“El haz de leña.”—La historia de España, envilecida y mística por los extranjeros, y la falta de probidad literaria de algunos españoles.

La mucha leña apaga el fuego, y el exceso de hojarasca palabarrera perjudica a la obra de arte.

Núñez de Arce fué también un autor teatral que gozó de mucha fama en las lides escénicas. Su teatro no pasa de mediano y no añade un ápice a su gloria poética. Pero se daba en el autor de *Deudas de la honra* la paradoja de que siendo un poderoso imaginativo, dado a la ampulosidad y el desbordamiento lírico, al escribir sus piezas teatrales se despojaba de su ropa-

je retórico fastuoso para vestir con sobriedad y justeza castellana.

“Se puede producir—decía Menéndez y Pelayo refiriéndose a Núñez de Arce—un drama bueno y hasta óptimo sin tener, a pesar de eso, verdadera genialidad dramática.”

No, no era, ni mucho menos, un genio teatral Núñez de Arce. El autor de *Gritos del combate*, que volaba señero y sin pihuelas en sus magníficas estrofas, que era águila caudal en el campo de la lírica española del siglo, tenía vuelos de avecica doméstica y cacareos de ave corraliza cuando escribía para el teatro.

Escribió algunos dramas en colaboración con don Antonio Hurtado, que fueron muy aplaudidos: entre otros, *Herir en la sombra* y *El laurel de la Zubia*.

Y aquí repetimos lo que hemos dicho en alguna parte: toda colaboración es un adulterio espiritual. No es que creamos, como afirman algunos, con más mala fe que justicia, que en toda colaboración hay un tonto, pero sí que en la unión y mezcolanza de dos ingenios hay uno que prevalece sobre el otro, pues no hay dos naturalezas psíquicas iguales, como no las hay físicas, en esta maravillosa diversidad que es la vida.

En toda colaboración hay uno que sójuzga y

otro que se somete. Una obra hecha por dos autores es siempre el resultado de un duelo del cual sale casi siempre herido el más débil, que tiene que sacrificarse en beneficio de la labor común. El resultado es siempre mediocre, pues la obra grande, señera, es sólo parto de un ingenio.

Conociendo el temperamento vidrioso y quebradizo de Núñez de Arce, su fuerte personalidad poética y su criterio estético inflexible, y su orgullo (la soberbia se cría con las buenas obras), su colaboración con el señor Hurtado era, tal vez, la necesidad de unirse a un hombre experto que le abriera camino en la desconcertante ruta escénica, como esos negros africanos que guían al europeo por el bosque.

“Núñez de Arce—decían los críticos—hace hablar a los personajes de sus obras teatrales como se habla en la vida.” De aquí, decimos nosotros, que el diálogo de su teatro carezca de altura, de emoción y profundidad, y sea agarbanzado y plebeyo.

¿Quién soporta un diálogo escénico hablado como se habla en la vida? La vida es, generalmente, anodina y vulgar, y si el escritor o dramaturgo la copia fielmente, en vez de artista es un ganapán literario, un hombre que trabaja *pane lucrando*, pero que carece del divino pri-

vilegio de convertir en belleza la realidad circundante. De ahí, generalmente, la falta de realidad de los escritores realistas, porque olvidan que los sueños y fantasías de las criaturas son tan reales como sus problemas del diario vivir.

El artista tiene algo de taumaturgo, de vidente, cuyos ojos ven lo que a los demás se nos pasa desapercibido. Cuando Núñez de Arce levanta en vilo a las gentes con sus magníficas estrofas, manipulando con su talento poético en la emoción colectiva, se le llama soñador, y cuando el poeta hace una comedia de costumbres, anodina y vulgarota, que deja frío al público, como *Quien debe paga*, se le llama realista.

De las obras teatrales que le pertenecen sólo a él coleccionó Núñez de Arce cuatro: *Deudas de la honra*, *Quien debe paga*, *Justicia providencial* y *El haz de leña*. Este drama de Arce en cinco actos y en verso, traducido al inglés, fué llamado por los coetáneos del autor del *Vértigo* su “obra dramática maestra” y “joya del teatro español”.

Se estrenó *El haz de leña* en el teatro del Circo el 14 de noviembre de 1872, por Matilde Díez y Julián Romea, Pedro Delgado y Manuel Calvo.

Núñez de Arce escenificó la vida atormentada del príncipe don Carlos.

El ilustre investigador literario Luis Astrana Marín, al hablar de un fino y sutil comediógrafo sevillano del siglo XVI, Jiménez de Enciso, dice:

“Entre todas las comedias de Jiménez de Enciso descuella *El príncipe don Carlos*. En la vida de este personaje supo ver Jiménez de Enciso una gran comedia, aunque no una gran tragedia, como Schiller. Pero Schiller, si acertó a construir una pieza de primer orden y enriquecerla con situaciones de alto dramatismo, trastornó y falseó por completo los materiales históricos. Siguió en esto la leyenda, explotada por infinitos autores, del casamiento de Felipe II con la prometida de su hijo. Ciertamente, el drama es hermoso, pero falso, y, como tal, no despierta la emoción que fuera de desear. Jiménez de Enciso nos presenta la historia del príncipe, atenido principalmente a los relatos de Luis Cabrera de Córdoba. No es sino una parte de su vida; pero escenificada con tal brío y pasión que permite adivinar lo que hubiera sido (una verdadera obra maestra) de haberla prolongado. Si inferior en cuanto a vuelos poéticos y recursos dramáticos al drama de Schiller, le aventaja en verdad y en naturalidad, así como a

El haz de leña, de Núñez de Arce, que escenifica el mismo asunto. Núñez de Arce siguió las huellas de Jiménez de Enciso, empero no logró oscurecerle. Ni tampoco ninguno de aquellos que tomaron por modelo el drama del abad de San Real, *El príncipe don Carlos*, de donde se derivó el del inglés Otway, y de éste el *Andrónico*, de Campistrón, sin contar el *Filippo*, de Alfieri. En unos y en otros la figura de Felipe II se contrae, exagera y llena de patrañas. Y lo peor es que tuvieron imitadores, como Quintana, que vió el mismo tema desde igual prisma que Pierre Mathieu, Güell, Renté, José María Díaz, Eugenio de Ochoa, etc. La eterna falta de sentido de algunos españoles: tratar los hechos históricos de su patria según la opinión desfavorable y envidiosa de los extranjeros.”

Núñez de Arce incurrió en esta falta de probidad literaria. En vez de buscar los datos en las fuentes originarias y vernáculas que tenía a mano, abrevó en las aguas turbias extranjerizantes, envenenadas por la pasión, la mala fe o la estupidez de las gentes extrañas que entraban a saco en nuestra historia para envilecerla o mistificarla.

Y así, ayudados por los españoles en su labor de perfidia, algunos escritores extranjeros (que creen que rebajar las patrias ajenas es elevar

el prestigio de las suyas) fueron tejiendo, con sus mentiras y paparruchas, la historia de España, y convirtiendo a sus reyes y hombres de Estado en tipos monstruosos y deformes.

Núñez de Arce era un gran patriota. En sus días de gloria y de fortuna decir “Núñez de Arce” era como gritar “¡Viva España!”, y, sin embargo, su falta de severidad en la investigación histórica, su escasa preparación, su cultura de acarreo y su comodidad, le hacen cometer el grave delito de seguir para su drama los pasos ajenos y hacerse solidario inconsciente de la estupidez o la maldad ajena.

CAPITULO XIV

“El sillón de don Gaspar” en la librería de Fe. El amor al campo del autor del “Vértigo”. En los jardines de Aranjuez.—La peluca empolvada de Carlos IV, la figura desgarrada de María Luisa y mamá Carolina.

Cuando el horno es viejo se sale el humo por todas partes. El autor de *Gritos del combate* está ya cansado y enfermo. No se sale de la pelea sin heridas, y don Gaspar había sido un gran luchador.

Vestido invariablemente de levita y pantalón oscuro, con cuello alto y corbata negra, y tocado con alto sombrero de copa, Núñez de Arce, ya sexagenario, acudía con frecuencia a la Academia Española, pues el gran lírico fué

elegido académico el 8 de enero de 1874, en la vacante de Ríos Rosas. Otros días, a esa hora crepuscular llamada vulgarmente “entre dos luces”—quizá porque no hay ninguna—, el famoso poeta iba a la librería de Fe, en donde sentado en el llamado por sus amigos “el sillón de don Gaspar”, pasaba las horas en plática con otros escritores, o figoneaba por los estantes de la librería buscando, afanoso, algún librito, o abría pausadamente las hojas de alguna ilustración extranjera para ver los grabados.

Caían a veces sobre Núñez de Arce una porción de poetas en embrión, ojerosos y melencólicos, o de sinvergüenzas y buscavidas, que le pedían dinero, recitándole antes para ablandarlo algunas de sus más famosas estrofas. El autor del *Idilio*, que no era tacaño, ponía en manos del peticionario unas monedas y le daba algunos consejos. El asaltante cogía el dinero y no hacía caso de las palabras.

Aquellas reuniones en casa de Fe eran sabrosas para el gusto de don Gaspar y, según algunos cronistas, entretenidas, cosa que ponemos en duda, pues los hombres que han hecho de su vida un arte de distraer al público con sus obras son, por lo general, aburridos en su trato íntimo.

Los periodistas visitaban en la librería de Fe

al autor de *El haz de leña*, pidiéndole su opinión sobre temas poéticos, literarios, o sobre los gustos y predilecciones del poeta.

—¿Qué quisiera usted ser, don Gaspar?—le preguntó un día el redactor de un periódico.

—Optimista.

—¿Cuáles son sus poetas favoritos?

—Dante, Byron y Quintana.

—¿Y sus prosistas?

—Fray Luis de Granada, Quevedo y Saavedra Fajardo.

—¿Qué color prefiere?

—El negro.

—¿Qué cualidad prefiere en la mujer?

—La paciencia.

—¿Cuál es su sueño dorado?

—¡Ay! Vivir en el campo.

Y es que la nostalgia ponía en las cansadas pupilas de Núñez de Arce el cuadro de los campos de Castilla por donde correteó siendo chiquillo: la recua de borriquillos aldeanos, las yuntas en las besanas, las tonadas en las eras, la chufra y el pitorreo de los gañanes en los ratos de holgorio, el ñiquiñaque que avienta el grano en la tarde ventosa, o el fornido gañán que guía la carreta cargada de mies, entonando una cancioncilla de amores y llevando sobre el hombro la aijada, como un veterano su fusil.

Las tristezas del poeta buscaban en el otoño un refugio en los jardines de Aranjuez. La melancolía del autor de un *Idilio* se unía con la del paisaje. Paseando por los jardines el poeta recordaba el pasado, y descansando en algún bosquecillo veía, en la floresta, revivir los fantasmas de otros tiempos, lejanos unos y otros próximos.

Felipe V y su mujer, la de la cabellera áurea; las músicas de Farinelli, la liviana y trapiondista Princesa de los Ursinos, las damitas vivarachas y melindrosas, que venían de Italia con el cortejo regio, y que guardaban en sus justillos los relatos de Boccaccio, los cuentecillos graciosos y cínicos de Aretino, los versos de Petrarca, o los del Tasso, el enamorado de Leonor.

La peluca empolvada de Carlos IV y su abdomen prominente, la figura desgarrada y farota de María Luisa y su Manolito Godoy, las narices de zanahoria de Fernando, las pавanas, las regias cacerías, donde alguna pareja de enamorados, entregada a sus eróticos devaneos, no oía el bronco resonar de los cuernos de caza; Chamorro, el plebeyo, que hizo célebre sus orgías con *Pepa la malagueña*; mamá Carolina, la negra napolitana de Fernandito...

El rumor de los surtidores de las fuentes se

une a la alegría de los madrigales, o a la risa de alguna guapa duquesa que se levanta con dos deditos la falda para enseñar la seda de sus chapines, en tanto Escoiquiz, el obtuso, se pasea bajo los álamos centenarios, abrumado por los negocios de Estado.

Y luego Alfonso XII, embozado en su capa andaluza, marchoso y galán, como un señorito andaluz, enseñando por el rojo embozo de su pañosa sus patillas de pata de liebre y sus ojos brillantes y enfermos; y el duque de Sexto, y sus travesuras, y Pepe Tamames, el rumboso y enamorado, y Cánovas del Castillo, el "monstruo", y la angelical y dulce Mercedes, la prima de Alfonso...

Núñez de Arce se siente fatigado. Una enfermedad cruel córroe su cuerpecillo como la carcoma al madero. De genio arisco y punzante, a veces tenía respuestas agrias, pero el autor de *La pesca* era de esos frutos de cáscara dura y amarga, pero de dulcísimo meollo.

Muchos días llegaba a su casa agotado, deprimido; su voz era más brónca y su paso más inseguro. El poeta de *Los gritos del combate*, que encontró siempre a su paso solícita a la fortuna, que no llamó ramera a la suerte, como Napoleón, porque ésta le fué siempre fiel y le abrió sin gran trabajo las puertas de la fama y de la

estimación pública, el autor del *Vértigo* es ya una sombra.

Casado Núñez de Arce con doña Isidora Franco, en la parroquia de San Millán, de Madrid, el 8 de febrero de 1861, su mujer, dama virtuosa, abnegada y buena, fué, desde el día de su casamiento hasta su muerte, su providencia.

Uno de los biógrafos del poeta dice:

“Durante muchos años fuí diario testigo de los cariñosos cuidados que le prodigaba a Núñez de Arce su buena mujer doña Isidora.

”Le vestía como se viste a un niño; le disponía por su mano el alimento, teniendo en cuenta lo que con menos dificultad soportaba su estómago, administrándole las medicinas que le recetaban con precisión matemática. Le encendía el cigarro; le arreglaba la barba y el bigote con sus manos, y, si salía a la calle, le acompañaba hasta la escalera, dándole encargos, principalmente relacionados con su salud.

”Después pasaba de la escalera al balcón y allí permanecía hasta perderle de vista.

Al regresar don Gaspar, apenas oía parar el coche ante la puerta, ya su mujer le esperaba con su acostumbrada impaciencia.

”Si llegaba satisfecho, ¡qué alegría oyéndole, mientras se encaminaba al comedor, su pieza fa-

vorita, contar, con voz entrecortada por el cansancio y la emoción, sus gratas impresiones! ¡Qué tristeza cuando volvía silencioso y desfallecido bajo el peso de la enfermedad o bajo la influencia de algún disgusto!

”Por lo general, estaba don Gaspar en el sofá del comedor, a veces sentado y casi siempre echado. A su lado, en un sillón, y mejor en una silla baja, veíase a su esposa, adivinando sus más leves deseos y realizándolos a la menor indicación, sin necesidad de que desplegara los labios para pedir nada. Extendía la mano derecha con el dedo pulgar e índice unidos, pues en el instante le colocaba en ellos un pitillo; hacía ademán de leer, poniendo su mano delante de los ojos, pues le traía los libros cuya lectura tenía pendiente o los periódicos del día.

”Con frecuencia pasaba Núñez de Arce de la lectura al sueño y rodaban al suelo periódicos y libros. Otras veces quedaba en dulce éxtasis (en actitud semejante a la del retrato que le hizo su apasionado amigo, el insigne pintor Jiménez Aranda), y entonces era el momento de sus altas concepciones.

”De noche su mujer velaba su sueño y, a toda hora, estaba dispuesta a acudir en su auxilio, a consolarle en sus sufrimientos, a compar-

tir con él sus tormentos, sus penalidades, sus trabajos y sus esperanzas.”

.....

El matrimonio no tuvo hijos, y todo el amor de madre fracasada de doña Isidora, fué para su marido.

Los hombres de la sensibilidad enfermiza de Núñez de Arce son de trato difícil. Hay nervios que vibran, como cordaje de barcos, en todo momento, y así eran los del autor de *Gritos del combate*.

En la naturaleza de todos los hombres pervive, a través de los años, con más o menos intensidad el niño, pero en el poeta la puerilidad es permanente y más acusada que en las demás criaturas. Son niños grandes, molestos, llenos de vanidad—que es en ellos una fuerza—, caprichosos, hambrientos de lisonjas, tornadizos y a veces crueles.

Una pasión mata a otra, y el amor a su obra hace que el artista sea frío y poco apto para la pasión de la mujer, y por eso todo gran creador estético es, generalmente, un fracasado en las lides amorosas con las hembras, que, por regla general, prefieren la audacia y gallardía de un buen mozo a las fantasías magníficas del poeta, o a los desvíos del investigador.

Doña Isidora le ponía en orden sus papeles

y notas y le avisaba la fecha de responder a las numerosísimas cartas que recibía don Gaspar. No le ocurría a Núñez de Arce lo que a su amigo Ayala, el autor de *Consuelo*, que al morir tenía los cajones de su mesa llenos de cartas sin abrir, algunas de ellas conteniendo libranzas y valores.

Ayala llevaba también muchas cartas en el bolsillo. Miraba los sobres y volvía a guardárselos diciendo:

—Ya las abriré algún día. Esto es de gente que me necesita a mí.

Don Gaspar era muy olvidadizo. Se le olvidaba el coche, el sombrero, los guantes... Subía las escaleras de un piso, y en uno de los descansillos, se llevaba la mano a la barba, preguntándose:

—¿A qué demonios vengo yo aquí?
Y volvía a bajar, avergonzado.

Durante el invierno iba siempre metido en su pesado gabán de pieles. Aquella prenda le irritaba.

—¡Yo no me pongo el gabán, Isidora!
—Pero, Gaspar, ¡te vas a quedar helado!
—No te preocupes, mujer.
—¿Sabes el día que hace?
—Buenísimo. No me lo pongo.

—Sí, sí, Gaspar. Puedes coger un enfriamiento. Estás muy delicado.

—No, mujer.

—Sí, Gaspar. Te voy a dejar salir así a la calle. ¡No faltaba más!

Y quieras que no, a pesar de las protestas del autor de *El haz de leña*, y después de acaloradas discusiones, Núñez de Arce salía con el gabán de pieles. Y mientras vivió lo llevó todos los inviernos. ¡Y es que cuando una mujer se empeña!...

CAPITULO XV

Mahoma y Kadijah.—Las dos inglesas y la norteamericana que escriben cartas a su “amado poeta”.—Los que creían encontrar un hombre fuerte y vigoroso, veían a un hombrecito enclenque.

Kadijah, la mujer de Mahoma, creyó siempre en él y lo siguió en los tiempos heroicos de sus luchas con los beduínos en el desierto, cuando muchos árabes lo señalaban como a un abominable impostor. La familia de Mahoma lo creía un chiflado, lleno de presunción y de vanidad, y le volvió la espalda colmándolo de vituperios y haciéndole objeto de irrisión al titularse Profeta de los musulmes.

Pero la mujer de Mahoma seguía, con fide-

dad canina, a su marido en sus luchas turbulentas por imponer su creencia a los árabes del desierto.

Y Kadijah peleó junto a Mahoma, y fué su ayuda en la hora de los afanes guerreros, y su consuelo y refrigerio en los momentos de paz.

“Es verdad—dice Novalis—que mi convicción gana infinitamente desde el punto y hora que otra alma llega a creer en ella: ese es un favor que no tiene precio.”

Nunca olvidó Mahoma a su buena Kadijah. Mucho tiempo después, Ayesha, su joven favorita, le preguntaba cierto día:

—¿No valgo yo más que Kadijah?

Mahoma permanecía callado.

Insistía, con terquedad, Ayesha:

—Ella es vieja y ha perdido todos sus hechizos; ¿no es verdad que me quieres más que quisistes a Kadijah?

—¡No, por Alah!—respondió Mahoma—. ¡No! Ella fué la primera en creer en mí cuando nadie me creía. En el mundo sólo tuve un amigo y ese amigo fué Kadijah.

A la hora del triunfo se llaman a la parte en él los demás, los que abandonaron al luchador en sus momentos de angustia, de vacilación, o de fracaso, los que no creyeron en el éxito, o hicieron mofa y escarnio del que quiso impo-

ner un credo. Cuando después de muchos trabajos el hombre se abre paso en medio de la hostilidad ajena, o de la incomprensión o el odio, entonces acude el cortejo inevitable que sigue a los triunfadores, que quieren, a la hora de la cosecha, llevarse algo del esfuerzo o la suerte ajena. Son gentes que, como las mariposas, dejan la luz que se apaga por la que se enciende.

Junto a Núñez de Arce revoloteaba ese jardillo cínico de aduladores. Y eso que el poeta tenía mal genio, y ya se sabe que a la olla que hierve no se atreven las moscas.

Núñez de Arce tenía muchísimas admiradoras, y aunque era hombre de fidelidades conyugales y poco amigo de devaneos, algunas señoras, hechizadas por sus versos, querían conocer al escritor que las emocionaba y las hacía soñar.

Pero su buena mujer estaba allí, vigilante y alerta, impidiendo que otra dama pusiera la trampa de sus hechizos personales en el camino de don Gaspar para atraérselo.

Tenía el autor de *Deudas de honra* tres admiradoras fervorosísimas: una norteamericana y dos inglesas. Estas mujeres, fascinadas por los versos de Arce, le escribían cartas llenas de vehemencia y de pasión. El ardor del espíritu se

hace muchas veces carne, y hasta en lo espiritual hay concupiscencia.

Doña Isidora comentaba junto a su marido las encendidas epístolas de las extranjeras. Como el poeta era hombre cortés, respondía a las misivas de sus admiradoras agradeciéndoles el delicado homenaje que hacían a sus “pobres versos”.

Cayó en cama don Gaspar víctima de la dolencia que amargaba su vida, y las tres señoras —la norteamericana y las inglesas— escribieron a Isidora, suplicándole les permitiera venir a España a compartir con ella los cuidados que reclamara el enfermo.

—Estamos dispuestas—terminaban—a ponernos en camino inmediatamente.

La respuesta de doña Isidora debió ser enérgica, tajante y dura, pues las extranjeras no volvieron a escribir más cartas a su “amado poeta”.

Muchos extranjeros, hombres y mujeres, al venir a España, visitaban en su hogar al famoso autor de *Gritos de combate*.

Pero casi siempre quedaban desilusionados. Creían encontrar, en el autor de aquellas estrofas viriles, arrolladoras y volcánicas, un hombre recio, de fuerte musculatura, alto, atlético, entregado a su tarea creadora manejando la pluma, cómo Hércules su maza para limpiar los

establos de Augias, y, en vez de encontrar a un Anteo vigoroso, veían frente a ellos un viejo pequeñito, endeble, encogido, cacoquimio, sin alientos para hablar, de palabra torpe y opaca.

Ya le blanqueaba el cabello, y su barba, casi rubia, estaba llena de hilos blancos. Vivía casi indiferente a cuanto le rodeaba, pero de pronto, si oía alguna majadería, o le contradecían en cuestiones de arte o de filosofía, se revolvía furioso contra su interlocutor, lo miraba de arriba a abajo con actitud despreciativa y, con voz hueca y campanuda, refutaba los argumentos de su antagonista.

Una tarde los periódicos madrileños dijeron que el autor de la *Visión de fray Martín* estaba en cama con poquísimas esperanzas de vida. Aquella misma noche los académicos de la Real Academia Española, reunidos en sesión, comentaban tristemente el final del famoso poeta e ilustre compañero. Cuando se hallaban haciendo tan tristes comentarios, he aquí que asoma por la puerta de la sala de Juntas la figurilla ahilada, enjuta, de Núñez de Arce, que saluda con voz cavernosa:

—Buenas noches, señores.

Y se sienta en su sillón entre el estupor de los académicos.

CAPITULO XVI

Del daño del lobo vive el cuervo.—El discurso de un gran patriota.—“He sufrido con paciencia en estos días...”

Núñez de Arce fué nombrado Presidente del Ateneo en el mes de junio de 1886. El 8 de noviembre habló en la tribuna del Ateneo acerca de las aspiraciones del regionalismo en Cataluña, Galicia y Vasconia. Afirmaba Núñez de Arce la compacta unidad española y atacaba, con su energía peculiar y sus apóstrofes, a la jauría separatista, que de forma taimada y rastroera quería convertir a España en un reino de taifas, para destrozarla haciéndola más pequeña, más débil y más pobre.

El poeta tiraba sus vocablos como pedruscos

a las cabezas de los malos hijos de España que querían hacerla jirones, descubriendo a los solapados y astutos, y a los audaces y cínicos, que hacían lonja y mercadería con cosa tan santa y respetable como la unidad española. Su dedo premonitorio iba desnudando a los separatistas, conminándolos, y su cuerpecillo vibraba por la cólera, sus labios finos temblaban por la emoción, y los vocablos que salían en tropel del horno encendido de su alma, tenían resonancias apocalípticas.

Cuando aquel hombrecito hablaba de España levantaba los brazos, azótaba con las cuartillas el aire, se removía en la tribuna como almaña herida, miraba a un lado y a otro, como si buscara en el bloque de cabezas a los que creía culpables de su irritación... Otras veces su ademán era conciliador, su voz perdía poco a poco acritud, cuando llamaba a todos a la concordia, al amor y a la convivencia, y su palabra era suave y tierna.

Del daño del lobo vive el cuervo. Una nube de injurias, de improperios, de calumnias, de procacidades y de insultos cayó sobre Núñez de Arce.

Los periódicos separatistas de Cataluña y Vasconia atacaron la fama y la reputación del autor de la *Visión de fray Martín*. No se le re-

conocía ni talento, ni capacidad poética, ni sagacidad política, ni conocimiento de las realidades históricas del país. Se tergiversaron sus palabras y se le señaló a las masas como un hombre torpe y mezquino.

Las hojas periódicas de Cataluña iban de un lado para otro pregonando estas falacias. En algunas reuniones el nombre del poeta iba acompañado de un murmullo hostil, o de silbidos y denuestos.

El gran patriota hizo frente al odio y la estupidez movilizadas para zaherirle y anularle, publicando en los periódicos una carta en la que decía, entre otras cosas:

“Si Dios no me hubiese dado ánimo entero y firme para soportar todo género de injusticias cuando estoy plenamente convencido de que cumpló con un deber de conciencia, posible es que me hubiese rendido al desaliento ante la hipócrita algarada que se ha querido mover en Madrid y Barcelona contra el discurso sobre los caracteres del regionalismo, leído por mí desde la presidencia del Ateneo.

”He sufrido con paciencia en estos días, que gentes para quienes, en estos nuestros tiempos perturbados, la constante propaganda hecha en reuniones y banquetes en favor del derecho de insurrección ha merecido calurosos aplausos,

se escandalizaran pudorosamente de que yo tocara la cuestión "peligrosa" señalando la existencia de una llaga nacional, hasta ahora, gracias a Dios, sin gravedad alguna, pero que puede encontrarla con el abandono y el silencio.

"He sufrido que, con notoria falsedad, se me acusara de haber hecho una ciega apología de Castilla, cuando guardando a todas las provincias de España los debidos respetos, y tratándolas con el fraternal cariño que alienta mi corazón, me he concretado sólo a defenderla de las atroces injurias con que ha pretendido mancillarla el *particularismo* en folletos, libros, periódicos y discursos.

"He sufrido que, calumniándome a sabiendas, "sin haber copiado mi discurso, ni haber podido señalar, trasladándolo íntegro y sin mutilar su sentido", una sola frase que justificara sus afirmaciones para convencer a la opinión pública de mi error, y aprovechándose de la imprudencia cometida por el señor Durán y Bas, se mintiera en periódicos y círculos de Barcelona, diciendo que yo menospreciaba la lengua catalana, que combatía los méritos de su literatura y que lastimaba sus intereses industriales...

"He sufrido, o mejor dicho, he recibido con calma los indignos telegramas y cartas soeces que, en representación de Sociedades anónimas,

o en nombre propio, me han dirigido algunos desdichados que no son ni verdaderos catalanes, ni siquiera personas decentes, cuando a tales medios apelan, y de los cuales sólo digo que por mucho que empinen su soberbia, y por mucho que procure yo bajar mi desprecio, no es posible que ni la una ni el otro se encuentren en el camino.

”Todo esto he sufrido sin quejarme, seguro de la bondad de mi causa, y no tengo por qué arrepentirme de mi conducta. He conseguido el fin que me había propuesto, mi alma de patriota está satisfecha, y entrego sin pena mi reputación literaria y mi crédito político, todo, menos mi honra, a la voracidad de mis detractores.

”¿Qué significa ni vale mi pobre personalidad ante los sagrados intereses de la patria?”



CAPITULO XVII

Su lira de bronce está muda.—Hay caballos que no necesitan espuela.—“El Crucifijo de mi hogar”.—La biblioteca del autor de “La visión de fray Martín”.—Todos los días recibe coronas.

Núñez de Arce decae de día en día. Las hojas mustias muestran que está el árbol seco. El autor de *La Elegía* camina vacilante, va perdiendo cada vez más la memoria, tiene manías y chochees, y como dice Guevara, por una parte está cansado de vivir y por otra parte no se quisiera morir.

No son los años, sino la enfermedad la que troncha aquel árbol que chisporrotea antes de convertirse en ceniza.

Don Gaspar trabaja poco. Su lira de bronce, como dijo Revilla, está muda. Se reúne con sus amigos, respetables estantiguas, en el Senado; va cuando lo dejan sus alifafes a la librería de Fe, donde discute con otros viejos escritores acerca de literatura y arte. Allí se entera—ceji-junto y arrugado el ceño—que los jóvenes escritores rechazan el sano realismo peninsular—donde la olorosa arca de cedro guarda las viejas tradiciones—para afiliarse a las tendencias exóticas naturalistas. Una mujer de talento, la Pardo Bazán, acaudilla el grupo, reclutando, día tras día, notables adeptos.

El dolor que desmorona a algunos hombres a otros los hace más duros. Núñez de Arce se endurece y hace más arisco. Si por una uña se conoce la ferocidad y grandeza del león, todavía, por uno de los rēspices de don Gaspar, se colige su temperamento y la vehemencia de su carácter.

Hay caballos que no necesitan espuela, y el autor de *Un idilio* jamás trabajó excitado por ajenos estímulos, ni por requerimientos de nadie, sino empujado por las necesidades de su espíritu. Pero, ahora, su mano tiembla, y su cabeza sufre vahidos. Cae ya, como fruto maduro, en brazos de su espósa, que lo lleva, como a una criatura, a la cama. En aquellos días, escri-

be la siguiente composición: *El crucifijo de mi hogar.*

Con religioso amor guardo una talla
que representa a Cristo, cuando inerte,
y ya sin fuerzas, en la cruz batalla
con las fieras congojas de la muerte.

Sin forma escultural, tosco, mal hecho;
pero es la sola herencia que en el mundo,
mi madre, desolada, al pie del lecho,
recibió de su padre moribundo.

Ese Cristo, sin arte y sin historia,
fué para el pobre hogar que le dió abrigo,
urna de bendición, fuente de gloria,
y mudo, sí, pero inmutable amigo.

El, en la adversa y próspera fortuna,
avivó la piedad de mis abuelos,
doró sus dulces sueños en la cuna,
y les mostró la senda de los cielos.

El les dió un corazón entero y sano,
nunca sobresaltado por el grito
del pertinaz remordimiento humano,
que acosa al criminal con su delito.

El calmó su angustiado pensamiento
en las horas sin luz de la agonía,
y recogió su postrimer aliento,
y su última mirada, incierta y fría.

Por él, cuando la hambrienta sepultura
aquel honrado hogar dejó vacío,
tuvieron, ¡ay!, sus hijos sin ventura
a quien clamar, llorando: ¡Padre mío!

Las hormigas andan alrededor del árbol y le roen la corteza. Don Gaspar se pasa ahora muchos días sin salir de casa. Allí acuden sus amigos. Los recibe en su despacho, que es una preciosa rotonda, de techo abovedado con pinturas al fresco. Forman parte del mobiliario de la

habitación una mesa de roble, un bargeño, cuadros con ilustraciones de sus poemas, varios títulos y diplomas honoríficos, medallones escultóricos y algunos sillones de cuero.

Allí se charla de política, de poesía, de cuestiones metafísicas, de los escándalos de algún personaje cortesano, de las travesuras de algún babieca, de las intrigas palaciegas de una dama de fuste, de los negocios de un financiero que olvida los libros de caja para solazarse con alguna artista de circo o con algunos bohemios.

El cuerpecillo de Núñez de Arce está hundido en su sillón abacial. Habla poco. De vez en cuando sonríe a la agudeza de algún contertulio y se lleva la mano a la barba. Al requerimiento cariñoso de un amigo, el autor del *Idilio* dice que de todos los manjares “le gustan los que más daño le hacen”, y afirma que “debemos dar gracias a Dios porque ha creado la necesidad, que es una dolorosísima espuela, pero es también la que hace las obras grandes”...

Allí está prohibido hablar de los males físicos, para no recordarle al enfermo su dolencia. Los amigos que rodean a Núñez de Arce son ya viejos, y es costumbre—así como entre los mozos hablar de amoríos—entre la gente de edad charlar acerca de sus alifafes. Pero todos callan, pues las penas duelen también al que

las escucha, y al glorioso poeta no debe aumentársele su dolor con el recuento del dolor ajeno.

Cuando llega un personaje extranjero se le pasa a la biblioteca, gran salón revestido de roble, tallado primorosamente. A ambos lados de la puerta de entrada hay grandes estantes con hornacinas en la parte superior, que contienen hermosos bronce, principalmente dos soberbios jarrones indostánicos que representan las transformaciones de Brahma. Sobre la chimenea de roble hay un magnífico busto en bronce del poeta y frente a la chimenea el grupo escultórico de la *Visión de fray Martín*. En una talla magnífica, simbolizando el Tiempo, se ve un reloj.

Sobre otra estantería hay los bustos en gran tamaño de Calderón y Cervantes. El finísimo tallado de la crestería y los adornos del techo son un primor.

Junto a los tejuelos de los viejos libros están los retratos dedicados al poeta por personajes de mucha cuenta. Se ven grandes y negras barbas, pantalones estrechísimos, cadenas de oro que cuelgan del chaleco, bigotes enhiestos, de guías de acero, miradas soñadoras y lánguidas, talles de damas tan finos que las convierten en ánforas, y manos de transparencia cristalina.

Y en las mesas, coronas, muchas coronas: de

plata, de roble, de laurel... Corona, guardada en riquísimo estuche, de la Asociación de Escritores y Artistas; coronas del Centro del Ejército y de la Armada, del Círculo de la Unión Mercantil, del Veloz Club, del Círculo de Bellas Artes, del Teatro Real, del Ateneo de Madrid, del Teatro de la Princesa, de la Unión Ibero-Americana, del Casino de Madrid...

Aquellas estatuas, aquellos muebles pesados y suntuosos, aquella profusión de coronas con sus lazos rojos, azules, dorados o plateados, dan a la estancia un aire severo de cripta. Don Gaspar es hombre sencillo, pero tiene que soportar estas exigencias de la gloria. No pasa día sin que la admiración de un personaje o de una colectividad no aumente el catálogo del poeta con una nueva corona.

CAPITULO XVIII

Los dramas truculentos de Echegaray y el humorismo de Zahonero.—Pollos de media tijera y niños albi!!los.—Los bandidos españoles huyen de las mujeres extranjeras.—En Cuba afila el negro su machete.

A tal gavilán tales pihuelas. Madrid rinde un homenaje de admiración, de respeto y de cariño al autor de *Gritos del combate*.

Para llegar al alma popular, removerla, apasionarla y hechizarla, hay que tener muchos puntos de contacto con ella. Núñez de Arce es un poeta popularísimo.

Comienza el año 1894.

Es Gobernador de Madrid el bonachón y corpulento don Alberto Aguilera, que pasea por

las calles de la Corte sus largas barbas patriarcales metido en un coche "de punto", cuyo jamelgo arrastra con dificultad la sólida y maciza humanidad de su distinguido cliente. Escribe sus dramas truculentos Echegaray; tiene fama de humorista Zahonero; la ingenuidad del público comienza a reírse con los insulsos retruécanos de Pérez Zúñiga; Leopoldo Cano, el dramaturgo tan aplaudido, siente ya las veleidades del público, que huye de sus obras. Cano se revuelve contra la deserción de sus fieles, diciendo:

Hoy, afrancesada tropa
vende al tahir y a la impura
de afrodisíacos la copa
y "estrenos"... de poca ropa
y menos literatura.

Pérez Galdós describe en sus novelas *Lo prohibido*, *Fortunata y Jacinta* y *La incógnita* a la mesocracia madrileña y a la burguesía rica, con sus vidas opacas y frías, sus chismorreos de vecindad, sus tertulias caseras, donde junto a la alambra de la camilla cierra y abre los ojos el gato...

Los chulos y las chulillas de Lavapiés aguardan al poeta que inmortalice sus jeribeques, sus dichos y sus fantasías. La falda de percal "planchá" y el mantoncillo de flecos tienen ya famo-

sos y encumbrados apologistas. El industrial adinerado se llena los dedos de la mano de tum-bagas, y va con la “parienta” en coche a los to-ros, llevando el mantón de Manila abierto en el fuelle de la capota. Los bigotes parecen pos-tizos, y las barbas dan a las reyertas entre ca-balleros un aire de luchas de la Edad Media.

Hay desafíos, y con frecuencia, los adversa-rios disparan al aire sus pistolas. Los señoritos acaban sus orgías o pegándole al sereno “de la demarcación”, o llenando de agua sus chisteras en el pilón de la Cibeles.

La gente es cursi sin saberlo, y muchas seño-ritas de la “buena sociedad” se pasan el día to-cando al piano *Las elegantes de Madrid*.

En la Bombilla los “pollos” de media tije-ra y los niños albillos de pantalón abotinado, forman cada zipizape de mil demonios. Se re-parten bofetadas a diestro y siniestro, y después del broncazo hay que ir recogiendo prendas, o hay que echarle aire con el sombrero, para que “vuelva de la alferecía”, a alguna hembra de tronío, o a alguna comadre de alto moñete y pa-tillas acaracoladas. Casi siempre los golpes más fuertes se los lleva el “tocaor” de guitarra, o el “cantaor”—con camisa de chorreras y botones de muletilla—, el cual, después de la trifulca, va de un lado para otro, con un ojo amoratado,

preguntando con ceceo andaluz quién había sido el “mardita zea zu alma”, que le había desconchado la fachada por cuya integridad suspiraban tantas mocitas ventaneras y tantas hembras de postín y de crujió.

En las Calatravas, a la salida de misa, los currutacos se apelonan para presenciar el desfile de las guapas hembras. Los dedos de cera de las damas recógen graciosamente sus faldas, y bajo los finísimos velos rebrillan los ojos o los cierra el pudor, o sonríen ladinos, en respuesta a una mirada varonil, o dan su aquiescencia al mensaje del amante, o miran al suelo, cómo si hubieran visto el pecado.

Los hombres aguzan, nerviosos, las guías de su bigote, adoptan posturas adecuadas o adquieren un gesto fanfarrón, pues la presencia de la mujer hace al hombre moverse y demostrar compostura, y, donde están ellas, el más chisgarabís y desastrado quiere dársela de hombre finó, elegante y de prosapia.

Suenan en la acera los sables de los militares, brillan en los pechos las cruces, la cortesía hace levantar al aire los sombreros de copa de los caballeros, y las “castoras” de los señoritos de quiero y no puedó, o el sombrero de algún cesante o capigorrón que acude a nutrir los gru-

pos de curiosos a la puerta de las Calatravas para demostrar que es hombre de valía.

Hay también papanatas y badulaques, pardiillos, cenizos, chiripas y clientes de tasca, que miran boquiabiertos el desfile de las guapísimas muchachas y de las señoronas que llevan los pechos llenos de camafeos y abalorios, semejando vitrinas de casas de préstamos.

No falta el pordiosero de tan clásico abolen-go hispano, que enseña su muñón corcusido, como pellejo con botana, y que salmódia una oración para que los transeúntes aperdiguen una limosna.

Son los días en que Campoamor “va para estatua”, y, mientras llega ese instante, el poeta de las *Doloras* escribe en verso los programas de los bailes en el palacio de Vista Hermosa. Grilo escribe también poesías, y las edita en magníficos libros, para perpetuar la idiotez y la banalidad de una época. Cuando el joven vástago de una familia pudiente sale camorrista y derrochador, se le da un destino en Ultramar para que “siente la cabeza” y no sea oneroso a sus padres. Si algún personaje influyente pierde su dinero en el juego ó con las mujeres se le manda a las Antillas, para que eche un remiendo a su reputación y a su fortuna.

En Sierra Morena hay bandidos. Son esos tipos protervós de sombreros de alcuza, trabucos, y tubos de asta de carnero. Las gacetas pintan a aquellos zurrupios, hombres de pasos perdidos y caballeros de la noche, como gentes finas y delicadas, de buenos modales, que antes de desvalijar a los viajeros les dan toda clase de explicaciones y disculpas. Los mandrias y gente de cogorza se hacen lenguas de la hidalguía de aquellos perdularios de jeta de caoba, que montados en sus jacas van de un lado para otro de la serranía, para robar o descabezar a quien se aventura por las trochas o ventisqueros.

La fama y corrección de los bandidos españoles ha traspasado las fronteras, y muchas señoras con ganas de emociones hacen un viaje a España, para ver si tienen la suerte de caer en manos de los salteadores. Estas damas extranjeras, viejas y huesudas, buscan un día y otro por las montañas de Sierra Morena al gañán que las rapte, pero los bandidos huyen de ellas como del demonio, y se meten en sus cuevas cuando alguna pandilla de inglesas, arrugadas y neurasténicas, asoman por los alcores y picachos.

En Cuba afila su machete el negro en la ma-

nigua, y su boca de pulpa de coco tiene una mueca trágica para España.

Y en este año de 1894, en los primeros días de enero, Madrid hace objeto de un homenaje al autor de *La visión de fray Martín*.

CAPITULO XIX

Homenaje popular a Núñez de Arce.—La multitud desfila bajo los balcones del poeta.—Un discurso de Echegaray y otro de don Alberto Aguilera.

Siempre que afirmamos que hemos penetrado en el alma ajena, y que hemos descubierto el ajuar sentimental, espiritual o religioso de otro hombre, incurrimos en pedantería.

Un hombre es un cofre cerrado para otro hombre, y, aunque la vida ajena tenga muchas concómitancias con la nuestra, esa incursión en la intimidad de otro es, generalmente, motivo de errores, de falsas apreciaciones y de calumnias. Por muy zahorí que sea el que escudriña el alma de otro, por mucha luz que quiera irra-

diar sobre esa zona oscura de los sentimientos humanos, por muy verídico y leal que quiera ser en la interpretación de las pasiones ajenas, al volver de este viaje por las rutas anímicas del personaje que queremos describir, tenemos que confesar nuestro fracaso, pues nos damos cuenta que al hablar de otro nos hemos explicado a nosotros mismos.

No diremos, pues, lo que pasaba por el alma del poeta en las horas del homenaje nacional. Quede eso para los adivinos y taumaturgos. Como artista, Núñez de Arce amaba la gloria, y ésta besaba su frente y acariciaba, con su blanda y finísima mano, su mejilla.

Hombres, mujeres y niños, en ordenada formación, desfilan bajo los balcones de la casa de Núñez de Arce, en este día de enero, llevando coronas y banderas. Como un anticipo de inmortalidad la multitud grita “¡Viva Núñez de Arce!”, y sobre el negro y vacilante montón de cabezas se mueven los pañuelos, como gaviotas, se levanta un bosque de brazos cuyas manos se juntan, frenéticas, para aplaudir al pasar, y el oleaje humano—durante varias horas—llena de griterío las calles, de alegría los balcones y de lágrimas los ojos.

Núñez de Arce es el poeta de las mujeres, y éstas se incorporan al cortejo para rendir al

autor del *Idilio* un tributo de admiración y de cariño. Junto a los varones de pro y encopetados, van las damas de alcurnia; a la vera del jornalero, marcha la hembra del barrio; pegado a la modistilla vivaracha, camina el estudiante bullicioso; al lado de la señorita, a la que sirve de rodrigón su mamá, se desoja el currutaco; junto a la joven actriz de moda, jadea el actor veterano, y siguiendo al personaje va el ujier que portea, orgulloso, la corona; y en el grupo de poetas famélicos, de grandes chalinas, va una patulea de chiquillos, que brincan regocijados, y niñas con trajecitos blancos y grandes lazos en el pelo que llevan ramos de laurel a don Gaspar.

Y van pasando, morosamente, Sociedades, agrupaciones y Delegados extranjeros.

Los periodistas escriben:

“Entre los homenajes tributados al genio en España, ninguno ha revestido el carácter popularísimo, espontáneo y caluroso del realizado en honor de Núñez de Arce.”

El Presidente de cada Comisión entrega al poeta su respectiva corona y hace un breve discurso, al que contesta, con palabras emocionadas, el autor de *Gritos del combate*. Núñez de Arce, más pálido y nervioso que de costumbre, está rodeado de su mujer y de sus amigos ínti-

mos, y en sus ojos hay lágrimas que él enjuga con su pañolillo, diciendo algunas palabras de disculpa.

Y llegan Comisiones con sus coronas: la de la Unión Ibero-Americana es entregada por don Francisco de Paula Jiménez y el conde de las Navas; la del Círculo de la Unión Mercantil, por don José Oria de Rueda; la del Ateneo, por el señor Azcárate; la del Círculo de Bellas Artes, por su presidente; la del Casino de Madrid, por el conde de Malladas; la de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, por don Ricardo Beltrán y Róspide; la del teatro Real, por los directores de orquesta don Juan Goula y don Manuel Pérez; la del teatro de la Comedia, por don Emilio Mario y don Miguel Cepillo; la de la compañía de la Tubau, por don Ceferino Palencia; la del Centro del Ejército y de la Armada, por el señor Madariaga; la del Veloz Club, por el señor Láncara, y la de la Asociación Littéraire et Artistique Internacional, de París, por varios señores de la colonia francesa.

La Asociación de Escritores y Artistas hace entrega al poeta de la magnífica corona y el álbum conmemorativos del homenaje. La corona es un primoroso trabajo de plata cincelada, imitando laurel, con una cinta de oro con los

nombres de todas las provincias de España, y los de Alemania, Italia, Francia, Portugal y Repúblicas hispanoamericanas, grabados en blanco, como la dedicatoria del lazo. Esta corona iba metida en estuche de piel de Australia y raso, con gran chapa de plata en la tapa. Tiene cerca de un metro de altura.

El álbum contiene más de cuatrocientos trabajos literarios y artísticos y millares de firmas, entre las que se cuentan las de gran número de celebridades en todos los ramos del saber humano. Las tapas son de roble tallado, con preciosas alegorías y chapa y broches de plata cincelada.

Se han recibido montones de cartas y telegramas de adhesión de Francia, Alemania, Italia, Portugal y Suiza; de las Repúblicas de Santo Domingo, Argentina, Uruguay, Ecuador, Méjico, Nicaragua, Colombia y Guatemala; de las Universidades, Institutos, Corporaciones literarias y hombres de mucho prestigio en el arte, la ciencia y la literatura de España y del extranjero.

En la noche del 6 de enero se representó en el teatro Español—en honor de Núñez de Arce—su drama *Deudas de la honra*. Al terminar la representación de la obra, el público aplaudió con frenesí, y al salir a escena el autor se

cubrió el tablado por centenares de coronas que le arrojaron desde palcos y butacas.

Don Gaspar balbuceó unas palabras de gratitud, y se retiró cansado del ajeteo de aquellos días.

Se le dió un banquete en el hotel Inglés, y junto a Núñez de Arce se sentaron Echegaray, Pérez Galdós, Aguilera, Zorrilla San Martín y el marqués de Valdeiglesias.

Los comensales eran doscientos. Se recibieron quinientos telegramas. Un señor removi6 la masa de papel que había en la mesa y preguntó a los comensales:

—¿Los leo?

—¡No, no, no!—gritaron de todas partes.

El Ayuntamiento de Toledo envi6 el siguiente mensaje:

“La vieja Toledo no puede ni quiere olvidar que en ella pasasteis los días de la infancia y de la pubertad, y escribisteis, cuando apenas contábais la edad de quince años, vuestra primera obra dramática *Amor y orgullo*, reveladora del genio poético que después había de immortalizar vuestro nombre.

”Para perpetuar estos recuerdos el Ayuntamiento ha tomado, por unanimidad, los siguientes acuerdos:

”Designar con la denominación de “Núñez

de Arce” la calle del Correo, y colocar en la fachada de dicha casa, donde vivisteis con vuestra honrosísima familia, una lápida conmemorativa que indique a los viajeros el hogar en que habitaba nuestro amado poeta cuando vió la luz pública su primera creación.”

Valladolid dió a la calle de Cárcava el nombre de Núñez de Arce, y Madrid a la calle de la Gorguera.

Echegaray habló, y dijo:

“Con Núñez de Arce debe hacerse lo que se hace en los campos de batalla con el vencedor: elevarlo sobre el pavés. Núñez de Arce será una gloria del siglo XIX. Los venideros le admirarán más, quizá, que nosotros; lo que no harán, seguramente, es quererlo más de lo que nosotros le queremos.”

Luego, don Alberto Aguilera, Gobernador de Madrid, recabó para la capital de España “la gloria de haber sido teatro de los triunfos que colocan a Núñez de Arce a la cabeza del movimiento literario de la época presente”.

“Aquí—añadió Aguilera—, en este Madrid de nuestros amores, ha publicado sus inmortales poemas, se han representado sus obras dramáticas, ha sido periodista, académico, Ministro, Senador. Núñez de Arce es hijo adoptivo de Madrid; a Madrid corresponde en gran parte

la merecida gloria de su enaltecimiento, y en nombre de Madrid, como representante suyo oficial en este momento, saludo con efusión, con vehemente cariño, nacido del fondo del alma, al genio ilustre, gloria legítima de la España contemporánea y honra de la literatura universal.”

Los periódicos se desatan en alabanzas a Núñez de Arce, “el hombre que ha calificado de satánica la grandeza de su siglo”, y el áspero, bilioso y agriado Bobadilla, *Fray Candil*, escribe:

“Como ha dicho el “Conde Kostiá”, Núñez de Arce “es el poeta”, el que España pone enfrente de Víctor Hugo, sin que resulte ridícula España. No hay más diferencia, sino que Víctor Hugo es el primer poeta del mundo y Núñez de Arce el primer poeta de España. Núñez de Arce posee un vocabulario enorme. Lo que Théophile Gautier hizo en Francia, con asombro de la musa moderna, lo ha hecho el eminente vallisoletano: saberse el Diccionario de memoria. El ha sacudido el polvo gris que oscurecía ciertas palabras desusadas y las ha engarzado en los broches de su estilo, haciéndolas fulgurar como esmeraldas, deslumbrar como rubíes y languidecer como ópalos. Su manera poética, su factura, es prodigiosa. Léase la elegía *A la muerte*

de Ríos Rosas, burilada como una joya de Cellini, damasquinada como un acero árabe, y el mejor epitafio que ha podido ponerse sobre la tumba de aquel coloso que gritó a la oratoria el “¡No pasarás de ahí!” del Mirabeau moderno.

” Toda una nación no se equivoca; todos los poetas, todos los sabios, todos los pensadores de rima y apreciadores de estilo, toda España ha hecho en honor del poeta lo que la Francia ha hecho en honor de Víctor Hugo: inmortalizarlo en vida, consagrándolo con el óleo popular, e incensándolo con el perfume de una admiración mercedísima. El heredero de Quintana ha tenido el homenaje de Quintana. Madrid y Valladolid le han discernido, como en los juegos olímpicos de la era moderna, la corona de roble y de mirtos, que sólo se da a los invencibles.”

Las visitas, los banquetes, las manifestaciones de entusiasmo público han quebrantado la endeble contextura física de Núñez de Arce. Su enfermedad del estómago se agudiza. Tiene que guardar cama. Y cuando sus amigos íntimos le dicen: “¿Estará usted contento, don Gaspar?”, el viejo poeta hace un signo con la cabeza, y responde, iniciando una sonrisa: “Otro homenaje como éste da conmigo en tierra.”

CAPITULO XX

El amor en Núñez de Arce, es como esas enormes mariposas tropicales, que en vez de acariciar muerden.

De las cosas blandas y suaves la más suave y blanda es el amor. Pero en Núñez de Arce el amor es como de padre violento que lastima y hace daño a sus criaturas. No es ternura de regazo femenino, quejido blando, dulce y suavísima entrega, voluntario y alegre renunciamiento de la propia voluntad para seguir la ajena, ni sacrificio callado. No es el amor en el poeta de *Idilio* exigencia imperiosa de amar a quien nos desama, de humillarnos a quien nos injuria, de responder con el perdón a los agravios y de mutilar nuestra personalidad para henchar la del

que amamos. No es balido de recental, sino rugido de león; no es sollozo femenino, sino imprecación viril; no es angustia de niño, sino forcejeo de atleta; no es cacareo de gallo vencido que deja caer el ala, sino vuelo de águila que busca desde la altura la roca que sirva de peana a su fiereza y en la que pueda afilar su pico; no es la ovejita que teme al lobo, y se mete en el rebaño, y se arrima al hombre que la lleva al matadero, sino la alimaña solitaria que busca su presa para comérsela en su guarida; no es el caramillo del pastor de pellico y zamarras, que atrae con su toque a las humildes ave-cicas, sino el redoble del tambor guerrero que llama a pelea y exterminio a la falange de los bravos; no es seca retama que se entrega a la lumbre sin ruido, sino fuego de cajiga robledañá, que antes de ser ceniza despide haces de rayos... El amor en Núñez de Arce es como esas enormes mariposas tropicales, que en vez de acariciar muerden.

Las mujeres amaron la obra del poeta por ser la de un temperamento de fuerte y maciza masculinidad. Porque Núñez de Arce no admitía la transacción: había que someterse. Y esta su virilidad estética atraía a los temperamentos débiles, que en el orden espiritual se regocijan y

se someten cuando han encontrado un amo digno de ser servido.

Después del gran homenaje que le tributa Madrid, la estrella de Núñez de Arce palidece. El público, veleidoso, se va cansando de los versos enfáticos del autor de *La Elegía*. Ya no gusta de las siniestras cornejas que se cobijan en los claustros abandonados, ni de los venenos servidos en copas de ágata, ni de las fanfarrias de los corsarios, ni teme las baladrónadas retóricas del caballero de la vena henchida de sangre en la frente, en forma de roja herradura, del personaje de Walter Scoot.

Después de la bacanal romántica se aspira a la sencillez.

España ha pasado por el desastre de Cuba. La pérdida de nuestras colonias hunde al país en el pesimismo. Todo lo español es abominable para los españoles. Con placer y saña morbosa nos dedicamos al deporte de la autodenigración. En esta tarea de aniquilamiento nacional se nos ayudó pérfidamente desde fuera. En vez de tendernos una mano se nos empujó para hacer más violenta la caída.

Núñez de Arce, en aquellos días negros para la patria, estalló en "cólera sagrada". Su alma dolorida de patriota se encara con el destino y lo increpa. Y hablando de Arce y de sus an-

gustias en las horas de angustia de la patria, otro poeta coetáneo del autor de *La visión de fray Martín*, dice:

... Yo vi el torrente
de tu dolor, corriendo desbordado,
cuando en el mar, vencida sin combate,
se hundió, despedazada, nuestra gloria.
¡Ay! Desde aquel abominable día,
tus ojos se apagaron por el lloro,
como blandones que la lluvia azota,
y el gigantesco roble de tu brío
todo se desgajó. Mas como el bravo
adalid moribundo, que aun defiende
y aclama su bandera, al viento diste
un canto generoso de esperanza
y redención, el noble *Sursum corda!*,
ave que sobre un piélago de males
eleva al cielo sus radiantes alas;
nube de incienso que de tu alma rota
surgió, como el perfume de los pinos
brotó de las heridas que en sus troncos
abren los desatados aquilones.

.....

Decía el inglés Johson, “que el escritor no muere nunca sino por obra de su propia pluma”. La nueva generación literaria—*Azorín*, Valle-Inclán, Manuel Bueno, Grandmontagne, Pío Baroja—llama a los viejos poetas y escritores españoles los “líricos del desastre”, y pide el exterminio de la garrulería ambiente, de la prosopopeya, de la vacuidad, de la pedantería escolástica, y de todos aquellos personajes li-

terarios y políticos que huelen a moho de des-
pensa, a viejo desván, a bisoñé y paletó raído.

Las plumas de los jóvenes iconoclastas se
convierten en escobas.

Se exige en el arte y en la vida simplicidad y
naturalidad.

En la escena se rechaza a los tipos solemnes
y enfáticos. Un empresario dice a un actor que
solicita un puesto en su teatro:

—¿Domina usted la naturalidad en la es-
cena?

—¿Naturalidad? ¿Ha dicho usted naturali-
dad?—pregunta el aludido.

—Sí, sí... Se acabaron las parrafadas román-
ticas, los gestos desmesurados, las aposturas y
grandilocuencias. La escena es la vida, y el diá-
logo escénico es el mismo del hogar, de la calle,
del café o la tertulia. Hay que fingir que no
hay ficción.

—No hay un actor más natural que yo—afir-
ma el pretendiente.

—Nada de gregüescos ni ropilla: americana,
sombbrero blando y talento.

—Sí, señor: naturalidad. Hay que decir las
cosas sin engolamiento. Yo le aseguro a usted
que no quedará descontento de mi trabajo.
Apenas abro yo la boca me meto al público en
el bolsillo.

—Bien; queda usted admitido.

A los pocos días el “actor de la naturalidad” comienza los ensayos de una obra.

Noche de estreno. La obra es dramática. El actor sale a escena a darle a la familia, acongojada, la noticia de que ha muerto un sér querido.

—¡Dios mío!—exclaman, aterrados, los familiares—. ¿Ha muerto? ¿Ha muerto?

Y el “actor de la naturalidad” sonríe displacente, y exclama:

—Psch; ha muerto.

“Azorín” publica su libro *Antonio Azorín*, donde dedica varios largos párrafos al bastón del protagonista de su novela. Es un libro que, en aquellos tiempos de empalagosa retórica romántica, orea los espíritus cansados de truculencias y demasías verbales, con una prosa sencilla, clarísima, de raigambre clásica y humana. Es la vida cotidiana, doméstica, dignificada por el arte, la que retorna a la literatura española, con su vaho de sano realismo, que tiene su raigambre en el *Corbacho* del Arcipreste de Talavera. Es una manera sencilla de hablar—entre el habla moderna y el sermón antiguo—en la que no se ve el esfuerzo del autor, pues aun siendo ficción semeja viva realidad.

Es el párrafo corto y enjundioso, el esquema,

la síntesis, el análisis psicológico, la alusión humorística, que reemplaza a la catarata retórica, al verso que hay que declamar con los ojos en blanco, y a la voz solemne y al ademán tribunicio.

La novela de costumbres de Fernán-Caballero (con su riqueza paremiológica, con sus dichos, sentencias y refranes de la gente del campo andaluz, con su fondo cristiano y sus tipos arrancados de la cantera popular—del cortijo, la aldea o la serranía—) derrota a la literatura de los ingenios que abrevan en fuentes exóticas y dan como yantar nacional los condumios y pistrajes de fuera.

La barba y la perilla, el rigodón y la polca, las larguísimas faldas de cola de pato, los enormes corsés, como recias armaduras medievales, los altos sombreros de copa, van quedando arrumbados, como el quinqué de petróleo y los manguitos.

Núñez de Arce es ya para muchos como un fantasma. Su enfermedad avanza, y sufre crisis terribles. Algunos periódicos, previsores, tienen hecha ya la biografía del poeta, para anticiparse a sus colegas.

Mariano de Cavia escribe sus *Chácharas* en *El Imparcial*, y pasea enfatuado por la Carrera de San Jerónimo, pues la vanidad es en el escritor

—de talento o mediocre—su compañera inseparable. Valle-Inclán escribe, entre bostezo y bostezo, sus magníficos cuentos, y va diciendo, de corrillo en corrillo, mentiras que sólo él cree. Baroja se ensaya para hombre amargado, y “Azorín” saca a la calle un paraguas rojo, que simboliza su filosofía.

Romero Robledo hace alarde de su escasez de cultura y de su cinismo político; Silvela habla de la anemia de España, y Villaverde recuenta, con avaricia, las escasas monedas que nos han quedado después del desastre.

El pueblo llena las plazas de toros, y los periódicos se atiborran de artículos apologéticos de Fuentes, o la elegancia de “Lagartijo”, el estatutario, y de “Machaquito”, el valiente.

La calle de Alcalá exuda flamenquería y bravatas de toreros. Es el escaparate de las hembras de virtud exorable, de políticos en huelga, de literatos sin escalafón, de cómicos sin contrata y de arbitristas contumaces. En sus cafés se puede encontrar desde la envejecida suripanta, al tocador famoso o al inventor de los “polvos para hacer sardinas”.

Núñez de Arce tiene ya sesenta y nueve años. Hace algunos meses que el autor de *La Elegía* ha presidido el traslado de los restos de Larra,

Espronceda y Rosales al cementerio de San Justo, "Panteón de hombres ilustres" del siglo XIX. En el camino el poeta dijo a un amigo suyo:

—Yo duraré ya poco.

CAPITULO XXI

*Núñez de Arce a los sesenta y nueve años.—
Teme a la vejez porque no viene sola.—Las
primeras escenas de una obra realista.—Los
que ayer lo aplaudían lo miran ya como a
un fósil.*

Para negociar con Dios en la oración—dice el Santo—, la primera del tiempo que sea de mañana: *mane exaudies vocem meam*; porque entonces está el espíritu más quieto y desembarazado de las imágenes y cuidados terrestres, y más ligero para contemplar las cosas celestiales; y porque lo que de mañana se hace, parece que se toma por primero y principal negocio a quien se da lo mejor del día.

Núñez de Arce gustaba levantarse temprano.

Lee un rato a sus autores predilectos: Saavedra Fajardo, Quintana, fray Luis de León, fray Luis de Granada... Cuando se cansa de leer emborrana unas cuartillas. Se ha hecho más exigente consigo mismo. Escribe y rompe o tacha con vehemencia lo escrito. Como nota el desvío del público por las lucubraciones románticas y las parrafadas altisonantes, trata de desviarse de su viejo y glorioso camino, para incorporarse a la pléyade juvenil que triunfa con la nueva moda literaria. No se resigna a convertirse en una figura de museo. Y quiere hacer una comedia de costumbres, *El corazón y la cabeza*. Dice a un periodista: "Se trata de una obra que no pertenece a la clase de producción teatral más en boga; no está escrita en verso; no presenta conflictos más o menos verosímiles; no camina en su desarrollo de efecto en efecto, ni de sorpresa en sorpresa; y tampoco termina con ningún desenlace trágico. Es una obra de observación, en la cual, cortando las alas al arrebatado lírico, intento que los personajes tengan vida real, piensen y sientan como los hombres de nuestros tiempos, se muevan estimulados por los intereses y las pasiones que hoy nos agitan, y hablen, prescindiendo de todo alambicamiento conceptual, el lenguaje sencillo y hasta vulgar que se usa en el trato humano.

”Grandes esfuerzos—añadía—tengo que hacer sobre mí mismo para mantenerme dentro del plan estrecho que me he trazado, porque mis inclinaciones literarias me arrastran quizá por distintos rumbos de los que he emprendido en esta comedia; y no sé si, a pesar de mis buenos propósitos, habré logrado, como he pretendido para escribirla, cambiar la pluma alada de la poesía por el escalpelo del análisis.”

Dón Gaspar escribe las primeras escenas de su obra “realista”, pero guarda las cuartillas en el cajón. Colgadas de los estantes hay cientos de coronas, el público se ha arrodillado a los pies del autor del *Vértigo*, fascinado por su fuego lírico, y por su poderosa fuerza imaginativa, y ahora, quiere el viejo maestro cometer un delito de infidelidad con los demás y con él mismo.

El corazón y la cabeza es una obra vulgarísima, pedestre, y sus personajes carecen de calor vital humano. Las escenas se diluyen fatigosamente en una pedrea verbalista, sin relieve, llenas de vulgaridad y de monotonía. Por fortuna, Núñez de Arce no la terminó, pero lo que ha llegado a nosotros es suficiente para juzgarle como un esperpento.

No era ése su camino. La fogosidad y vehemencia de su temperamento poético estaban re-

ñidos con la frialdad analítica y psicológica de los nuevos tiempos.

Sufría Núñez de Arce el ver cómo el éxito, tornadizo, lo abandonaba. Ya no encendían de coraje, de ira, de emoción, ni de rabia a la generación presente las estrofas del autor de *La última lamentación de lord Byron*. Su hora había pasado. En el Tiempo, simbolizado en su reloj, podrían grabarse las palabras que hablan de la fatal y cruel exigencia de las horas: "Todas hieren; la última, mata", así en la vida física como en la espiritual.

Pero el autor de *Gritos del combate* no es hombre pusilánime ni humilde. Enfático y altivo (como un general victorioso que ve, indignado, huir a la desbandada a su ejército de veteranos), se encara con los desertores de su tendencia estética y quiere someterlos y atraillarlos.

Todo es inútil. Núñez de Arce se revuelve airado. Porque no es sólo la muchachada vocinglera y vacilante la que lo mira ya como a cosa fósil, sino es la gente madura y algunos vejestorios los que miran también a través de sus gafas, con desdén, al gran poeta. ¡No, no, no! El autor del *Vértigo* no es la hoja amarilla de un códice, ni el peto hendido de un guerrero feudal, ni un viejo miriñaque, ni el hueso mon-

do de un dinosaurio; es todavía algo vivo y cálido, cuya palabra posee resonancias eternas.

¿Cómo? Pero, ¿es posible? ¿No fué ayer mismo, cuando ese jabardillo humano paseaba bajo los balcones del poeta pregonando su gloria inmarcesible? ¿No fué hace poco cuando, los que hoy lo miran con displicencia, ponían en él sus ojos, como indio en su fetiche? ¿No fué, hace días, cuando los periódicos y gacetas glorificaban su nombre, emparejándolo con los de los poetas más conspicuos de la antigüedad? Aun no estaban enjutos los ojos de las damas que le rindieron el homenaje de su admiración, y ya la veleidad femenina buscaba otros poetas que removieran su sensibilidad y su ternura.

¡Ay, si tuviera salud! Ya verían como él metería de nuevo el rebaño en el aprisco. Pero ya el poeta está como aljibe roto, y su vida será corta, como crepúsculo otoñal.

Llegan los días primaverales, con sus guiños de sol y sus lluvias, que van dejando en cada hoja del árbol una lágrima.

La Musa de Núñez de Arce siente pasajeros hervores juveniles. El poeta pasea por el Retiro acompañado de algunos fieles y viejos amigos, a los que expone sus planes de trabajo. Aunque su pulso tiembla tiene aún la cabeza firme y sólida, y en su mente rebulle inquieta

una bandada de áureas mariposas. El ritmo llama de nuevo al enjambre a la tarea.

Todos hacen un signo de acatamiento a las palabras del poeta, y tienen frases de menosprecio y vilipendio para la gente advenediza y bisoña, que trata de nublar la gloria de Núñez de Arce.

Y uno de sus amigos le dice, dogmático:

—El cetro está en tus manos, Gaspar.

El verano irá Núñez de Arce a Villalba, donde ha tomado en arriendo un hotelito. Ya necesita el viejo el calor de fuera para sostener el de dentro. Allí, alejado de los engorros y fatigas de la ciudad, haciendo vida aldeana, irá, a ratos, pergeñando nuevas obras, que aumentarán su fama, pues el apetito de inmortalidad no se sacia.

Fray José de Sigüenza, hablando de la muerte de un frailecito de su Orden, de vida santa y buena, dice que “entraron en su celda y halláronle con la postura acostumbrada en la oración, de rodillas como si estuviera vivo, la una mano en la mejilla, en que recostaba la cabeza, y la derecha puesta encima del breviario, señalando con el índice el primer verso de la Sexta, que dice: “*Defecit in salutare tuum anima mea, in verbum tuum semper speravit.*”

Y así encontraron los familiares una mañana

a Núñez de Arce. Caída la cabeza sobre las cuartillas, abierta su boca, por donde sale un hilillo de sangre, que pone una mancha roja en la blancura del papel; cerrados los ojos, revuelto el pelo y las manos flácidas y colgantes, el poeta semeja al luchador que cae, jadeante y vencido, al llegar a la meta. La pluma, que es su espada, está bajo su frente, como si la hubiera elegido por almohada donde reposar su último sueño.

Acude la esposa, soliviantada. Acuden los criados. Doña Isidora, grita:

—¡Gaspar! ¡Gaspar!

Todos miran, reprimiendo un sollozo, el cuerpo, inerte, del poeta. Sus ojos, cargados de imágenes, se han cerrado. La señora se lleva las manos a la cara, y retrocede asustada. Un viejo criado de don Gaspar aproxima el oído al pecho de su viejo amo y, como si hubiera descubierto un tesoro, grita con alegría:

—¡Señora; don Gaspar vive!

Entre todos cogen el cuerpo de Núñez de Arce, y lo llevan en sus manos, como un glorioso trofeo, a la cama. Se avisa al médico. La servidumbre va de un lado para otro, pisando quedo, hablando bajito, pálidos los semblantes y temblorosas las manos. Una vieja criada prepara una tisana. Se rebulle en la cocina, exclamando:

—¡Ay, Señor, Señor!...

Doña Isidora adereza el lecho, y con solicitud de madre, coloca bien la cabeza de su marido. Al verlo abrir los ojos, asoma una sonrisa en la cara de la buena esposa, entre sollozos, como el sol entre las negras nubes.

Don Gaspar quiere hacer un esfuerzo para incorporarse, pero doña Isidora le dice con ternura:

—Quietecito, quietecito...

Núñez de Arce sufrió este ataque un día en que se hallaba preparando unos versos para un importante periódico americano que se los había pedido.

En una cuartilla había escrito con su letra desigual y confusa:

Será mi trova la fuente
que, manando pobrementé
del peñón, gota por gota,
va desde el risco en que brota
dilatando su corriente.

Mucho en su curso confío,
que cuando vaya creciendo
con otros cantos el mío,
se irá con lírico estruendo,
cambiando el arroyo en río.

CAPITULO XXII

El sueño de la vida y el de la muerte.—El canto tercero del “Infierno”, de Dante.—Momentos de angustia en el hogar.—La muerte de Núñez de Arce.

“Endulzarás el amargor de la vida y de la muerte—dice Goethe—, amando a la una y no temiendo a la otra, si crees en Dios y no pierdes la esperanza.”

Núñez de Arce, el “caballero castizo de la vieja España”, como le llama un periódico, sigue postrado en el lecho. Son los primeros días de junio de 1903; los rosales están ya en flor, revuelan sobre los tejados las golondrinas, crece la verde albahaca en los tiestos, cantan las niñas en corro en las calles, se despereza el vago

en el banco del paseo, y el amor hace que tiemble, inquieta, la leve tela de las blusillas de las muchachas.

El autor de la *Ultima lamentación de lord Byron* se prepara a dejar el sueño de la vida por el de la muerte. Sus viejos amigos visitan al poeta, y lo animan, pero él responde a las chanzas de los que le aman:

—Ya no tengo ni fuerzas para morirme.

Doña Isidora no abandona la cabecera de la cama del enfermo. Como ya no puede sostener los libros, pide Núñez de Arce a su mujer que le lea trozos de uno de sus poetas favoritos: Dante. Sobre todo, siente predilección por el canto tercero del *Infierno*, que empieza:

Per me si va nella città dolente;
Per me si va nell'eterno dolore;
Per me si va tra la perduta gente.

... ..

Arrullado por el ruido de los versos, Núñez de Arce cierra los ojos y dormita. Su esposa deja de leer y mira con cariño la cara de su esposo, que el dolor ha trocado en marfil. Cuando despierta el enfermo, la esposa vuelve a la lectura.

El día 9 de junio, a las tres de la tarde, le sobreviene un vómito de sangre. Acuden los doctores Benavente, Iglesias y Ramón y Vega. Su

amigo íntimo, don José del Castillo Soriano, autor de una biografía de Núñez de Arce, relata así los últimos momentos del gran poeta:

“Cuando, como tantas otras veces, vinieron, en la mañana del 9 de junio, a decirme que fuera inmediatamente a casa de don Gaspar, que se encontraba muy grave, acudí presuroso.

”En la escalera de la casa, los gritos y gemidos de la familia y servidumbre de don Gaspar me hicieron apresurar el paso.

”Penetré, rápido, en la alcoba. Sobre el severo lecho de roble, donde tantos dolores sufrió, veíase presa de mortal congoja el extremado cuerpo de Núñez de Arce. Densa palidez cubría su semblante; frío sudor empapaba su frente; en sus ojos, entornados, se iba apagando la luz de la vida; sus labios, manchados de sangre, se movían casi imperceptiblemente, y sus brazos caían rígidos a lo largo de su cuerpo sobre las blancas ropas de la cama.

”A la cabecera del lecho, su esposa le prodigaba, con nerviosa celeridad, toda clase de cuidados; limpiaba su frente y sus labios, le hacía tragar, a pequeñas cucharadas, dosis medicinales, y le alentaba con la palabra. Antonio, el hermano del poeta, cruzados los brazos, y la cabeza caída sobre el pecho, sollozaba. Los criados rodeaban el lecho secundando las órdenes

del sabio médico don Santiago Iglesias, que apelaba ya a los últimos recursos de la ciencia, recetando con mano temblorosa por la emoción y nublados los ojos por el llanto.

”El doctor Benavente, que presenciaba los trabajos de su compañero Iglesias, tomaba el pulso al enfermo.

”Doña Isidora, gemía y suplicaba:

”—¡Por la Virgen Santísima, sálvenlo!

”Una bombilla de luz eléctrica, velada por tupida pantalla, iluminaba débilmente la amplia estancia, esparciendo sus reflejos sobre el lecho del enfermo y dejando en sombra el resto de la habitación, donde se veía otro lecho vacío, un tocador, un almanaque, un reloj, un diván, y en las paredes dos pilas de agua bendita y un Cristo.

”Llegó el cura de la parroquia. El doctor Iglesias hizo una seña a los criados, los cuales agarraron cariñosamente a doña Isidora, que estaba casi desfallecida y se la llevaron a otra sala.

”El sacerdote se acercó al enfermo, y exclamó con voz potente a su oído:

”—Dón Gaspar, ¿se arrepiente usted de todos sus pecados?

”Cesó entonces el ruido que se advertía en el pecho del enfermo. Reinaba en la alcoba el

más profundo silencio. Sólo se oía de vez en vez el murmullo del rezo de la vieja criada.

”El cura volvió a decir con el mismo solemne y patético tono:

”—¡Don Gaspar, usted que es creyente, usted que es bueno, pídale a Dios perdón!...

”Me acerqué, por el lado contrario de donde estaba el sacerdote, al rostro del enfermo, y creí advertir que sus labios se movían y brillaba mortecino y triste en sus ojos el último chisporroteo de una luz que iba a apagarse.

”Todos nos arrodillamos.

”Rezó el cura, y dijo con voz llena de fe:

”—Don Gaspar: “¡Sursum corda!”

”Yo sentí un escalofrío y ni fuerzas tuve para llorar. El representante de la Iglesia bendijo al enfermo, le ungió con los santos óleos y, después de recomendarnos resignación, salió de la estancia, visiblemente afectado. Maquinalmente le seguí. Le pregunté, con ansiedad:

”—Padre, ¿cree usted que el enfermo?...

”—No hay remedio—me respondió—. Está agonizando.

”Volví a entrar presuroso en la alcoba. Le miré fijamente, noté cierta inmovilidad en sus facciones y cierta rigidez en sus miembros, que me espantaron. Vi cubrirse de sombra su rostro, se extinguió la luz de sus ojos, y el estertor, an-

tes ruidoso, fué cesando lentamente, muy poco a poco, hasta extinguirse por completo con un rumor, como de tenue y prolongado suspiro.

”Le di un beso en la frente, besé su mano y di rienda suelta a mi dolor, contenido a tanta costa hasta aquel trágico momento.

”¡Acababa de expirar Núñez de Arce!

”Miré maquinalmente al reloj, que a cada instante consultara él durante tantos años; miré al almanaque, cuyas hojas nunca se olvidó de arrancar todas las mañanas...

”Eran las seis menos cuarto de la tarde del 9 de junio de 1903.”

CAPITULO XXIII

“¿Quién puede olvidar aquella mirada inquieta y escudriñadora?”—¡Se apagó la gran llama!—La muerte de Núñez de Arce en España y en el extranjero.—Los poetas que crearon nuestra nacionalidad.

Cuando se seca un pozo es cuando se conoce el valor del agua.

¡Núñez de Arce ha muerto!

La noticia va de unos a otros, que se dan mutuamente el pésame, como si el poeta perteneciese a todos.

Se hacen lenguas del hombre y de su obra. ¿Quién puede olvidar aquella mirada inquieta y escudriñadora, aquella frente ancha llena de profundos pensamientos, aquellos labios finos

que temblaban en los momentos de ira, de dolor o de pena? ¿Quién puede olvidar su altivez hidalga, su hombría de bien, su mano siempre abierta al menesteroso, su caballerosidad para con los caballeros, su desdén para el necio y su desprecio para el rufián?

Los que ya le habían vuelto la espalda se incorporan al cortejo lacrimoso. ¿Cómo olvidar el fuego de sus estrofas, sus imprecaciones enfáticas, de abolengo tan español; su riqueza de imágenes y el estallido de su látigo retórico sobre la espalda de la injusticia? ¿Cómo no admirar la abundancia de aquel manantial lírico que se desbordaba en torrentes de dolor en sus versos a Herculano, de ternura en su *Idilio*, de amor patriótico en sus *Gritos del combate*, de fuerza evocadora en el *Vértigo* y de reviviscencias románticas en la *Ultima lamentación de lord Byron*? ¿Cómo olvidar su honradez de obrero literario, que pule y cincela la frase con amor? ¿Cómo no admirar su prosa dura como el bronce, tersa como el mármol y transparente como el cristal?

Se escribe mucho sobre Núñez de Arce. Algún periodista, después de haber llenado de prosa necrológica tres columnas de su diario, dice, compungido:

—El llanto no me deja continuar. Me tiembla el pulso...

Existe un histrionismo literario de los que esperan con ansiedad que se muera un personaje de cuenta para lucirse ellos. Hay, en el oficio, individuos que apenas ven enfermo a un jerarca preparan un artículo necrológico. A veces el enfermo tira con su pellejo años y años sin decidirse a morir, y esto llena de angustia al hombre que lleva en su bolsillo la biografía del poeta u hombre público. Y dice con desesperación:

—¡Ese hombre no se muere!

Pero es preferible este hipócrita sentimentalismo a la grosería y crueldad de los trogloditas que no tapan en esos dolorosos momentos sus malos instintos y caen sobre el muerto como el buitre sobre la carroña.

La muerte de Núñez de Arce fué sentida por todos: los que le amaron en vida, porque perdían un amigo bueno y leal; los soñadores, porque perdían un magnífico forjador de ensueños; los enemigos, porque mientras vive el artista puede envilecer su propia obra y la muerte puede agigantarla; las gentes ingenuas, porque les gusta ver al artífice que los emociona o fascina; los grandes, porque perdían a uno de su igual, y los pequeños, porque perdían al que admiraban.

Se habló, reiteradamente, de los primeros años del poeta, de su vida estrecha y miserable en el hogar, de la llegada a Madrid de aquel adolescente con la cabeza llena de versos y sus bolsillos atestados de cuartillas, de sus días de soledad y de amargura, de sus trabajos por conquistar la reputación y la gloria...

Se exaltó su genio poético. El poeta Manuel Reina escribió estos versos apologéticos sobre Núñez de Arce:

¡Se apagó la gran llama! El animoso
genio español, el vate soberano
de pensamientos puros como el cielo,
y vastos como el mar, cayó a la fosa.
¡Mañana se alzará trocado en bronce!
¡Oh, sudario, cuán pronto has de cambiarte
en púrpura triunfal! ¡Oh, del poeta,
sepulcro lleno de fulgor y vida!
¡Quién no venera al noble patriota,
de alma fundida en espartano molde,
alma de heroico paladín, teñida
con la sangre de luchas generosas,
que hoy su ala inmensa extiende por las libres
regiones de la luz! Todos amamos
aquella férrea pluma, defensora
del pabellón glorioso de oro y grana,
que, al africano sol, resplandecía
entre las vencedoras bayonetas!
¡Todos te bendecimos, sombra augusta!
¡Cantor, hijo inmortal de Prometeo,
tu egregio estilo es la corona regia
del castellano idioma! ¿Quién no siente
el pecho, de entusiasmo enardecido,
al rebramar los inflamados versos
de los viriles *Gritos del combate*,

donde huracanes trágicos resuenan;
 cruje el brillante acero de las rimas,
 y arde el furor de las sangrientas lides
 de nuestra edad convulsa?... ¡Qué embriagante
 el delicado aroma de *Un idilio*,
 azucena de plata, que la aurora
 empapó con su llanto! ¿Quién olvida
 de *El vértigo* las lúgubres figuras,
 dignas del torvo genio de Rivera,
 ni el lamento del lírico britano,
 en cuyo corazón, siempre batido
 por rugidora tempestad, irradia,
 como la blanca luna, su hija muerta?
 ¡Más dulce que las auras matinales
 es la tierna, amorosa despedida
 en el balcón florido de Julieta,
 cantada en un soneto con los trinos,
 vibrantes y ardorosos de la alondra!
 ¡Cómo conturba el ánimo la triste
Visión de fray Martín, cuadro grandioso,
 que evoca el lienzo aquel del gran Leonardo,
 donde, entre sombras y espantables ruinas,
 fulgura una deidad fascinadora!...
 ¡Y cómo llena de ternura el pecho
 la pobre niña huérfana, salvada
 del estrago de horrible terremoto,
 y en cuya frente de marfil relumbra
 todo el sol andaluz!

¡Insigne vate,
 émulo de Alighieri, en la intrincada
Selva oscura contigo hemos temblado;
 contigo derramado tierno lloro
 ante el rugiente mar, líquida tumba
 de los dulces amantes de *La pesca*;
 contigo besa España, enternecida,
 la fosa de Herculano; ve asombrada
 entrar a tu gentil *Raimundo Lulio*
 con arrogancia intrépida, a caballo,
 en el templo de Dios...

.....
 ¡Oh, sol de Arte! ¡Oh, corazón inmenso!

Los periódicos extranjeros dedican al gran poeta español artículos de encomio. Es un homenaje universal.

Descuellan, entre otros, *La Prensa*, de Buenos Aires; *Il Sécolo*, de Milán; *L'Italia* y *Patria*, de Roma; *Neue Freie Press* y *Zeit*, de Viena; el *Diario*, de San Petersburgo; *Progresiste* y *Gars Breton*, de Nantes; *Berliner Tageblatt*, *Germania*, *National Zeitung* y *Welt Spiegel*, de Berlín; *Gironde* y *Petite Gironde*, de Burdeos; *Le Temps*, *Le Journal*, *La Gazette de France* y *Le Petit Journal*, de París; *The Times*, de Londres; *L'Independence Belgue*, de Bruselas; *Kolnische Zeitung*, de Colonia, y *Samboul*, de Constantinopla.

Desde el chiscón al palacio va el nombre del glorioso vate envuelto en alabanzas. Un cáncer en el estómago ha dado en tierra con el famoso lírico, y Madrid, el escenario de los triunfos de Núñez de Arce, tiene un aire de dolor, pues las ciudades aman a quien las engrandece, y lloran y ríen con sus poetas.

Silvela dice:

“El nombre de Núñez de Arce es de aquéllos que llevan en sí un valor tan grande, que cuantas palabras se digan en su elogio aparecen pálidas y desmedradas al lado de la luz que brota de su nombre. Era un gran poeta, y un gran

poeta de un sentido genuinamente español, de esos que tienen recibida de Dios la misión providencial y verdaderamente extraordinaria de hacer vibrar las fibras del sentimiento nacional, siendo de los que realizan la fortuna, a primera vista incomprensible, para mí constantemente maravillosa, de que la mera exposición poética de grandes ideas, penetrando en el sentimiento y corazón del pueblo, afirme más el vigor de ese sentimiento nacional que la obra, a veces, de los grandes estadistas y aun de los grandes genios militares; porque la nacionalidad española es grande por nuestras glorias militares, grande por nuestros códigos, grande por la obra científica de nuestros filósofos y teólogos; pero ¿no es verdad que el sentimiento popular vibra más profundamente, y lo observamos mantenido con aquella independencia nacional que constituye el espíritu del pueblo, por los nombres de Cervantes, Calderón, Lope y otros grandes poetas que crearon nuestra nacionalidad? ¿No hemos visto luchando contra los principios del siglo XIX, escépticos y corrosivos, los nombres de Quintana, Zorrilla y después a Núñez de Arce, quienes, en medio de nuestras discordias civiles, en medio de nuestras dudas y vacilaciones de nuestra reconstitución política, han alentado ese sentido nacional, españolísimo,

haciendo vibrar en los grandes y en los pequeños, en los hombres instruídos y en la masa popular, que repite sus versos, su *Idilio*, su *Vértigo*, sus pequeños poemas, infundiéndola esos generosos anhelos de amor patrio que se confunden en un gran número de ideas indefinidas y que dan por producto esa resultante admirable del amor al hogar y el propósito firme de defenderlo hasta derramar la última gota de sangre?"

CAPITULO XXIV

Tañían, quejumbrosas, las campanas de todas las feligresías.—La muchedumbre sigue al féretro.—¿Quién es la dama enlutada?—En el cementerio.—“Beatus homo qui invenit sapientiam”...

No hay cosa humana que no sea sombra.

El autor de *La Elegía* pertenece ya a ese mundo de fantasmas que él creó con su fantasía. Con la muerte de Núñez de Arce se enterraba una época.

“Tú dormirás en paz, ¡oh varón fuerte!”

.....
Colgaban, lacios, de muchos balcones madrileños, negros crespones. Tañían, quejumbrosas, las campanas de las feligresías, recordando a

las gentes que había muerto un gran poeta español, un fino amador de las musas, un corazón de fuego y un artífice del ritmo. Su lira, de bronce, estaba muda. Ya no se oirían los golpes áureos con que forjaba en su yunque lírico el famoso artista la maravilla armónica de sus poemas.

Detrás del coche mortuario van Maura, Dato, Silvela, Azcárraga, Moya, Bretón, Moret, Silió, Ramos Carrión, Vital Aza, Emilio Mesejó, Querol, Echegaray, Ortega Munilla, el marqués de Vadillo, el conde de Casa Valencia, Rodríguez San Pedro, el general Bascarán... La calle es un hervidero humano. Junto a los despojos de Núñez de Arce, camina apesadumbrado el patán, va triste el señorito currutaco, renquea la viejecita escuchimizada, luce sus galas de luto el señorío, guarda continencia el hablador, deja sus trapacerías el farullero, y piensa en la fugacidad de la vida el amador de placeres. La multitud se mueve pesadamente. En el núcleo humano sobresalen los negros periscopios de los altos sombreros de copa, y las blancas plumas de los cascos, o de los bicornios.

La carroza fúnebre va llena de coronas: de la Casa Real, de la Asociación de la Prensa, de "El Norte de Castilla", del Ateneo de Madrid, del Centro del Ejército y de la Armada, de la

Sociedad de Autores, del Banco Hipotecario, de la Diputación de Valladolid, de la Asociación de Escritores y Artistas, de su viuda, de sus hermanos... El coche es una enorme y florida canéfora. El cielo de Madrid, al paso de la carroza, se deshace en suavísimos pétalos.

Aquí se ve a una señorita que recoge en su pañolillo sus lágrimas; más allá un señor barbado tiene sus ojos acuosos; en esta esquina hay grupos de modistas entristecidas y alguna chiquilla, que no levanta un palmo del suelo, revienta en llanto:

—Pero, chica, ¿por qué lloras?

—¿Por qué he de llorar, señora? Ha muerto Núñez de Arce.

La gente deja vacía una calle y llena otras.

¿Quién es esa dama que cubre su cara y su cuerpo con un negrísimo y tupido velo y que marcha, desolada, llevando en sus manos un ramo de rojo claveles?

Nadie la conoce.

La figura de la enlutada, su prestancia, su porte jarifo, sus ojos negrísimos que pocas veces se levantan del suelo, su atavío señorial, llama la atención de los curiosos, y será motivo de preocupación para los que les gusta hurgar en la vida y los sentimientos ajenos.

Lo que no ve la masa humana que sigue al

cadáver, es que junto al coche mortuario van las figuras etéreas, evanescentes, invisibles, que creó la mente del poeta. Son las fieles guardadoras de su fama que van recogiendo en su regazo las flores que tiran las mujeres desde los balcones.

Porque el amor se conoce por la dádiva, y mucho recibe el que da mucho, y el poeta, que entregó su corazón a los demás, recoge ahora el homenaje de otros corazones, como premio a su trabajo y como rúbrica de la gloria.

La multitud llega al cementerio de San Justo a la una y media de la tarde. El cadáver de Núñez de Arce recibe sepultura en el "Panteón de hombres ilustres del siglo XIX", junto a los restos de Rosales. Entre los gemidos y desfallecimientos de algunas damas, el llanto de las mujercillas del pueblo y los sollozos de algunos caballeros, vuelve a la tierra el cuerpo del autor de *La Elegía* para dormir su último y definitivo sueño. Allí, junto a la cruz, el laurel y la corona de siemprevivas, la figura marmórea de la Poesía, señala con el dedo el montón de tierra que cubre los restos del poeta y canta su gloria con las palabras sagradas: "Beatus homo qui invenit sapientiam"...

I N D I C E

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I.—Núñez de Arce nació en Valladolid, junto a la plazuela de los Orates, lo cual presagiaba que había de ser o loco o poeta	11
CAP. II.—“Dámele poeta, dártele he pobre”. Por qué la buena de Eladia dijo a su marido que la rama olía al árbol. La mocita que sorbió el seso al toledano Garcilaso	18
CAP. III.—Está escrito que Dios no pesa carne, sino espíritu. El muchacho sueña mientras los arrieros ronan. Los cómicos que se morían de hambre en el “granero de Castilla”. Núñez de Arce estrena <i>Amor y orgullo</i> . El padre Loaisa quiere hacer del poeta un sacerdote	25
CAP. IV.—Núñez de Arce en Madrid. A carne de perro, diente de lobo. Las aventuras de Isabelita. “¡Yo sé hacer de todo!” El mocete es ya periodista	36
CAP. V.—El muchacho se alimentaba con sueños de gloria. El orgullo no le permite confesar su fracaso. Un artículo en <i>Gente Vieja</i> acerca del suicidio de “Lärmig”	43
CAP. VI.—Los señores de antaño se convertían en servidores y esclavos de las modas extranjerizas. El	

oro y la calderilla. La fantasía del poeta y el buen sentido del caballero castellano	51
CAP. VII.—Núñez de Arce, corresponsal de guerra en Marruecos. “¡Viva el general O'Donnell!” El campo se llena de almalafas, jaiques y marlotas	57
CAP. VIII.—“¡Dios mío, cómo estaba Madrid!” Al que está debajo del árbol le cae el fruto. Entrada de los soldados españoles en Tetuán. Un grano de demencia y mucho sentido común	64
CAP. IX.—Las palabras que no acuden cuando hacen falta. El ministro y el caballero tronado. Un carácter austero y una rectitud de conducta admirables. Núñez de Arce pasea por el Retiro sus angustias de poeta y de ciudadano	72
CAP. X.—El trabajo literario era para Núñez de Arce una tortura. Cuando su cerebro estaba en acción pensaba todo su cuerpo. Los sollozos del poeta se confunden con el rugido	90
CAP. XI.—Compartió con Espronceda, Campoamor, Bécquer y Zorrilla la gloria de la poesía española del siglo XIX. En el palacio del duque de Fernán-Núñez se reunía lo más granado de la aristocracia para oír declamar a Rafael Calvo los versos de Núñez de Arce.	97
CAP. XII.—Por qué se le llamaba el “cantor de la duda”. El reino del milagro es perenne e indestructible en el hombre. Unas palabras de D. Juan Valera. El fermento del “estercolero de Job”	107
CAP. XIII.—Ave caudal en la lírica y avecica doméstica en el teatro. “El haz de leña”. La historia de España, envilecida y mistificada por los extranjeros y la falta de probidad literaria de algunos españoles	116
CAP. XIV.—El sillón de D. Gaspar en la librería de Fe. El amor al campo del autor del <i>Vértigo</i> . En los jardines de Aranjuez. La peluca empolvada de Carlos IV, la figura desgarrada de María Luisa y mamá Carolina	123
CAP. XV.—Mahoma y kadi-jah. Las dos inglesas y la norteamericana que escribían cartas a “su amado	

poeta". Los que creían encontrar un hombre fuerte y vigoroso, veían a un hombrecito enclenque	133
CAP. XVI.—Del daño del lobo vive el cuervo. El discurso de un gran patriota. "He sufrido con paciencia en estos días..."	138
CAP. XVII.—Su lira de bronce está muda. Hay caballos que no necesitan espuela. La biblioteca del autor de <i>La visión de Fray Martín</i> . Todos los días recibe coronas	143
CAP. XVIII.—Los dramas truculentos de Echegaray y el humorismo de Zahonero. Pollos de media tijera y niños albillos. Los bandidos españoles huyen de las mujeres extranjeras. En Cuba afila el negro su machete	149
CAP. XIX.—Homenaje popular a Núñez de Arce. La multitud desfila bajo los balcones del poeta. Un discurso de Echegaray y otro de D. Alberto Aguilera.	156
CAP. XX.—El amor, en Núñez de Arce, es como esas enormes mariposas tropicales que, en vez de acariciar, muerden	165
CAP. XXI.—Núñez de Arce a los sesenta y nueve años. Teme a la vejez porque no viene sola. Las primeras escenas de una obra realista. Los que ayer le aplaudían lo miran ya como a un fósil	174
CAP. XXII.—El sueño de la vida y el de la muerte. El canto tercero del <i>Infierno</i> , de Dante. Momentos de angustia en el hogar. La muerte de Núñez de Arce.	182
CAP. XXIII.—¿Quién puede olvidar aquella mirada inquieta y escudriñadora? ¿Se apagó la gran llama! La muerte de Núñez de Arce en España y en el extranjero. Los poeta que crearon nuestra nacionalidad	188
CAP. XXIV.—Tañían, quejumbrosas, las campanas de todas las feligresías. La muchedumbre sigue al féretro. ¿Quién es la dama enlutada? En el cementerio... "Beatus homo quid invenit sapientiam..."	196





EDITORA
NACIONAL

Precio: **6** ptas.

Volúmenes publicados

- Velázquez* (Vivificador de imágenes), por F. C. Sáinz de Robles.
Victor Pradera, por Maximiliano García Venero.
Rius y Taulet, por Maximiliano García Venero.
Cristóbal Colón, por Manuel Ballesteros Gaibrols.
Núñez de Arce, por Julio Romano.

En prensa y en preparación

- José Antonio*, por José María Alfaro.
Alonso de Monroy, por Luys Santa Marina.
San Francisco Javier, por Fermín Yzurdiaga.
Juan Prim, por Eduardo Aunós.
Doctor Ferrán, por José Alvarez Sierra.
Villaamil, por Francisco Camba.
Alberoni, por Luciano de Taxonera.
Doctor Cortezo, por José Alvarez Sierra.
Magallanes, por "Framis".
Santa Teresa de Jesús, por Juan Domínguez Berrueta.
Marqués de Santa Cruz de Marcenado, por Manuel Sánchez del Arco.
Luis I, por Luciano de Taxonera.
Vida heroica de D. Miguel de Cervantes, por Ramón de Garciasol.
Roger de Flor y sus almogávares, por Fernando P. de Cambra.
Don Diego de Torres Villarreal, por Antonio García Boiza.
Ginés de Sepúlveda, por Juan Beneyto.
Pereda, por Ricardo Gullón.
Don Jaime el Conquistador, por Martín Domínguez.
Castañes, por Manuel Mozas.
Blanca de Navarra, por Eladio Esparza.
Doctor Federico Rubio, por J. Alvarez Sierra.
Antonio Maura, por Luciano de Taxonera.
Santo Toribio de Mogrovejo, por Cristóbal de Castro.

BREVIARIOS DE LA VIDA ESPAÑOLA



EDITORIA NACIONAL

G - 5439

NUNN
D E A R C E